

LAS PRUEBAS DE LA TEORÍA DE LA EVOLUCION EN HISTORIA NATURAL.

La ciencia no tiene pretensiones á la verdad absoluta; solamente conoce hechos discutidos ó teorías cuya probabilidad, próxima á la certeza, descansa en la concordancia de pruebas acumuladas que militan en favor de estas teorías. Así, en astronomía, la rotacion de la tierra sobre su eje y su traslacion alrededor del sol son los hechos comprobados por todas las observaciones directas y todos los cálculos. Lo mismo sucede con la teoría de la atraccion. Cuando Newton formuló las leyes, por todas partes brotaron objeciones; todas fueron refutadas, y los progresos ulteriores de la mecánica celeste confirman diariamente la existencia de estas leyes. En física, la teoría de la trasformacion de fuerzas, aunque de reciente origen, domina ya toda la ciencia; las dificultades desaparecen á medida que surgen, y diariamente se acumulan pruebas nuevas á las que ya se conocían. Calor, luz, electricidad, magnetismo, no son agentes distintos, flúidos imponderables, como se decía en otro tiempo, sino modos de movimiento. En química, la teoría moderna de la atomicidad da cuenta, no solamente de la naturaleza de las combinaciones conocidas, sino que, permitiendo prever las combinaciones posibles, es un poderoso método de investigacion que engendra diariamente nuevos descubrimientos. En fisiología, la doctrina de las acciones reflejas, á pesar de su reciente origen, se afirma igualmente por el aumento de observaciones y de nuevas experiencias que la confirman.

Como el de la fisiología, el objeto de la historia natural es más complejo que el de las ciencias astronómicas, físicas ó químicas; los hechos no son tan sencillos ni tan claros; los fenómenos son más complicados, ménos seguros los experimentos y más difíciles las deducciones. En el sér organizado, animal ó vegetal, múltiples y variados aparatos desempeñan funciones diferentes que se influyen recíprocamente. Las formas no son ya geométricas como las de los astros ó los cristales, y además varían con la edad, puesto que los séres vivientes nacen, crecen y mueren. El conjunto de estos séres constituye una serie progresiva que se compone de criaturas cada vez más perfectas, desde los organismos elementales y ambiguos intermediarios en-

tre el vegetal y el animal, hasta el hombre, glorioso coronamiento del reino orgánico. Hasta hace poco tiempo, ninguna ley general reunía estos séres entre sí; habíanse reconocido sus recíprocas afinidades, traducidas por el método natural en botánica y en zoología; pero la causa de estas afinidades, del desarrollo individual, los lazos que unen los vegetales y los animales fósiles con los vegetales y los animales vivos, permanecían desconocidos. La teoría de la evolucion emitida por Lamarck en 1809, filosóficamente comprendida por Goethe, definitivamente formulada por Carlos Darwin y desarrollada por sus discípulos, reúne entre sí todas las partes de la historia natural, como las leyes de Newton reunieron todos los movimientos de los cuerpos celestes. Repetidas veces se ha expuesto esta teoría, conocida tambien con el nombre de darwinismo, transformismo, teoría de la descendencia. Nuestro objeto en este estudio es demostrar que tiene todos los caracteres de las leyes newtonianas, y que se apoya, como aquellas, en una concordancia de pruebas que se multiplican diariamente. A juicio de los hombres ilustrados que la miran sin prevencion, estas pruebas le dan el carácter de probabilidad próxima á la certeza, postulado de la verdad en las ciencias positivas.

I.

CONTINUIDAD DE LA CREACION.—ATAVISMO.

El punto de partida de la doctrina de la evolucion es *la continuidad de la creacion sobre la tierra* desde la primera aparicion de los séres orgánicos hasta el momento presente. Esta continuidad es un descubrimiento de los tiempos modernos. A principios y hasta mediados del siglo XVIII, los naturalistas solamente conocían los vegetales y los animales vivientes. Aún no había nacido la paleontología. Sin embargo, desde fines del siglo XVI dos grandes artistas, Leonardo de Vinci y Bernardo Palissy, habían anunciado ya que la tierra encerraba conchas que habían vivido en el seno de mares desaparecidos, cuyo fondo emergente constituía el esqueleto de los continentes actuales. Sus experimentados ojos habían reconocido la analogía de aquellas formas nuevas con las formas conocidas de las conchas vivas; pero hasta un siglo despues no establecieron científicamente esta verdad Stenon y Hooke, vulgarizándola despues Buffon. Los progresos de la paleontología no podían ser rápidos. Los materiales

de que se sirve, sepultados en las profundidades de la tierra, no se encuentran frecuentemente sino merced á excavaciones emprendidas con objeto muy diferente: la casualidad los hace aparecer, y la mayor parte de estos restos olvidados, dispersos, frecuentemente destruidos, se pierden para el estudio. Primeramente sólo se recogieron restos de animales, osamentas, caparazones y conchas; las huellas de los vegetales conservadas en el seno de la tierra pasaban completamente desapercibidas. Sólo se sabía que existían maderas fósiles parecidas á las de los árboles vivos.

La ignorancia de la paleontología se complicaba, en Linneo y sus contemporáneos, con una idea preconcebida: admitían *a priori* que las especies habían sido criadas sucesivamente, que gozaban de existencia propia y se distinguían por caracteres llamados *específicos*, transmitidos hereditariamente por la generación. Aquellos naturalistas estaban convencidos de que las especies no tenían otro lazo común que una semejanza más ó ménos estrecha con otras especies con las cuales se les reunía para formar el grupo conocido por Tournesort con el nombre de *género*. Esta preocupación, unida á la carencia de todo conocimiento paleontológico, impedía los progresos que se han realizado después; hacíanse en otra dirección: la botánica, ciencia puramente descriptiva en aquella época, tenía delante de sí la inmensa tarea de descubrir, reconocer, describir y clasificar los vegetales vivientes en la superficie del globo: apenas bastaba para ello, y falta mucho aún para terminar el inventario.

La paleontología sistemática es obra del siglo XIX. Bajo el impulso de Cuvier, la de los animales se adelantó á la de los vegetales. Sin embargo, Schlotheim, Adolfo Brongniart, Corda, Lindley y Goepfert los estudiaron á su vez; pero la mayor parte de los animales y vegetales descubiertos en el seno de la tierra parecían muy diferentes de los que viven en la actualidad, de lo que se dedujo que existía completa discontinuidad entre la creación de los seres organizados fósiles. Sin embargo, el genio de Cuvier no había desconocido que las especies extinguidas entraban en el cuadro general del reino animal y llenaban ciertos vacíos entre los diferentes órdenes de que se compone; pero no admitía que los animales vivos fuesen los descendientes de sus antepasados desaparecidos. La geología de aquella época era favorable á la opinión de Cuvier, enseñando que la tierra había sido teatro de grandes revoluciones, de espantosos cataclismos, en los que habían perecido todos los seres criados. El diluvio bíblico, primer origen de estas ideas preconcebidas, era ejemplo y prueba de estos cataclismos. Más aún: el levantamiento de las montañas, atestiguado por el alzamiento y disposición de las capas depositadas pri-

mero horizontalmente en el fondo del mar, aparecía á los ojos de los geólogos como un fenómeno violento y repentino comparable á los cambios de decoración en un teatro cuando surgen montañas al silbido del maquinista. Estos levantamientos parecían ser causa de cataclismos periódicos que producían la destrucción de todos los animales y de todos los vegetales existentes entonces. La ciencia moderna ha destruido estas suposiciones. Ilustrada por la física del globo y la paleontología, la historia de la tierra nos enseña que nuestro globo no ha sido teatro de revoluciones periódicas. Sus archivos, representados por las diferentes capas que componen la corteza terrestre, encierran los restos de una serie de animales y de vegetales, comenzando por los organismos más simples y terminando por los más complicados. Semejantes á las inscripciones y medallas en que se apoya la cronología de la historia, nos revelan la progresión de los seres desde los terrenos más antiguos hasta los más modernos. La continuidad con las especies actualmente vivas no puede negarse ya: en la creación no hay hiatos.

Fijémonos primero en algunos ejemplos tomados de la botánica. En nuestros jardines y en nuestros bosques nos vemos rodeados de vegetales que vivían en las épocas geológicas anteriores á la moderna. Dos especies de arces (1), el haya, el abeto plateado, el nogal de América de hojas cenicientas, el laurel rosa, los pistachos lentisco y terebinto, el árbol de los cuarenta cuadros (2) existían ya en la época terciaria. Habiendo sido más cálido el clima de aquella época que el de la nuestra, se les encuentra en estado fósil en localidades donde actualmente no podrían vivir; el granado en las cercanías de Lyon, el laurel de las Canarias en Provenza, el ginkgo en Spitzberg, en Siberia y en Groenlandia, en latitudes donde ningún árbol puede resistir actualmente á la violencia de los vientos y á los rigores del invierno. Se ha encontrado el mismo árbol en estado fósil en Italia cerca de Sinigaglia. Así, pues, el ginkgo, que data de la época jurásica, se propagó durante la época terciaria desde el polo hácia las regiones meridionales. En todas partes ha sucumbido á consecuencia de los cambios climatológicos á que ha estado sometido, excepto en China y en el Japon, donde aún existe. Vuelto á introducir en Europa en 1734, se acomoda bastante bien á los climas de Inglaterra, Francia é Italia. Hé aquí un árbol fósil que vive todavía, como los mencionados anteriormente. Lo mismo sucede con el laurel rosa (*Nerium oleander*). Espontáneo en el Var, la costa de Génova, Sicilia, Mediodía de España, Grecia, Siria, etc., se le ha encontrado fósil en los asperones

(1) *Acer opulifolium*, *Acer monspessulanum*.

(2) *Gincko biloba*.

terciarios inferiores de la Sarthe, cuyo clima presente le sería mortal.

Estos dos ejemplos, á los que podríamos añadir otros muchos, bastan para demostrar que la flora actual no es otra cosa que la continuacion de la flora fósil, puesto que especies sepultadas en el seno de la tierra viven aún en su superficie; pero frecuentemente la identidad de las formas fósiles con las formas vivientes no es absoluta, encontrándose ligeras diferencias. ¿Cómo extrañarlo, cuando el clima á que se acomoda la especie actual es diferente de aquel á que estuvo sometida la especie fósil. Hoy mismo son manifiestas las influencias del medio ambiente. Viajando de Sur á Norte, ó elevándose de las llanuras á los Alpes ó los Pirineos, vése modificarse las especies. Frecuentemente les han dado los botánicos nombres diferentes, pero se reconoce muy bien la identidad original, siguiendo paso á paso las modificaciones sucesivas que experimentan (1). La inmediacion del mar, la humedad más ó menos grande de la atmósfera, la naturaleza y composición química del suelo producen efectos semejantes. Es muy grande el número de especies vivas que puede relacionarse de esta manera, por comparacion, con especies fósiles, pero existen muchos tambien cuya genealogía no ha podido establecerse aún, y quizá no se establezca jamás. Sin embargo, puede asegurarse desde hoy que la flora actual es, por vía de descendencia, la continuacion de la flora terciaria.

Los fenómenos de *atavismo* que nos presenta el reino vegetal nos demuestran tambien esta descendencia. Entiéndese por atavismo la reaparicion, en los descendientes, de caracteres ó de particularidades que existían en los antepasados. Hé aquí algunos ejemplos. El ginkgo, de que hemos hablado, tiene hojas de helecho, tronco de árbol de la familia de las coníferas, flores machos en candelas como las de las amantáceas (álamos, abedules, etc.), y grano desnudo como el de los *Cycas*. Estos hechos, y otros más minuciosos, prueban que los helechos son los antepasados comunes de este árbol y de las cycadeas; posee además, por anticipacion, las candelas machos de las amantáceas, que le sucederán en el orden gerárquico de los vegetales en la escala de los terrenos geológicos. Todo el mundo conoce el vulgar cardo de nuestros terrenos estériles; forma parte del género *Eryngium*, familia de las ombelíferas. Esta familia pertenece á la rama de las *Dicotiledóneas*, y como todas las plantas que germinan con hojas seminales, la mayor parte de los *Eryngium* tienen hojas con nervios divergentes. Pero cierto

número de *Eryngium* americanos tienen largas hojas en forma de cinta, con nervios paralelos como las de las ananas, de los *Pandanus* y *Agavos*. Estos *Eryngium* han conservado, pues, por atavismo las hojas de los vegetales monocotiledones sus antepasados. Los *Arum* ó los *Smilax*, por el contrario, aunque monocotiledones, poseen ya por anticipacion las hojas divergentes de los dicotiledones sus sucesores. De la misma manera, las acacias de Nueva Holanda tienen, en vez de hojas compuestas como las de Africa y de Asia, hojas con nervios paralelos, peciolo dilatado llamado *phylloides*, análogos á las hojas en forma de cinta de las monocotiledones. El temor de entrar en detalles demasiado técnicos y de citar plantas conocidas solamente por los botánicos, nos impide multiplicar los ejemplos.

Veamos si la geología confirma las verdades generales que nos enseña la botánica; sepamos si el reino animal, actualmente viviente, es continuacion no interrumpida del reino animal fósil, si los seres que se mueven y multiplican alrededor nuestro son los descendientes de aquellos cuyas osamentas ó envolturas sólidas descansan desde incalculable número de siglos en el seno de las capas geológicas. Solamente hablaremos de los mamíferos para no vernos arrastrados á citar animales desconocidos á la mayor parte de los lectores. La botánica nos ha enseñado que las grandes divisiones del reino vegetal, las monocotiledones y las dicotiledones, comprendiendo los vegetales superiores ó fanerógamos, han sido precedidos en los depósitos más antiguos por sus antepasados paleontológicos inmediatos, helechos y licópodos. Lo mismo sucede con los mamíferos: los más inferiores, didelfos ó marsupiales de Australia (kanguros, thilacino, fascolomo), corresponden á los didelfos fósiles, los *Thylacotherium* y los *Phascolatherium* de la capa jurásica de Stonesfield en Inglaterra. Estos son los mamíferos más antiguos que se conocen. Así, pues, lo mismo que en botánica los monocotiledones y los gimnospermos aparecieron antes que los dicotiledones, cuya organizacion es más perfecta, así tambien, los mamíferos inferiores ó marsupiales precedieron á los mamíferos más perfectos de que forma parte el hombre. En los dos reinos, el orden paleontológico y el gerárquico se confunden. Los seres organizados más simples aparecieron antes que los más complejos, los inferiores antes que los superiores. Estudiemos el origen de algunos órdenes bien conocidos de la clase de los mamíferos superiores.

¿Cuál es el observador, artista ó sabio, poco importa, á quien no han llamado la atencion las majas formas de algunos animales—elefantes, hipópótamos, rinocerontes, tapires—que contrastan con las formas habituales de los mamíferos pertenecientes á los órdenes inmediatos, caballos, ciervos, ga-

(1) El enebro de la llanura se convierte en enebro enano de la montaña; el *Laxifraga aspera* en *Laxifraga bryoides*; el pino silvestre en pino de montaña, etc.

celas, toros y carneros? La ciencia confirma lo que el instinto del artista hace presentir. Estos animales monstruosos son, por decirlo así, extranjeros en la creación actual, son los descendientes directos é inmediatos de sus predecesores extinguidos. En la fauna fósil, los mastodontes ó elefantes fósiles, con molares erizados de tubérculos, precedieron á los elefantes de molares compuestos de láminas verticales y superficie lisa. Cautley y Falconer han descubierto en los terrenos terciarios de las colinas de Siwalik, al pié del Himalaya, restos de un animal (1) que los naturalistas han clasificado, ya entre los elefantes, ya entre los mastodontes: este animal constituye, pues, la transición entre los mastodontes, género extinguido, y los numerosos elefantes que le han sucedido. En nuestros días, solamente existen dos especies vivas de elefantes: la de la India, que apenas se diferencia del *Elephas antiquus* fósil, á su vez muy inmediato al *Elephas meridionalis* también fósil, encontrados ambos en las capas pliocenas ó terciarias superiores de Francia y de Italia. En cuanto al elefante de Africa, se relaciona directamente con el *Elephas priscus* procedente de las capas más recientes del Val d'Arno en Toscana. Sabido es también que en 1799 un pescador descubrió en la desembocadura del Lena, en Siberia, un elefante de carne y hueso, cubierto de crines y de lana, conservado en los hielos que lo rodeaban; este es el *Elephas primigenius* de los naturalistas. Su esqueleto es el mejor ornamento del gabinete de San Petersburgo.

La genealogía de los rinocerontes es tan evidente como la de los elefantes. El tronco primitivo remonta á los *Palaeotherium*, paquidermos de los que encontró Cuvier tantos huesos en las yeseras de Montmartre, en Paris, que pudo reconstruir el esqueleto completo de estos animales: una de las especies tenía las dimensiones del caballo. Aquellos cuadrúpedos estaban provistos de una trompa como los tapires, y como éstos, tenían muy cortos los huesos de la nariz. En los rinocerontes fósiles, descendientes de los *Palaeotherium*, los huesos de la nariz están más desarrollados y tienen uno ó dos cuernos. El rinoceronte unicornio del Asia se relaciona con dos rinocerontes fósiles, el de Sausan en el Gers y el de Eppelsheim en las orillas del Rhin. Las afinidades del rinoceronte bicornio de Africa con el procedente de las arcillas rojas de Pikermi, cerca de Atenas, las señaló un eminente paleontólogo, M. Gaudry, que descubrió y describió este animal con el nombre de *Rhinoceros pachygnathus*. Conócense tres especies de tapires vivientes: una en la India, y las otras dos en la América meridional. Verdaderos tapires fósiles de los terrenos terciarios

superiores, sus predecesores inmediatos descenden como ellos del *Lophiodon*, del principio de la época terciaria.

Estudiemos también los solípedos, representados actualmente por las diferentes especies de caballos y de asnos. Lo que caracteriza á estos animales es el marchar sobre un solo dedo terminado por pezuña, mientras que los paquidermos tienen dos ó más dedos; pero la paleontología nos ha dado á conocer una serie de animales por los cuales, partiendo de los paquidermos, se llega insensiblemente á los caballos actuales: así el *Archippus* tenía cuatro dedos en los piés anteriores; el *Palaeotherium* tres, siendo el de en medio más largo que los dos laterales; el *Hipparion* tenía tres también, pero los dos laterales eran muy cortos. En fin, en el caballo actual los dedos laterales quedan reducidos á dos estilletes óseos, ocultos bajo la piel y sin uso: el animal marcha sobre un solo dedo. De la misma manera, el hueso exterior de la pata, el peroné entero en el *Palaeotherium*, se reduce en el caballo á un corto estillete incapaz de robustecer el miembro de que forma parte. Así, pues, el caballo, el animal más rápido y más elegante de la creación, descende de los pesados paquidermos antediluvianos. Sabido es cuánto ha podido el hombre hacer variar y mejorar las razas caballares que ha creado por la selección artificial. El animal se ha modificado profundamente en sus formas exteriores; sin embargo, véase algunas veces aparecer el segundo dedo ó un rudimento del quinto metacarpiano y otro hueso que existe en el *Hipparion*, antepasado del caballo. Existen individuos que presentan accidentalmente una raya negra á lo largo de la espina dorsal ó algunas listas en los costados, indicios del parentesco del caballo, del asno, de la cebra, del hemion y del daw, en los que son constantes la raya negra ó las listas: nueva prueba de que todos han tenido un origen común del que son descendientes diversos. Expongamos otro ejemplo tomado del orden de los carnívoros. M. Gaudry ha descubierto en las arcillas rojas de Pikermi, cerca de Atenas, una hiena (*Hyena eximia*) intermedia entre la hiena rayada y la manchada vivas que son sus derivados, y tres civetas que se acercan mucho á las hienas por sus caracteres osteológicos. Los *Amphycion* fósiles son intermediarios entre el lobo y el perro, y un género entre los cánidos; el *Cynodon* se acerca á las civetas. En fin, M. Gaudry ha traído de Grecia veintidos cráneos y los miembros de una especie de mono, el *Mesopithecus Pentelici*, que reúne los macacos con los semnopitecos.

La cadena de los animales es, pues, continua, y los vacíos que parecen separar los animales vivos de los fósiles se llenan diariamente. Conócense en paleontología los pasos de los reptiles á las aves;

(1) *Elephas Cistii* ó *Mastodon elephantoides*.

los de los reptiles á los mamíferos existen aún en Australia, y son los monotremas (ornithorinco y equidna); algunos géneros de animales inferiores han atravesado toda la serie de los terrenos desde los más antiguos hasta la época actual: tales son los encrinas, los erizos de mar, las terebrátulas y los corales de seis ú ocho radios, mientras que los corales de cuatro radios, su origen comun, espiran ya en el período hullero (1).

Los fenómenos de atavismo que hemos demostrado en el reino vegetal, existen tambien en el reino animal. Hemos indicado ya algunos en el caballo, cuyos miembros presentan los rudimentos abortados y sin uso de los huesos que se encuentran enteros y funcionan útilmente en el *Palæotherium*. Como abundan los ejemplos, nos limitaremos á indicar un corto número. Los perros y los demas carnívoros que marchan sobre cuatro dedos, tienen un pulgar y un dedo grueso abortados, provistos de uña, pero que no tocan al suelo. El ornithorinco y el equidna han conservado el externo del hictiosauro, reptil pelágico extinguido, vecino de los peces. En él, este externo sostenía dos natatorias; en los monotremas estas son miembros anteriores, cuyo uso es excavar el suelo. En las ballenas adultas, los dientes están reemplazados por láminas córneas, paralelas y elásticas, implantadas en la mandíbula superior: estas cierran la vasta boca del animal, dejando escapar el agua por los intersticios, pero deteniendo al paso los animalillos de que se nutre el gigantesco celáceo. En la ballena joven véense rudimentos de dientes análogos á los de los reptiles y de los géneros vecinos, los cachalotes y los delfines; pero estos dientes no crecen y son reemplazados por láminas córneas. Lo mismo sucede en los rumiantes (toro, carnero, ciervo, etc.); los incisivos solamente existen en la mandíbula inferior, pero bajo la envoltura cartilaginosa de la mandíbula superior se encuentra el germen de dientes que no se han desarrollado. Un paleontólogo distinguido, el profesor Rutimeyer, de Basilea, ha llegado, por medio de sus estudios, á considerar todos los sistemas de la primera dentición, llamada *dentición de leche*, como atávicos ó hereditarios, y las denticiones definitivas como adquiridas ulteriormente. Nacidas de los saurios ó lagartos provistos de dos pulmones, las serpientes no tienen más que uno que se prolonga por el vientre, pero en el vértice de este pulmón único se encuentra una masa abortada que representa el otro pulmón.

Estos órganos retrospectivos son en general rudimentarios y carecen de uso. Ni el hombre mismo está desprovisto de ellos, y nos vemos obligados á citarlos, porque sabe por experiencia personal que

no le son de ninguna utilidad. Lleva en el pecho indicios de tetas que solamente se desarrollan y funcionan en la mujer. Estos indicios son lejana reminiscencia del hermafroditismo que caracteriza á los animales inferiores. Entre los músculos, los de la oreja, incapaces de moverla, representan exactamente los que tan rápidos y variados movimientos imprimen á las del caballo y del asno. El músculo en virtud del cual estos mamíferos imprimen á su piel sacudidas vibratorias para espantar las moscas que les incomodan, existen igualmente en las partes laterales del cuello del hombre; pero es incapaz de mover la piel, y permanece, por consiguiente, sin uso. Citaremos tambien el plantar débil, inútil auxiliar de los poderosos músculos de la pantorrilla, pero cuya ruptura da ocasion al accidente conocido con el nombre de *latigazo*. Delgado y sin fuerza en el hombre, este músculo está desarrollado en los gatos, siendo el principal agente de los prodigiosos saltos que ejecutan para alcanzar la presa. Los músculos piramidales, reminiscencias de los que forman la bolsa de los marsupiales, nos ponen en relacion con los mamíferos inferiores. La carúncula lagrimal es un rastro del tercer párpado de las aves y de los reptiles, el coxis un rudimento de cola, el apéndice vermiforme del intestino delgado, el ciego de los roedores reducido al grueso de un cañon de pluma. La ciencia cuenta ya más de veinte casos auténticos en que un grano de arena ó un orujo de uva, penetrando en este tubo, han producido una peritonitis seguida de muerte. Así, pues, la serie animal como la vegetal nos ofrece multitud de ejemplos de atavismo, es decir, de órganos abortados sin uso para la especie que los presenta, pero que, bien desarrollados, funcionan útilmente en otras especies menos elevadas en la serie. Estas reminiscencias son pruebas inatacables en favor de la continuidad de la creacion y de la teoría de la descendencia.

Hace poco tiempo entraron los anatómicos en otra vía que ha llevado ya á resultados importantes que confirman los que hemos enunciado. En el hombre presentan algunas veces los músculos anomalías en sus formas, en sus inserciones ó en sus divisiones en dos ó más haces. Hasta ahora, los tratados de anatomía humana se limitaban á mencionar estas anomalías, pero no las discutian. Creíaselas raras y son muy comunes. Mr. John Wood, profesor de anatomía en *King's college* de Lóndres, ha observado 558 anomalías en 36 cadáveres solamente (1). Ahora bien: comparando estas anomalías con los músculos correspondientes de los animales, se reconoce que representan el estado

(1) E. Haeckel, *Arabische Corallen*.

(1) *Variations in human myology observed during the session 1867-1868.*—(Proceedings of the royal Society, tomo XXI).

normal de los órdenes inferiores al hombre. Así, pues, Mr. Wood y Samuel Pozzi han observado muchas veces en el hombre un músculo llamado *sternalis brutorum* por los anatómicos antiguos. Este músculo es normal en los monos superiores hasta los cinocéfalos. Otras anomalías son reminiscencia de la forma habitual de estos músculos en los carnívoros, roedores, marsupiales y hasta en los reptiles. Obsérvanse también huesos anormales. M. Luschka, profesor de Tubinga, ha encontrado en el hombre huesos representando el *episternum* de muchos mamíferos. Los órganos interiores no están siempre conformados de la misma manera, y M. Samuel Pozzi ha señalado en el hombre la presencia accidental de un lóbulo impar del pulmón llamado *azygos*, común a todos los cuadrúpedos. Detenémonos por temor de entrar en detalles demasiado técnicos, y nos limitamos a manifestar que las anomalías, confirmando las inducciones deducidas de los órganos rudimentarios, proclaman como ellos la unidad y continuidad en la creación del reino animal; pero esto no significa en manera alguna que el hombre descienda del mono. Escritores incompetentes atribuyen con frecuencia esta opinión a Darwin y a sus discípulos; pero es un aserto completamente erróneo. Ningún zoólogo serio ha dicho jamás que el hombre descendiese de los monos en general ó de un mono en particular; pero desde Linneo, todos los naturalistas consideran al hombre como formando parte de la clase de los mamíferos. Linneo le colocaba en el mismo orden que los monos, porque con los monos tiene las mayores analogías morfológicas, anatómicas y fisiológicas. El hombre ha salido todo entero del reino animal, como lo demuestra la estructura normal de sus órganos en funciones, comparados con los de los mamíferos superiores, los órganos sin funciones cuyos rudimentos forman parte de su economía, y, en fin, las anomalías retrospectivas que recuerdan el estado irregular de sus predecesores en el orden de la creación.

II.

TRANSICIONES ENTRE LOS SERES ORGÁNICOS.
NO EXISTENCIA DE LA ESPECIE.

Goethe decía á la edad de ochenta y dos años que, después de Shakspeare y Spinoza, Linneo era el autor que le había causado mayor impresión. Al hablar así tenía á la vista la *Filosofía botánica* de este naturalista, libro lleno de consideraciones proféticas que el porvenir ha justificado completamente: cada una está condensada en una corta frase aforística, y casi todas han llegado á ser axiomas de la ciencia. Una sentencia es la siguiente: *Natura non fecit saltus*, no hay vacíos en la naturaleza. En

efecto, si se considera el conjunto del reino orgánico, véase que las formas vegetales y animales pasan insensiblemente de unas á otras: individuos, especies, géneros, familias, variedades, reinos, nada está aislado, todo se enlaza. En este inmenso cuadro no existen colores recortados, sino matices y gradaciones infinitas. Los ejemplos son innumerables. Existen géneros cuya distinción de especies no han podido hacer los botánicos; de tal manera se confunden. Tales son los géneros rosa, escaramujo (*Rubus*), *Hieracium*, etc. En algunas familias, por ejemplo, las crucíferas y las umbelíferas, los límites de los géneros son de tal manera indecisos, que nunca se han podido fijar definitivamente. Lo mismo puede decirse relativamente á las familias: el género *Verbascum* es intermediario entre las soláneas y las escrofularíneas; el género *Detarium* entre las rosáceas y las leguminosas; el *Aphyllantes*, entre las liláceas y las jónceas. Tampoco están separadas las clases por infranqueables límites. Las mamíferas son intermediarias entre las monocotiledóneas y las dicotiledóneas, las cycáceas entre los helechos y los gynospermos. Ciertos hongos, infusorios problemáticos, oscilan entre los vegetales y animales. Todas nuestras divisiones llamadas naturales son, como ya dijo Lamarck, realmente artificiales.

Lo mismo puede decirse del reino animal. En cuanto á las especies, se encuentran todos los grados imaginables entre la marta parda del Poitou y la marta cibelina de Siberia, que parece tan diferente. Las especies de campañoles, de ratones, ardillas, de perros salvajes, y en los mamíferos superiores la familia de los sapajus (*Cebus*), se componen de especies tan parecidas, tan vecinas, se confunden tanto más con otras, que nunca se pondrán de acuerdo los zoólogos. En las aves, los ornitólogos citan el género buitre, las currucas y las tringas. En los peces, los ictiólogos se pierden en la distinción de las especies de bacalao y salmones. Los malacólogos han renunciado á ponerse de acuerdo en el género hélice, cono, *Unio*, ostra y terebraítulas vivas ó fósiles. Nada hay que llame tanto la atención como una especie de planorbo (*Planorbis multiformis*), molusco muy abundante en las calizas de agua dulce de Steinheim, en Wurtemberg. El doctor Hilgendorf ha demostrado que esta especie presentaba veintidos variedades, de formas tales, que algunas parecen hélices y otras escalarios, géneros muy diferentes al planorbo. Encontradas en capas geológicas distintas, lejos de reconocerse estas formas como variaciones de un mismo animal, se consideraron como constituyendo al menos doce especies pertenecientes á varios géneros separados.

Como transiciones entre grupos zoológicos, citaremos el galeopitaco, intermediario entre los mo-

nos y los murciélagos, la nutria entre las garduñas y las focas, el grajo entre las aves de rapiña diurnas y los gorriones. Entre los reptiles, los lagartos tienen cuatro patas, los himanos las dos anteriores solamente, los bípedos y los cálcidos las dos posteriores, el *Pseudopus Pallasii* de Dalmacia pequeños tubérculos sin uso, y en la orveta de nuestros bosques los miembros están ocultos bajo la piel; en fin, desaparecen con el hueso esternon en las verdaderas serpientes que están privadas por completo de miembros. Vese que la transición es todo lo ménos brusca posible. Inútil sería multiplicar los ejemplos, siendo general y sin excepcion la ley. Los vacíos aparentes se llenan de día en día con el descubrimiento de animales vivos ó fósiles, y la interrumpida cadena se reanuda y continúa.

Consecuencia necesaria de la ley de evolucion es la continuidad de la creacion, no existiendo la *especie* como la comprendian los naturalistas de los pasados tiempos. Para éstos, los seres orgánicos habian sido creados separadamente, y creían poder distinguir estos seres aislados propagados por vía de generacion sucesiva. Así, Linneo creía haber distinguido las especies tales como habian salido de la mano del Criador: Las cualidades sintéticas y analíticas de este gran naturalista estaban tan bien equilibradas que, durante mucho tiempo, se admitieron sus especies como tipo definitivo. Sin embargo, examinando más de cerca las plantas, se concluyó por descubrir diferencias que habian escapado á su sagacidad ó que no consideró bastante importantes para motivar el establecimiento de una especie nueva y la creacion de un nuevo nombre. Poco á poco se dividieron y subdividieron las especies linneanas. En la flora de Suecia, el país de Europa mejor conocido bajo el punto de vista botánico, contaba Linneo en 1743 ocho especies del género *Hieracium*; en 1846, M. Fries contaba diez y seis. Linneo distinguía dos especies de rosas; M. Fries ha descrito ocho. Lo mismo ha sucedido en los demas países de Europa. En 1815 describió De Candolle en su *Flora francesa* nueve especies de escaramujos (*Rubus*), y en 1848, los señores Grenier y Godron contaban veinticuatro en su *Flora de Francia*. En 1869, M. Gaston Genevier, distinguió 203, solamente en el valle del Loira. No han aumentado todos los géneros en esta proporcion, pero todos han visto aumentar el número de sus especies, rara vez por el descubrimiento de una forma completamente nueva y desconocida, sino con frecuencia por haberse separado, distinguido y denominado formas conocidas que ántes se reunian bajo el mismo nombre específico. Algunos botánicos dotados en alto grado de espíritu analítico, impresionados por las diferencias poco sensibles á las analogías, llevan la multiplicacion á los últimos

límites, y como no se encuentran dos piés de la misma planta que se parezcan completamente, resulta que la idea de especie se confunde con la del individuo. En efecto, un observador atento, recorriendo habitualmente una alameda de castaños ó de tilos, encontrará, examinando bien los árboles en las cuatro estaciones del año, que cada uno de ellos presenta alguna particularidad que falta á su vecino. Muchos botánicos, teniendo á la vista numerosos ejemplares de una misma planta recogidos de una misma localidad, no pueden convenirse recíprocamente: uno querrá comprender todos aquellos individuos bajo un mismo nombre, es decir, formar una sola especie; otro, teniendo en cuenta las diferencias que presentan siempre, querrá formar dos; otro distinguirá tres ó cuatro, designando cada una con un adjetivo particular. Las especies no existen, es decir, las plantas y los animales pasan de unos á otros por matices insensibles. La nocion de especie es puramente subjetiva; como comprendió Lamarck perfectamente, no existe más que en el espíritu del naturalista que la creó. Sin embargo, como es necesario nombrar las plantas y los animales para distinguirlos, se continuará *haciendo especies* para usar la frase consagrada, pero ya no se discutirán. Unos, dotados de espíritu sintético, se esforzarán en no distinguir más que seres que tienen formas muy diferentes; otros, de espíritu analítico, resistirán á esta tendencia, y no confundirán las plantas ó animales que son semejantes sin ser idénticos. El justo equilibrio entre las facultades sintéticas y analíticas del espíritu hace los grandes clasificadores: Linneo, de Jussieu, Lamarck, los dos De Candolle, Cuvier, Robert Brown, De Blainville, Lindley, Joseph Hooker, Bentham y sus imitadores.

Ocasion sería esta para hablar de los casos múltiples que modifican las plantas y los animales en sus caracteres exteriores y los trasforman en especies; pero este largo capítulo merecería especial estudio. Nos limitaremos á indicar las causas principales de la trasformacion: primeramente la influencia del medio, es decir, los cambios de clima y de condiciones de existencia, obrando en larga serie de períodos geológicos. Adaptándose poco á poco el ser al nuevo medio en que se encuentra colocado, se modifica, se metamorfosea y se convierte en especie nueva. Otra causa es el hibridismo, es decir, las fecundaciones cruzadas que dan lugar á un híbrido, un mestizo, que se propaga á su vez. En el reino animal conocemos los lepóridos mestizos de liebre y conejo; en el vegetal el *Aegilops triticoides*, híbrido espontáneo del trigo y del *Aegilops ovata*, muy comun en el Mediodía de Francia. La tercera causa es la seleccion natural, es decir, la supervivencia en la lucha por la existencia de las especies mejor dotadas. Lucha de vegetales entre sí, de animales

con animales y de vegetales con animales; lucha incesante, eterna, de la que resulta la armonía que admiramos en la creación. Esta lucha produce una situación estable, pero temporal, que nos parecería inmutable y definitiva porque pasamos pronto sobre la tierra y observamos la naturaleza desde ayer. Nuestra experiencia personal es casi nula, é insuficiente la de nuestros antepasados civilizados. Apenas sospechamos los cambios que se han verificado ántes de nosotros; los que se verifican ante nuestra vista nos escapan por la pequeñez de sus efectos, que solamente el tiempo hace apreciables. Esta lucha de los seres orgánicos entre sí es comparable á la de las fuerzas físicas iguales y contrarias que se anulan recíprocamente y en vez de movimiento producen el reposo. El hombre mismo, cuando ha querido conciliar los antagonismos sociales, ¿no ha procurado, en vez de usar la fuerza que comprime, oponer recíprocamente estos antagonismos para que se neutralicen? En esto no hacía más que imitar á la naturaleza, y los fundadores del gobierno parlamentario en Inglaterra aplicaron las doctrinas de su compatriota Carlos Darwin mucho ántes de que éste naciera.

III.

PRUEBAS SUMINISTRADAS POR LA EMBRIOLOGÍA.

CONCORDANCIA DEL PRINCIPIO DE LA EVOLUCION CON EL MÉTODO NATURAL.

Para demostrar la afinidad de los seres organizados, los hemos considerado hasta ahora en el estado adulto, es decir, el animal llegado al término de su crecimiento, la planta provista de sus flores y de sus frutos. Hemos encontrado numerosas y varias analogías entre estos seres acabados; pero lo son mucho mayores si los consideramos en el primer período de su desarrollo, en su estado embrionario. En primer lugar, nos llama la atención un hecho fundamental, el de que todo ser orgánico, vegetal ó animal, procede de una célula. La ley no tiene excepción, desde las algas marinas que aparecieron en primer lugar en los mares geológicos, hasta el hombre, último que apareció en el globo terrestre; pero desde que empieza la evolución individual se manifiestan las diferencias. En los vegetales inferiores llamados inembrionados, la célula separada de su madre da directamente nacimiento á otro nuevo. En los vegetales superiores en embrion, una planta en miniatura aparece ya en el grano; ésta está provista ya de hojas primordiales, transitorias, llamadas cotiledones, diferentes siempre de las que la planta tendrá después. En las monocotiledóneas, que suceden gerárquica y geológicamente á las inembrionadas, sólo existe un cotiledon; en los vegetales superiores llamados dicotiledóneos, existen dos,

siempre opuestos y siempre simples. Así, pues, solamente en el embrion encontramos el único rasgo común á cada una de las tres grandes ramas del reino vegetal. Si ahora consideramos las subdivisiones de estas ramas, es decir, las familias naturales, encontramos con Jussieu que los caracteres sacados del embrion y de sus envolturas, es decir, del grano, son los que se aplican más generalmente á todas las plantas de la misma familia. En unas, el embrion constituye por sí solo todo el grano, como en las ranunculáceas y crucíferas; en otras está acompañado de un cuerpo de naturaleza variable llamado albúmen ó endospermo. Su naturaleza suministra igualmente caracteres distintivos que en vano se buscarían en las flores, en los frutos ó en las hojas. Harinoso en las gramíneas, el albúmen es oleoso en las enforbiáceas, córneo en las rubiáceas, etc. En una palabra, los caracteres sacados del embrion y del grano son en general los únicos comunes á todos los vegetales que componen las divisiones y subdivisiones del reino vegetal. Concíbese que así sea teniendo todas las plantas origen común. Su analogía es también evidente en el grano y durante la germinación; después se manifiestan las diferencias, debiéndose á desviaciones específicas resultantes del desarrollo ulterior diversamente modificado por las influencias variadas á que está sometido el vegetal.

Solamente en la embriología ha podido encontrar también la zoología los caracteres generales que se aplican á todos los animales de una misma clase. Los hijos de todos los mamíferos vienen al mundo vivos y desnudos; la madre los alimenta con su leche. Los de las aves, de los reptiles y de los peces están encerrados en un huevo, rodeado de una cáscara y conteniendo la sustancia nutritiva del embrion, cuyo desarrollo se verifica durante la incubación. A pesar de estas diferencias, todos los embriones se parecen en las primeras semanas, atestiguando así su origen común. Así, los embriones del hombre, del perro, de la tortuga, á la edad de un mes, y el de la gallina al cuarto día de incubación, se diferencian tan poco, que no se podría distinguirlos; pero al cabo de seis ú ocho semanas en cuanto á los dos mamíferos y el reptil, y de ocho días en cuanto á la gallina, aparecen los rasgos distintivos, y se acentúan á medida que crece el animal. Así, el fundador de la embriología comparada, el ilustre Ernesto de Baer, acostumbraba á decir que, si por desgracia olvidaba señalar los frascos en que conservaba los embriones muy jóvenes que recibía de todas partes, le era imposible decir después á qué clase de animales pertenecían los fetos. Comprendemos el asombro de los principiantes y de la muchedumbre al saber que los caracteres generales de las grandes divisiones del reino animal y

del vegetal están tomadas del embrión, estado inicial y pasajero de los seres ordinarios; pero gracias á las doctrinas evolucionistas, claro es que solamente el embrión puede suministrar estos caracteres, porque solamente él presenta el conjunto de los que son fundamentales y comunes á toda una clase; despues quedan ocultos por el desarrollo variado de los seres que la componen.

Cuando se ha querido dividir una gran clase, por ejemplo, los mamíferos, la generacion ha suministrado el único carácter comun que se aplica á todos los animales comprendidos en las tres subdivisiones principales. En los mamíferos superiores, los fetos adquieren ya gran desarrollo en el seno de la madre, con la cual comunican por un órgano especial llamado placenta. En los mamíferos más inferiores, llamados didelfos ó marsupiales, el feto es expulsado muy pronto y depositado por la madre en una bolsa, cuando apenas pesa algunos gramos: allí se coge á una teta, crece en la bolsa, y en ella se refugia al menor peligro, hasta que es bastante fuerte para abandonarla. En fin, en los monotremas ú ornithodelfos, la manera de generacion es intermedia entre el de los vivíparos ó mamíferos y el de los ovíparos ó reptiles y aves.

La embriología en los rangos inferiores del reino animal, nos revela igualmente la identidad original de las especies del mismo orden. Nada tan diverso como los géneros de que se compone el orden de los crustáceos. En otro tiempo se atribuyó cierto número de ellos á la clase de los moluscos, y no hay zoólogo principiante que no se asombre al ver figurar en un mismo grupo animales tan diferentes como la anátifa, el cangrejo, el langostino, el leñocero y el saculino; pero la consanguinidad de estos animales está demostrada por su forma embrionaria llamada *Nauplius*, que es, sobre poco más ó menos, la misma en todos. De aquí la consecuencia natural de que el *Nauplius* es el tipo originario que ha dado origen á todos los crustáceos. Podria repetirse esta demostracion relativamente á cualquier orden, apoyándonos en la paleontología, que nos prueba constantemente que estos tipos fundamentales son los primeros que aparecen siempre en el seno de los terrenos ántes de los derivados que han salido de ellos. Así, pues, en los reptiles son animales parecidos á los proteos actuales; en los batracios, animalitos llamados *Protriton* por M. Gaudry, intermediarios entre los batracios, provistos de cola, como las salamandras, y los que están privados de ella, como las ranas, nacidos los dos de un tipo comun, el *Protriton*.

No son estas las únicas enseñanzas que nos da la embriología: en vez de abrazar un orden entero de animales, si consideramos un animal en particular y seguimos su desarrollo, veremos otra vez la gran

ley de la evolucion manifestarse de la manera más sorprendente. Tomaremos un ejemplo conocido generalmente: la rana comun. La hembra deposita un huevo fecundado; pero cuando este huevo se abre, sale un sér. muy diferente de su madre, un renacuajo, animal acuático, provisto de larga natatoria caudal, que respira por branquias el aire contenido en el agua, y muere asfixiado si se le saca de su elemento líquido; es un pez, pero este pez no es otra cosa que un estado transitorio de la rana. Véanse aparecer primeramente las patas posteriores y despues las anteriores. Mientras se prolongan estas patas se reduce la cola y concluye por desaparecer completamente. Estos cambios exteriores van acompañados de modificaciones interiores no menos sorprendentes. Los vasos que se dirigian á las branquias, se cierran poco á poco, estas desaparecen lentamente, reemplazándolas pulmones que respiran el aire de la atmósfera; el animal puramente acuático se hace anfibio; el renacuajo se metamorfosea en rana.

Así, pues, el batracio ha sido primeramente pez y llega á ser anfibio á consecuencia de cambios verificados á nuestra vista; pero esta metamorfosis no es especial de los batracios, sino que se verifica en todos los animales en el interior del huevo ó en el seno de la madre. En los primeros meses de su vida embrionaria, los mamíferos, las aves y los reptiles tienen en el cuello hendiduras, indicios de las branquias de los peces, pero estas branquias no se desarrollan, recibiendo el animal la sangre de su madre que respira por él, ó alimentándose á expensas de la yema del huevo. El corazón del hombre y el sistema de vasos que procede de él, recuerdan primero el de los peces, despues el de los reptiles, y puede decirse, que la primera inspiracion del niño recién nacido, cerrando la comunicacion de las dos cavidades llamadas aurículas, le transforma en sér de respiracion puramente aérea. Al principio de la vida fetal, los cuatro miembros están representados por simples paletas unidas directamente al tronco; el brazo, el antebrazo, el muslo y la pierna aparecen despues, y en todos el apéndice caudal está más ó menos desarrollado. Estos embriones se parecen, pues, á los peces como el renacuajo de la rana; pero á consecuencia de una evolucion progresiva, se convierten en mamíferos, aves ó reptiles, segun que proceden de un animal perteneciente á una de estas tres clases; la evolucion individual conocida con el nombre de *ontogenia* en oposicion á la *filogenia*, explica la evolucion de un tipo tal como el *Nauplius*, por ejemplo, que da origen á toda una serie de crustáceos.

No podemos reconocer en los vegetales un desarrollo parecido á la evolucion ontogénica, porque estos seres son demasiado sencillos, y su gerarquía

no es evidente como la de los animales. Un vegetal llamado superior no difiere de tal manera de un vegetal inferior que se pueda apreciar una evolución individual. Sin embargo, existe en los helechos, después de su germinación, un estado transitorio que recuerda muy particularmente el estado definitivo de los vegetales celulares. La gran ley de la evolución se manifiesta, pues, á la vez en la serie vegetal y animal desde la aparición de sus primeros términos en la superficie del globo hasta los tiempos actuales; manifiéstase igualmente, si consideramos separadamente una clase de animales ó de vegetales,—esta es la *filogenia*;—en fin, se revela en cada individuo en particular, puesto que sube cierto número de escalones para llegar á aquel donde se encuentra el ser que le ha dado nacimiento: esta es la *ontogenia*.

Señalemos otra concordancia de pruebas, que es tanto más convincente, cuanto que establece estrecha solidaridad entre la antigua filosofía de las ciencias naturales concebida por Linneo, desarrollada por Jussieu, y la nueva doctrina cuyo origen remonta á Lamarck. El método natural, es decir, la clasificación de los seres establecida sobre sus afinidades, la indicó Magnol y la formuló Linneo; pero su legislador fué Laurent de Jussieu: éste estableció las bases sobre que descansa y redactó el código que la rige en el prefacio del *Genera plantarum*, que apareció en 1789. En aquella época no existía la paleontología vegetal, y se conocía un número muy restringido de plantas; ni siquiera se sospechaba la doctrina de la evolución. Guiado por el instinto del genio, Laurent de Jussieu busca y encuentra en el embrión vegetal las bases de la clasificación natural, y comprende que este estado transitorio es el más importante de todos. Hoy sabemos por qué es así; porque teniendo origen común los vegetales, el embrión resume en él los caracteres primitivos, fundamentales, que se borran cuando los vegetales se diferencian desarrollándose. El orden que Linneo había establecido ya (*Filosofía botánica*) en la clasificación natural de los vegetales, acotiledones, policotiledones (*gymnospermas*), monocotiledones y dicotiledones, lo conserva y justifica Jussieu; después subordina sucesivamente los órganos menos importantes á los más importantes. Tomando, según el embrión, sus caracteres, primero á sus envolturas, es decir, al grano, después al fruto, en seguida á los estambres, á la corola, al cáliz, y en fin á los órganos foliáceos, establece la serie de las familias naturales. Ahora bien: ¿cuál es el orden de esta serie? Precisamente el orden de la evolución del reino vegetal desde los terrenos primarios hasta la época actual. Así, pues, partiendo de un principio racional la *subordinación de los caracteres*, Jussieu construyó la

serie evolutiva, que no conocía, tal, sin embargo, como la consideramos hoy. ¿Qué prueba más convincente de la verdad de una doctrina para todo hombre pensador que ver un gran genio llegar por grados sucesivos á un resultado confirmado un siglo después, gracias á las adquisiciones y progresos de las ciencias de la naturaleza?

El principio de la evolución no está limitado á los seres orgánicos; es un principio general que se aplica á todo lo que tiene principio, desarrollo progresivo, decadencia inevitable y fin previsto. La aplicación de este principio está destinada á acelerar el progreso de todas las ciencias positivas y á esclarecer con nueva luz la historia de la humanidad: sistema solar, globo terrestre, seres organizados, género humano, civilización, pueblos, lenguajes, religiones, orden social y político, todo sigue las leyes de la evolución. Nada se crea, todo se transforma. Salomón lo comprendió ya, cuando dijo: *Nihil novum sub sole*. La inmovilidad, el retroceso definitivo son imposibilidades demostradas por la historia y confirmadas por la experiencia diaria. Los cambios bruscos, las restauraciones violentas y los trastornos completos y sin raíces en el pasado no tienen probabilidades para lo venidero. El tiempo es el auxiliar indispensable de toda modificación duradera, y la evolución de la naturaleza viviente es el modelo y la regla de todo lo que progresa en el orden físico como en el intelectual y moral.

CÁRLOS MARTINS.

(*Revue des Deux Mondes.*)

INDICACIONES

SOBRE LA ACTIVIDAD INTELECTUAL DE ESPAÑA EN LOS TRES ÚLTIMOS SIGLOS.

CARTA AL SR. D. GUMERSINDO LAVERDE RUIZ, CATEDRÁTICO DE LITERATURA EN LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ETC.

Mi carísimo amigo y paisano:

En una serie de artículos que, con el título de *El Self Government y la Monarquía doctrinaria*, viene publicando en la acreditada *Revista de España* su tocayo de usted D. Gumersindo de Azcárate, escritor docto, y en la escuela krausista sobremanera estimado, he leído con asombro y mal humor (como sin duda habrá acontecido á usted), el párrafo á continuación transcrito:

«Según que, por ejemplo, el Estado ampare ó niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más ó menos su peculiar genialidad en este orden, y podrá hasta darse el caso de

que se ahogue casi por completo su actividad, como ha sucedido en España durante tres siglos.»

Sentencia más infundada, ni más en contradicción con la verdad histórica, no se ha escrito en lo que va del presente. Y no es que el ilustrado Sr. Azcárate sea el único sustentador de tan erróneas ideas, ántes con dolor hemos de confesar que son harto vulgares entre no pocos hombres de ciencia de nuestro país, más versados sin duda en libros extraños que en los propios. Y achaque es comunísimo en los prohombres del *armonismo* juzgar que la actividad intelectual fué nula en España hasta que su maestro Sanz del Río importó de Heidelberg la doctrina regeneradora, y aún el mismo pontífice y *hierofanta* de la escuela jactóse de ello en repetidas ocasiones, no yéndole en zaga sus discípulos. ¡Y si fueran ellos solos! Pero es por desdicha frecuente en los campeones de las más distintas banderías filosóficas, políticas y literarias, darse la mano en este punto sólo, estimar en poco el rico legado de nuestros padres, despreciar libros que jamás leyeron, oír con burlona sonrisa el nombre de *filosofía española*, ir á buscar en incompletos tratados extranjeros lo que muy completo tienen en casa, y preciarse más de conocer las doctrinas del último pensador alemán ó francés, siquiera sean antiguos desvarios remozados ó trivialidades de todos sabidas, que los principios fecundos y luminosos de Lulio, Vives, Suarez ó Foxo Morcillo. Y en esto pecan todos en mayor ó menor grado, así el neoescolástico que se inspira en los artículos de *La Civiltà* y en las obras de Prisco, de Liberatore, de Sanseverino ó de Kleutgen (sabiendo no pocas veces, gracias á ellos, que hubo filosofía y filósofos españoles), como el alemanesco doctor que refunde á Hegel, se extasia con Schelling, ó martiriza la lengua castellana con traducciones detestables de Kant y de Krause. Cuál se proclama *neo-kantista*; cuál se acoge al estandarte de Schopenhauer; unos se van á la derecha hegeliana; otros se corren á la extrema izquierda y de allí al *positivismo*; algunos se alistan en las filas del caído *eclecticismo francés*, disfrazado con el nombre de *espiritualismo*; no faltan rezagados de la escuela *escocesa*; cuenta algunos secuaces el *tradicionalismo*, y una numerosa falange se agrupa en torno de la enseña *tomista*. Y en esta agitación y arrebatado movimiento filosófico, cuando todos leen y hablan de metafísica y se sumergen en las profundidades ontológicas, cuando en todos los campos hay fuertes y aguerridos luchadores, cuando todos los sistemas cuentan parciales y todas las escuelas discípulos, nadie procura enlazar sus doctrinas con las de antiguos pensadores ibéricos, nadie se cuida de investigar si hay elementos aprovechables en el caudal filosófico reunido por tantas generaciones, nadie se proclama

luliano, ni levanta bandera *vivista*, ni se apoya en Suarez, ni los escépticos invocan el nombre de Sanchez, ni los panteístas el de Servet; y la ciencia española se desconoce, se olvidan nuestros libros, se los estima de escasa importancia, y pocos caen en la tentación de abrir tales volúmenes, que hasta los *bibliófilos* desprecian en sus publicaciones, teniendo sin duda por más dignos de conservarse el *Libro de las aves de caza*, el *De la cámara del Príncipe Don Juan*, *La Lozana Andaluza*, ó *Las Andanzas de Pero Tafur*; que los tratados *De causis corruptarum artium* y *De tradendis disciplinis*, el *De justitia et jure*, la *Antoniana Margarita*, el libro de Gouvea *Adversus Petrum Ramum*, el de Sanchez *Quod nihil scitur*, el *De morte et immortalitate* de Mariana, las obras todas de Foxo Morcillo, hoy rarísimas, sin otra multitud de producciones por varios conceptos notables y algunas excelentes. ¿Y qué diremos del olvido en que políticos, economistas y escritores de ciencias sociales suelen tener á sus predecesores? Raros son asimismo los que conocen y estudian á nuestros filólogos y humanistas, y de este común descuido nace, cual forzosa consecuencia, el que se sostengan y repitan afirmaciones como la que sirve de tema á esta carta. A usted, amigo mío; campeón infatigable de la ciencia española, conocedor, como pocos, de sus riquezas, toca oponerse con ardor creciente á los descomedidos ataques que contra nuestro pasado intelectual cada día y en todas formas se repiten. Yo, pobre de erudición y débil de entendimiento; yo, que sólo en la modesta condición de rebuscador y bibliógrafo puedo ayudar á la generosa cruzada por usted desde 1855 emprendida, y por pocos, aunque valiosos sustentadores, apoyada, voy á exponer brevísimas consideraciones sobre el párrafo del distinguido filósofo krausista que ha dado ocasión á estas mal pergeñadas reflexiones.

Dice el Sr. Azcárate que *se ahogó casi por completo la actividad científica de España durante tres siglos*, que serán sin duda el XVI, XVII y XVIII. Vamos á verlo. ¿En cuál de las esferas del humano saber tuvo lugar esa opresión y muerte del *pensamiento*?

¿Fué en la filosofía? Precisamente el siglo XVI puede considerarse como su edad de oro en España. En él continuaron, se rejuvenecieron y tomaron nuevas formas las escuelas todas, ya ibéricas, ya de otros países importadas, que entre nosotros dominaran durante la Edad Media. El *lulismo*, la más completa, armónica y pujante de todas ellas, conserva sus cátedras mallorquinas, penetra en Castilla, amparado por el cardenal Jimenez, recibe decidida protección del *opresor y tirano* Felipe II, y cuenta entre sus sectarios nada ménos que á Fr. Luis de Leon y á nuestro egregio conterráneo el arquitecto

Juan de Herrera. Llega á su apogeo el *escolasticismo* en sus diversas sectas de *tomistas*, *escotistas*, etc., brota lozana y vigorosa la de los *suaristas*, multiplícanse los volúmenes en que semejantes doctrinas se exponen, hasta el punto de que ninguna nacion nos excede ni en el número ni en la calidad de tales escritores. De lo primero responda, sin ir más léjos, la *Bibliotheca hispana nova*, de Nicolás Antonio, que sobre la mesa tengo, en cuyos índices, con ser tan incompletos, figuran innumerables filósofos peripatéticos, autores, ya de *Cursos de artes*, ya de *Dialéctica* y *Súmulas*, ya de *Física*, ya de las materias en las escuelas comprendidas bajo el dictado genérico *De Anima*, ya, en fin, de *Metafísica*.

Del mérito é importancia de muchos de estos trabajos den testimonio los preclaros nombres de Bañez, Domingo de Soto, Tellez, Vazquez, Rodrigo de Arriaga, Henao, Toledo, Bernaldo de Quirós, Pérrerio, Molina, y sobre todo el de Suarez, en cuyos libros fuera no difícil hallar, abundante y de subidos quilates, aquel oro que Leibnitz reconocía en la escolástica, con resultados tan notables beneficiada en nuestros días. Y no insistimos más en este punto, porque harto sabemos que hoy ningun hombre de ciencia osa despreciar aquella prodigiosa labor intelectual, de significacion tan grande, de tan notable influjo en la historia de la ciencia. Harto se nos alcanza asimismo que los parciales de ciertas escuelas modernas (en una de las cuales milita el distinguido escritor á quien combatimos) miran, no sólo con respeto, sino con veneracion excesiva, envuelta en cierto temor, al renaciente escolasticismo, hoy tan en boga, quizá porque creen descubrir en él su más valiente enemigo, sin que se atrevan tampoco á dirigirle cargos en cuanto á la rudeza y literaria incorreccion de las formas, como culpables que son, hasta con creces, del mismo pecado. Justo es, pues, que amigos y enemigos de esa remozada doctrina, tributen á los nombres y obras de nuestros escolásticos insignes el mismo culto que, no sé si con rendimiento extremado, ofrecen á las doctrinas y libros de doctores extranjeros.

Y saliendo del campo escolástico, que conozco mal, y del que, en ocasiones, instintivamente me aparta algo de aquella *santa ira* que dominaba á los humanistas del Renacimiento, repulsion en mí más poderosa que la corriente *tomista*, hoy avasalladora, dirijamos la vista á la falange brillantísima de *peripatéticos clásicos*, como usted los apellida (denominacion en todo extremo feliz), y de esos otros pensadores *eclécticos* é independientes que en su bandera pudieron escribir el lema de *ciudadanos libres de la república de las letras*. ¡Qué siglo aquel en que Sepúlveda vertía al latin y comentaba con exquisito gusto y clara inteligencia del original *La Ética*, *La Política*, los opúsculos *psicológicos* y

otros tratados de Aristóteles; en que D. Diego de Mendoza parafraseaba las obras todas del Estagirita, y Fonseca trasladaba la *Metafísica*, y Pedro Juan Nuñez, que desde las filas de Pedro Ramus se había pasado al peripatetismo, explicaba las dificultades de Aristóteles, ponía escolios al *Organon*, y coleccionaba las memorias históricas de los antiguos peripatéticos, y Cardillo de Villalpando y Martinez de Brea extendían sus comentarios á los libros todos del discípulo de Platon, defendiendo su doctrina en sabias y elegantes monografías contra los que le acusaban de materialista y reñido con la inmortalidad del alma! ¿Quién podrá enumerar los más importantes siquiera de aquellos trabajos de bibliografía, comentario, crítica y exposicion de la doctrina de Aristóteles, bebida en las fuentes *helénicas*? ¿Cómo olvidar, entre otros no ménos dignos de estima (cuyos autores no solian escasear, por cierto, las acerbias invectivas contra la barbarie de los escolásticos, su ignorancia del griego y su completo y torcido conocimiento de Aristóteles), los de Gouvea, Montes de Oca, Luis de Lemus, Pedro Monzó y Simon Abril, y las traducciones castellanas fidelísimas y completas que á principios del siglo XVII trabajó el insigne helenista valenciano Vicente Mariner, último de los *peripatéticos clásicos* y sucesor no indigno de los Sepúlvedas y de los Nuñez? ¡Y en época de tal y tan prodigioso movimiento dicen que estaba dormida la actividad científica de España!

¿Ofreció entónces nacion alguna el espectáculo de independencia y agitacion filosófica que caracteriza á España en aquella era? Todos los sistemas á la sazón existentes tenían representantes en nuestra tierra, y sobre todos ellos se alzaba el atrevido vuelo de esos espíritus, osados é inquietos los unos, sosegados y majestuosos los otros, agitadores todos, cada cual á su manera sembradores de nuevos gérmenes y nuncios de ideas y de doctrinas que proféticamente compendiaban los varios y revueltos giros del pensamiento moderno. Sólo Italia podía disputarnos el cetro filosófico con su renovado *platonismo* y con las audaces y más ó ménos originales doctrinas de sus Pompanazzis, Telesios, Brunos y Campanelas. Si tienen que envidiarles nada nuestros filósofos, usted lo sabe, amigo mio, que tantas veces se habrá detenido, como yo, en la contemplacion y estudio de los tratados admirables de Luis Vives, el más prodigioso de los obreros del Renacimiento, pensador crítico *de primera fuerza* (como hoy suele decirse), renovador del *método* antes que Bacon y Descartes, iniciador quizá del *psicologismo* escocés, conciliador casi siempre, prudente y mesurado aun en la obra de demolicion que había emprendido, dechado de claridad, elegancia y rigor lógico, admirable por la construccion arquitectónica del sistema, filósofo en quien predominó siem-

pre el juicio y el sentido práctico, nunca reñidos en él con la alteza del pensamiento, que, para todos accesible, jamás se abate, sin embargo, con aparente y menguada facilidad al vulgar criterio. ¡Qué útil fuera una resurrección de la doctrina *vivista* en esta época de anarquía filosófica, más enamorada de lo ingenioso que de lo sólido, más que de lo razonado de lo abstruso, siquiera en ello no se encuentren más que esfuerzos de intelectual gimnasia, convenientes tal vez como ejercicio, pero perniciosos si se convierten en hábito y se erigen en sistema!

Próximo á Vives debemos colocar al sevillano Foxo Morcillo, que con sin igual fortuna lanzóse, en son de paz, entre *platónicos* y *aristotélicos*, intentando resolver en terreno neutral la eterna lucha del discípulo y del maestro, el eterno dualismo del pensamiento humano, que por sí sólo explica la historia entera de la filosofía, partida siempre en dos campos rivales, más en apariencia que en realidad conciliados á veces, nunca del todo, en los sistemas armónicos.

De siglo de oro filosófico habrá de calificar al siglo XVI quien conozca, siquiera someramente, las obras de los *ramistas* españoles, Nuñez (en su primera época), el salmantino Herrera, y el Brocense, ingenio agitador por excelencia, que llevó al campo de la lógica aquella su perspicacia y agudeza de entendimiento, aquel horror á la opinion vulgar y á la barbarie de la escuela, altamente manifestada en filológicas cuestiones. Y en punto á novedad y extrañeza de opiniones, pocos libros pueden compararse al del portugués Sánchez, *Quod nihil scitur*, inspirado en los de Sexto Empírico, y predecesor de los de Montaigne y Charron. ¿Qué diremos de Gomez Pereira, *cartesiano* antes que Descartes; del divino Vallés, adversario terrible de la física *aristotélica*; de Huarte, padre de la frenología y engendrador *inconsciente* de no pocos sistemas materialistas; de doña Oliva, analizadora sutil de las pasiones? ¿Qué de nuestros innumerables moralistas, estóicos unos, apologistas otros de Epicuro, amalgamándolos con frecuencia bajo superiores principios? ¿Y qué de nuestros místicos, en cuyas obras el entendimiento se abisma, y halla luz la fantasía, y alimento el corazón, y regalo el oído, admirando todos de consuno tanta profundidad y tan seguro juicio, tal intuición de los misterios ontológicos y estéticos adonde no llega la reflexión ni el análisis alcanza, tal revelación de maravillas y de grandezas hecha en aquella lengua cuyo secreto se ha perdido, que parece en tales escritores la más grande de las lenguas humanas y que es á lo ménos la única entre las modernas que ha logrado expresar algo de la *idea suprema*, y ha tenido palabras, por grandes y pequeños comprendi-

das, para penetrar en los arcanos del *sér*, palabras que en su correr y en su sonar tienen algo de celestial y angélico, como pronunciadas por aquellos que *se perdieron en el ancho piélagos de la hermosura divina*? Imposible es menospreciar el siglo que tales grandezas produjo. Inmortal sería, aunque sólo hubiese dado las *Moradas* teresianas, la *Llama de amor viva* y la *Subida al Carmelo*, el libro admirable de *Los Nombres de Cristo* y el *Del Amor de Dios* de Fonseca.

¡Tan por completo se ahogó nuestra actividad científica en aquella época! No acierto á ver esa *opresión* que pondera el Sr. Azcárate; por el contrario, me admira á veces la tolerancia y lenidad de los poderes civil y eclesiástico de entónces con ciertas ideas de buena intención expuestas, pero más ó ménos sospechosas de materialismo ó de panteísticas cavilaciones. No encuentro en los *Índices Expurgatorios* más obras de filósofos ibéricos notables que las de Huarte y doña Oliva, y éstas sólo para borrar frases muy contadas. Exceptuando al Brocense y Fr. Luis de Leon, en cuyos injustos procesos influyeron otras causas, no hallo pensador alguno español perseguido por el Santo Oficio; á nadie castigó aquel Tribunal por haber expuesto doctrinas metafísicas, propias ó ajenas, acomodadas ó no á las ideas dominantes. En las llamas pereció un crudo panteísta aragonés, pero fué su suplicio en Ginebra, no en España; ordenólo Juan Calvino, no el Tribunal de la Fe.

No me empeñaré en trazar una brillante pintura del siglo XVII, que, notable bajo otros aspectos, fué en lo filosófico degenerada secuela del XVI. Pero usted sabe, amigo mio (y discretamente lo ha dado á entender en uno de sus preciosos *Ensayos*), que no puede juzgarse muerta la actividad científica de un periodo que cuenta pensadores como Pedro de Valencia, Isaac Cardoso, Quevedo, Caramuel y Nieremberg, aparte de numerosos escolásticos, discípulos no indignos de los grandes doctores del siglo anterior. Y como la tirantez de la Inquisición en ese tiempo no fué mayor que en la precedente centuria, claro se ve que, no por falta de libertad, sino por causas de otra índole, decayeron tan lastimosamente los estudios. El mal gusto literario que extendió sus estragos á todas las disciplinas, la universal decadencia de la nación, de múltiples fuentes emanada, la rigidez y tiranía de las escuelas, las inútiles guerras filosóficas, y la natural tendencia de las cosas humanas á descender así que llegan á la cumbre, dieron al traste con el edificio levantado en el siglo XVI, sin que en tal destrucción ejerciera grande influjo ese poder *opresor* á quien algunos atribuyen toda la culpa.

El tercero de los siglos ominosos para el Sr. Azcárate es el XVIII, época de controversia, de discu-

sion y de análisis, de grandes estudios y de encarnizada lucha; siglo de transición, falta de carácter propio, si ya no le fijamos en su propia vaguedad é indecisión. ¿Pero cómo ha de estimarse muerta la *actividad científica* en el periodo en que penetraron sin oposición en España todas las doctrinas extranjeras, buenas ó malas, útiles ó dañosas; en que el *gassendismo* contó secuaces como el P. Tosca, y el *maignanismo* fué defendido por el P. Nájera, y la doctrina *cartesiana*, combinada con reminiscencias de Vives, Gomez Pereyra y otros filósofos ibéricos, logró, como más afine de los sistemas peninsulares, el apoyo, siempre condicional, del P. Feijóo, y el más decidido de Hervás y Panduro, Fornér y Viegas, y el fácil y rastrero sensualismo de Locke y Condillac deslumbró las clarísimas inteligencias de los PP. Andrés y Eximeno, no libres en esta parte del tributo que raros pensadores dejan de pagar, más ó menos, á las ideas dominantes en su época? Y no se ha de creer por esto que faltaron en el siglo XVIII paladines de los antiguos sistemas y acérrimos contradictores, más ó menos bien encaminados, de las innovadoras doctrinas. Recuérdese el número prodigioso de libros y folletos que aparecieron con ocasión del *Theatro Crítico* y de las *Cartas* del P. Feijóo; recuérdense especialmente las defensas del *lulismo* hechas por los PP. Fornés, Pascual, Tronchon y Torreblanca; fijese la consideración en los tratados escolásticos que entonces se dieron á la estampa; estúdiense la porfiada contienda entre *revolucionarios* y *conservadores*, primero en el terreno de la *Filosofía natural*, despues en el de la *Metafísica* y la *Moral*, y podrá formarse idea del notable movimiento intelectual del siglo que nos precedió; edad en muchos conceptos gloriosa para España, aunque por nosotros poco estudiada, y áun puesta en menosprecio y olvido. Excelente monografía pudiera escribirse sobre este punto, utilizando las indicaciones por usted esparcidas en diversos artículos, que dan (como diría un krausista) el *concepto, plan, método y fuentes de conocimiento* para obra semejante. Y en verdad que no sería excusado, ántes muy útil y fructuoso, el análisis y juicio de libros tan notables como la *Philosophia Scéptica* del Dr. Martinez, la *Lógica*, la *Filosofía Moral* y los *Opúsculos* de Piquer, *La Falsa Filosofía* del P. Ceballos, los *Desengaños filosóficos* de Valcárcel, *El Philoteo* del cisterciense D. Antonio Rodriguez, los *Discursos filosóficos sobre el hombre* de Fornér, los *Principios esenciales del orden de la naturaleza* de Perez y Lopez, *Dios y la Naturaleza* de D. Juan Francisco de Castro, las *Investigaciones de Arteaga sobre la belleza* (1), y *El Hombre Físico* de

Hervás, *escépticos reformados*, ó sea eclécticos los unos, adversarios los otros del *enciclopedismo*, un tanto sensualista alguno de ellos, y secuaces los otros del espiritualismo cartesiano.

Bastan los nombres de autores y de obras hasta aquí indicados para demostrar que estuvo muy léjos de ser *oprimida ni anulada nuestra peculiar genialidad* en este orden de conocimientos. Antes bien observamos que las doctrinas más funestas y tumultuosas recibieron en ocasiones el decidido apoyo del poder civil, como acaeció con el *enciclopedismo francés*. En cuanto á la Inquisición, es harto sabido que perdió en aquella era gran parte de su poder y prestigio; que desde mediados del siglo estuvo en manos de los *jansenistas*, convertida á veces en instrumento dócil del regalismo, y que léjos de perseguir ni coartar en ningun sentido la libertad *filosófica*, dejó crecer y desarrollarse la mezquina planta del *sensualismo*, consintió que penetrase en las áulas, y sólo tuvo prohibiciones y anatemas para los libros franceses claramente perniciosos á la religion ó las costumbres. Y si molestó á Olavide, á Marchena y á algun otro propagandista ó secuaz del enciclopedismo, más digna es de encomio que de censura por habersé opuesto, aunque desgraciadamente sin bastante energía, á la importación de doctrinas pobres, rastreras y monstruosamente impías, hoy, para todo hombre de ciencia, de cualquier campo filosófico, dignas de menosprecio y risa.

De presumir es que entre las ciencias *oprimidas y muertas* en los siglos XVI, XVII y XVIII no incluya el Sr. Azcárate á la Teología católica, tan cultivada en esas tres centurias como ha podido serlo en cualquier otro *momento histórico* (hablemos á la manera de los krausistas... ¡como si pudiera haber algun *momento que no lo fuese!*). Sin más trabajo que el facilísimo de registrar á Nicolás Antonio (ya que por desdicha no existe una *Biblioteca especial de teólogos españoles*), se encontrarán nombres de *escriturarios* y *expositores*, de *dogmáticos*, *controversistas*, *ascéticos*, *moralistas*, etc., etc. en número verdaderamente prodigioso. ¡Y qué nombres entre ellos! Arias Montano, Maluenda, Maldonado, Mariana, Fr. Luis de Leon, Fr. Luis de Granada, Francisco de Vitoria, Melchor Cano, Bañez, Soto, Molina, Suarez, Lainez, Salmeron, Lemos, Vazquez, astros de primera magnitud en el cielo de las letras eclesiásticas. En sus libros se explicó ámpliamente nuestra *genialidad* teológica, que es católica y no heterodoxa, mal que les pese á algunos. ¡Qué inmensa *actividad intelectual* no desplegaron en las

componerle hay que acudir á las más diversas fuentes: los *místicos*, los *poetas eróticos*, los *novelistas*, los *dramáticos* encierran copiosos materiales que pueden ser aprovechados para tal intento. Ténganse además en cuenta los diversos tratados *De la Hermosura y del Amor* que produjo el siglo XVI.

(1) Obra sobremañera interesante para la *historia de la Estética en España*, libro que no se ha escrito aún y que sería muy curioso. Para

famosas controversias *de auxiliis*! ¡De qué sutileza y profundidad de pensamiento no hicieron alarde Molina, Vazquez y Suarez en la concepcion y desarrollo del *congruismo*, sistema teológico admirable, del todo español, que ha llegado á ser la doctrina más corriente en las escuelas católicas! Confesaremos de buen grado que la Inquisicion se opuso con mano fuerte á la introduccion de toda enseñanza herética; en lo cual obró con suma cordura, dada la condicion de los tiempos y dado el principio fundamental de nuestra civilizacion, entónces harto amenazado; mas no faltó, por eso, considerable grey de disidentes, que *mostraron* á su sabor sus propias *genialidades*, seguros unos del alcance del Santo-Oficio, y sujetos otros á sus rigores. Y quien busque teología *heterodoxa* acuda á Valdés y á Servet, á Juan Díaz y al Dr. Constantino, á Cipriano de Valera y á Juan Perez, á Tejeda y á Molinos, y advertirá que, por haber de todo, no faltaron doctores del mal y sembradores de cizaña, aunque á dicha no germinó entónces la mala semilla en nuestro suelo.

Tampoco creo que nuestro articulista incluya en su *casi* rotunda afirmacion el *Derecho*, asi *natural como positivo*, pues en quien tan dignamente ha ocupado cátedra de esta ciencia, debe suponerse, no vulgar conocimiento, sino meditacion y estudio, del tratado *De Legibus et Deo legislatore* del jesuita Suarez, de los sendos *De Justitia et Jure* del dominico Soto y del jesuita Molina, de los dos *De Jure Belli* debidos á Victoria y á Baltasar de Ayala, de la *Encyclopædia juris*, y de otras producciones del mismo género, estimadas y grandemente puestas á contribucion por Grocio y demas renombrados maestros extranjeros de Filosofia del Derecho. Y presumo que han de serle asimismo familiares las obras de los grandes jurisconsultos y canonistas Gouvea, émulo de Cujacio; Martin de Azpilcueta, defensor generoso del arzobispo Carranza; Antonio Agustin, en todo linaje de disciplinas eminente; D. Diego de Covarrubias, honra al par de la mitra y de la toga; Pedro Ruiz de Moros, admirado en Polonia por sus *Decisiones lituánicas*; Ramos del Manzano, *el más erudito de los jurisconsultos*; Fernandez de Retes, su discípulo, lumbrera de la Universidad salmantina; Nicolás Antonio, tan docto jurisperito como bibliógrafo consumado; Salgado, Puga, y en tiempos á nosotros más cercanos, Mayans, Finestres, Castro, y, principalmente, el insigne conde de Campomanes, por más que su nombre no suene del todo bien (y con harta razon) en muchos oídos.

De *legistas* á *políticos* el tránsito es fácil. Conocidos son los tratados *De regno et regis officio* de Sepúlveda, *De regis institutione* de Foxo Morcillo, *De rege et regis institutione* del P. Mariana, *El Consejo y Consejeros del Príncipe* de Furió Seriol, *El Príncipe Cristiano* del P. Rivadeneyra, el libro *De*

República y policía cristiana de Fray Juan de Santa María, el *Gobernador Cristiano* del P. Marquez, la *Conservacion de monarquías* de Navarrete, la *Política de Dios* de Quevedo, las *Empresas* de Saavedra, y otros libros semejantes, escritos casi todos con gran libertad de ánimo, y llenos algunos de las más audaces doctrinas políticas. Ninguno de ellos (entiéndase bien) fué prohibido por el Santo Oficio, ni recogido por mandamiento real. La Inquisicion y el Rey dejaron correr sin estorbo (y perdonésemelo manoseado de la cita, en gracia de su oportunidad) aquel libro famoso de Mariana, en cuyos capítulos 6.º, 7.º y 8.º se investiga *si es lícito matar al tirano, si es lícito envenenarle, si el poder del rey es menor que el de la república*, decidiéndose en la primera y tercera de estas cuestiones por la afirmativa (1), lo cual no deja de ser una prueba de lo *oprimida y anulada* que estaba la libertad científica, cuando tales *genialidades* se estampaban como cosa corriente. Esa terrible manía del *tiranicidio*, nacida de clásicas reminiscencias, y en España poco ó nada peligrosa, porque al poder monárquico nadie lo reputaba *tiránico*, y era harto fuerte y estaba de sobra arraigado en la opinion y en las costumbres para que pudieran conmoverle en lo más mínimo las doctrinas de uno ni de muchos libros, contagió á otros escritores, llegando hasta manifestarse en conclusiones tan audaces como las publicadas en 1634 por el P. Agustin de Castro, de la Compañía de Jesus, donde la consabida pregunta de *si es lícito matar al tirano*, va acompañada de las siguientes: «¿Es mejor algun gobierno que ninguno? ¿Es mejor el gobierno democrático que el monárquico y aristocrático? ¿Es más conveniente la monarquía electiva que la hereditaria? ¿Es lícito excluir á las hembras de la sucesion del trono?»; tesis todas que el buen Padre se proponía sostener en sentido afirmativo; prueba asimismo evidentísima de la formidable *opresion y tiranía* que pesaba sobre el pensamiento español en materias políticas.

Muy semejante debió de ser la anulacion de nuestra *genialidad y carácter* en materias sociales y económicas. De ello dan muestra los tratados de Fray Bartolomé de las Casas, de Bartolomé Frías de Albornóz y de tantos otros contra la esclavitud, y los libros de *economía social* y hacienda pública debidos á las valientes plumas del doctor Sancho de Moncada, de Francisco Martinez de la Mata, de Fernandez de Navarrete, de Alvarez Osorio, de Mariana, de Pedro de Valencia, del contador Luis Valle de la Cerda, de Martin Gonzalez de Cellorigo, de Damian de Olivares, de Diego Mexía de las Higueras, de Alcázar Arriaza, de Francisco de Cisneros y Jeró-

(1) Y lo mismo puede decirse de la segunda, dado caso que admite cierta especie de venenos en ciertas condiciones administrados.

nimo de Porras, de Leruela y tantos otros economistas, ninguno de los cuales dudó en poner el dedo en la llaga, ora señalando entre las causas de la despoblacion de España el excesivo número de regulares y la amortizacion así civil como eclesiástica, ora combatiendo las absurdas disposiciones gubernativas respecto á la tasa del pan y á la alteracion de la moneda. El número de tales escritores es grande; con ellos pudiera formarse una coleccion copiosísima; y de sus nombres y obras lógrase sin dificultad larga noticia con sólo recorrer la *Educacion Popular* de Campomanes y su *Apéndice*, la *Biblioteca Económico-Política* de Sempere, el *Sumario de la España Económica* de Vadillo, y la *Biblioteca de economistas* del Sr. Colmeiro. Por lo que al siglo XVIII respecta, nadie ignora que se dió á estos estudios especial fomento, y basta recordar entre los nombres de sus economistas los del marqués de Santa Cruz de Marcenado, Ustariz, Campomanes y Jovellanos, para hacer respetable en lo *crematístico* la época en que se escribieron *La Industria Popular* y *La Ley Agraria*, en que se crearon las *Sociedades Económicas*, y con tal suerte y tino se explotaron los veneros todos de la riqueza pública.

Si con tal amplitud y libertad discurrieron nuestros ingenios sobre materias filosóficas, políticas y económicas, claro es que no habían de encontrar cerrado el campo de las investigaciones lingüísticas, críticas, históricas y arqueológicas. Que hubo orientalistas, y en especial hebraizantes, dignos de inmortal recuerdo, compréndese con sólo traer á la memoria las dos *Políglotas*, monumentos de gloria para los que las protegieron y realizaron. Que hubieron de tropezar, en España y fuera de ella, con poderosos obstáculos los cultivadores de tales estudios, especialmente en el segundo tercio del siglo XVI, explicase bien por el estado de agitacion religiosa de aquella época. Pero si Arias Montano fué envuelto en dilatados procesos, y Fray Luis de Leon gimió en las cárceles inquisitoriales, y Pedro de Valencia hubo de luchar con el P. Andrés de Leon en defensa de la memoria de su maestro, el resultado de estas persecuciones y contiendas fué en definitiva favorable á los agraviados, pues al ilustrador de la *Políglota antuerpiense* y á su libro les escudó la proteccion de Felipe II; al místico autor de la *Exposicion del libro de Job* valióle su inocencia y saber contra los encarnizados ataques de Leon de Castro, y fué absuelto, aunque tarde y con alguna restriccion; y el docto filósofo de Zafra sacó á salvo de las detracciones de enconados émulos el nombre y los trabajos del inmortal escriturario de la Peña de Aracena. Pero si en el estudio de la lengua y literatura hebraicas encontraron nuestros filólogos algun tropiezo, no ha de afirmarse

otro tanto del de los idiomas clásicos griego y latino, con tanto esmero y gloria cultivados desde fines del siglo XV, en que á uno y otro señalaron rumbo y abieron camino Arias Barbosa y Antonio de Nebrija. De los posteriores progresos responden las numerosas traducciones de ambas lenguas, las gramáticas así griegas como latinas (estas últimas en cantidad prodigiosa), los vocabularios, los comentarios é ilustraciones de diversos autores de la antigüedad clásica, los tratados de preceptiva y crítica en que se exponen y amplían los cánones aristotélicos ú horacianos; tareas en alto grado fructuosas, debidas (entre otros mil que al presente omito) á los insignes humanistas Vives, el comendador Hernan Nuñez, Sepúlveda, Vergara, la Sigea, Lorenzo Balbo, Encinas, Gélida, A. Agustin, Mendoza, Perez de Castro, Diego Gracian, Pedro Juan Nuñez, Oliver, Chacón, Gonzalo Perez, Alvar Gomez, Matamoros, Perez de Oliva, Foxo Morcillo, Alvarez, el Brocense, Malara, Medina, Giron, Osorio, Calvete, Simon Abril, el Pinciano, Cascales, Bustamante, Barreda, Espinel, Correas, Gonzalez de Salas, Baltasar de Céspedes, Valencia, Mariner, Tamayo de Vargas, Perpiñá, el P. La Cerda, Martí, D. Juan de Iriarte y todos los latinistas y helenistas egregios que despues de él florecieron en el siglo XVIII. De otras lenguas, como el árabe, escasearon más los cultivadores, y aún estos no solian proponerse un objeto literario al aprender tal idioma, relegado casi á los misioneros que habían de usarle en sus predicaciones y enseñanzas. A la diligencia y celo de estos piadosos varones debiéronse asimismo gramáticas y vocabularios de gran número de lenguas exóticas, catecismos y traducciones de libros sagrados en caldeo, siriano, etiope, malabar, chino, japonés y sanscrito, en los dialectos americanos y en los de no pocas islas de la Oceania; riquísima mies lingüística que á fines del siglo XVIII había de cosechar uno de los más esclarecidos hijos del solar español, el jesuita Hevás y Panduro, de cuyo cerebro, como Minerva del de Júpiter, brotó armada y pujante la *Filología comparada*.

¿Y qué diremos, amigo mio, de los innumerables cultivadores de las ciencias históricas y arqueológicas, en esas edades que con tanto desden miran algunos? Materia es esta ya tratada, y en que no insistiré por tanto, pues de superfluidad impertinente habría de tacharse el repetir, cual si no fuesen de sobra conocidos, los nombres de A. Agustin, numismático insigne, de Luis de Lucena, Fernandez Franco, Juan de Vilches, Llanzol de Romani, Ambrosio de Morales, Resende, Rodrigo Caro, Ustarroz, el dean Martí, Lástanos, Sarmiento, Valdeflores, Finestres, Contador de Argote, Florez, Perez Bayer, Floranes, Capmany y tantos otros arqueólogos y

diligentísimos investigadores; los de nuestros historiadores generales más ó menos eruditos, más ó menos artísticos, Florian de Ocampo, Morales, Garibay, Zurita, Mariana, Ferrerasa, etc.; los de tantos y tantos como ilustraron los anales de ciudades, villas, provincias, monasterios, iglesias, de los cuales formó copiosa bibliografía, que aún puede acrecentarse mucho, el Sr. Muñoz Romero; los de Sigüenza, Yepes y otros doctísimos cronistas de órdenes religiosas; los de Pellicer, Salazar de Castro y otros eruditos respetables entre la inmensa balumba de los *genealogistas* é historiadores de casas nobles, y aún los de los forjadores de falsos cronicones, que demuestran el grandé, aunque descaminado, entusiasmo con que se proseguían las indagaciones históricas, entusiasmo que llevaba á fingir historia donde no la había y á llenar con patrañas los huecos; no sin que, para gloria de la crítica histórica entre nosotros, encontrasen los osados falsarios la formidable oposición de varones tan preclaros como D. Juan Bautista Pérez, Pedro de Valencia, Fr. Hermenegildo de San Pablo, el marqués de Mondéjar, D. Juan Lúcas Cortés y D. Nicolás Antonio.

Filólogos, humanistas, arqueólogos é historiadores nos han traído á las fronteras de la república literaria, en la cual no entraré, sin embargo, porque el Sr. Azcárate parece referirse sólo á la actividad científica, y ni él ni nadie ha negado ni niega el prodigioso desarrollo de nuestra genialidad artística, antes bien, suelen afirmar que el poder opresor y tiránico de aquellos tiempos dió libertad y protección á la poesía, á la novela, al teatro y á todos los ramos de las bellas letras, para entretener y alargar de esta suerte á los españoles y hacer que no sintiesen en modo alguno el peso de las cadenas que amarraban la libertad del pensamiento. Esto, expresado en más retumbantes frases y preñados conceptos, se oye cada día en boca de algunos filósofos, y esto quería indicar sin duda Sanz del Río, cuando asentaba que, por falta de libertad en el llamado siglo de oro, el ingenio español se desarrolló sólo bajo un parcial aspecto, que, según él piensa, no fué el de la razón ni el del entendimiento; y cierto que sería cosa peregrina un desarrollo intelectual de cualquiera especie sin razón ni entendimiento. Digo, volviendo á mi asunto, que, aunque así hubiese acontecido, siempre tendríamos que agradecer mucho á aquel Estado que, en medio de sus iniquidades y tiranías y anulaciones del pensamiento, tanto se desvelaba porque no las sintiésemos, y procuraba divertirnos con poesías, novelas y comedias, discreta y lozanísimamente escritas; secreto administrativo, propio de déspotas; al cual deben nuestras letras muchos días de gloria que jamás les daría un Estado krausista en que fuesen norma de buen estilo y elegante decir la *Analítica* ó

TOMO VII.

el *Ideal de la humanidad para la vida*. Hablando en serio; creo haber dejado fuera de duda que, excepto en algun caso particular, no hubo anulacion de la libertad científica en materias filosóficas, políticas y sociales, las más difíciles de tratar bajo un gobierno de unidad religiosa y monárquica.

Pero se dirá: ¿por qué obtuvieron tan escaso florecimiento las ciencias exactas, físicas y naturales, sino por la rigidez con que el Estado negó siempre la libertad de la ciencia? Entendámonos: en primer lugar, niego el supuesto en tan absolutos términos formulado: cierto es que no apareció en España ningún Galileo, Descartes, Newton, Lagrange, Gay-Lussac, Lavoisier ó Linneo; confieso de buen grado nuestra inferioridad en esta parte; no lo da Dios todo á todos; quizá el terreno no estaba tan bien preparado; quizá la genialidad española no tira tanto por ese camino como por otros; pero es lo cierto que en esos ominosos siglos debieron las ciencias de la naturaleza considerables adelantos á muchos españoles; acaudaláronse la Zoología y la Botánica con las innumerables noticias sobre la Fauna y la Flora de las comarcas americanas, esparcidas en los libros de Gonzalo Fernandez de Oviedo y otros primitivos historiadores de Indias, y luégo más científicamente expuestas en los tratados de Nicolás Monardes, Francisco Hernandez y José de Acosta; brillaron Cavanilles y tantos otros sabios ilustradores del reino vegetal, de que en su obra *La Botánica y los Botánicos de la Península* da cumplida noticia el señor D. Miguel Colmeiro; hicieron importantes estudios sobre los metales Alvaro Alonso Barba, Bernal Pérez de Vargas y otros menos conocidos autores; publicáronse notables comentarios y traducciones de Aristóteles y Teofrasto, de Arquímedes y Euclides, de Dióscordes y Plinio; no faltaron matemáticos y físicos tan memorables como Nuñez, inventor del *nonius*, el docto humanista Fernan Pérez de Oliva, que escribió *De magnete* y empeñóse en hallar modo de que por la piedra imán se comunicasen dos ausentes (1), el cosmógrafo Santa Cruz, el ya citado Chacon, que tuvo parte no secundaria en la corrección gregoriana, el arzobispo Siliceo, docto aritmético, el insigne polígrafo Pedro Ciruelo, el portentoso Caramuel, y en tiempos más cercanos los Padres Tosca y Feijóo, los sabios marinos Ulloa y Jorge Juan, sin una multitud de tratadistas como los Padres Zaragoza, Cassani y Cerdá, el alférez Fernandez de Medrano, etc., que, más ó menos atinados en la exposicion de la doctrina, demuestran que nunca faltaron del todo buenos estudios de ciencias exac-

(1) No incluyo á Blasco de Garay, á quien erradamente se ha supuesto inventor de la aplicacion del vapor á la navegacion. Véase demostrado lo contrario en la *Memoria* publicada sobre este asunto por D. J. Rubió y Ors.

tas y físicas en nuestro país. Prueba son también de ello los numerosos tratados de fortificación, artillería y arte militar en todos sus ramos, dados á luz en los siglos XVI y XVII por nuestro conterráneo el beneficiado de Laredo D. Bernardino de Escalante, por su homónimo de Mendoza, por Cristóbal de Rojas, Lechuga, Firrufino, etc., libros que en su mayor parte obtuvieron la honra de ser traducidos á otras lenguas. En otra ciencia aplicada, aunque bien diversa de la anterior por su objeto, descollaron notablemente los españoles. Nos referimos á la Medicina, que con orgullo registra en sus fastos los nombres de Laguna, á la vez humanista, orador y poeta; de Villalobos, tan célebre *sifiliógrafo* como ingenioso y agudo literato, por algunos apellidado el *Fracastorio* español; del divino Vallés, ya mencionado como filósofo, en unión con Gomez Pereira, Huarte y otros médicos esclarecidos; de Servet, descubridor de la circulación de la sangre, tan famoso por ello como por sus teorías antitrinitarias y su desastrada muerte; de Valverde, Mercado, Solano de Loque, Lobera de Ávila, etc.; y en el siglo pasado, los de Martín Martínez, el *Fijóo* de la medicina, y Piquer que, continuando como él la gloriosa serie de médicos-filósofos, supo á la vez traducir á Hipócrates, analizar las pasiones é investigar doctamente las causas de los errores.

Aparte de todo lo expuesto, conviene observar que, dada la menor relación de las ciencias *exactas*, *físicas* y *naturales* con la *religion* y la *política*, debieron de ser las ménos oprimidas y vejadas, si admitimos la teoría de nuestros adversarios. Y es lo cierto que la Inquisición española no opuso trabas á la admisión del sistema *copernicano* en la aulas salmantinas, ni impidió que Diego de Estúñiga le expusiese con toda claridad en su *Comentario á Job*, libro que mandó expurgar la Inquisición de Roma, en cuyos índices figura hasta tiempos muy recientes. Y, hablando en puridad, ¿qué temor podían inspirar á los poderes públicos, así civil como eclesiástico, los grandes descubrimientos astronómicos ó físicos? A nadie hubieran molestado la Inquisición ni el Rey por formular la ley de la *atracción*, por descubrir el *cálculo de las fluxiones*, ó por entretenerse en profundos estudios de óptica y de mecánica. En una nación en que se permitía defender el *tiranicidio*, ¿qué obstáculos había de encontrar el que se propusiese hacer nueva clasificación de las plantas, ó destruir la antigua nomenclatura alquímica, ó revelar la existencia de todos los cuerpos simples hoy conocidos, y de muchos más, si más hubiera? Si como el docto aragonés Gomez Miedes escribió un grueso volumen sobre la *sal* común, única que él conocía, hubiese tratado de todas las *sales* hoy descubiertas, ¿hubiérale puesto cortapisas á quien? ¿Se opuso el *Estado* á que desarrollase

ámpliamente su estafalaria *genialidad* matemática el caballero valenciano Falcó, tan agudo poeta latino como desdichado geómetra, que gastó su tiempo y su dinero en investigar la cuadratura del círculo y se fué al otro mundo pensando haberlo logrado?

Como indicios claros de la situación lamentable á que llegaron entre nosotros las ciencias naturales, suelen citarse esos libros llenos de patrañas y aberraciones que á fines del siglo XVII aparecieron con los títulos de *Magia Natural*, *Ocultas Filosofías*, *El ente dilucidado* y otros *ejusdem furfuris*. Pero fuera de que en la misma época se escribieron otros tratados con sano juicio y buen seso, y dejando aparte también el que dichas obras fueron vertidas á lenguas extrañas y acogidas con aplauso, lo cual demuestra que *en todas partes cuecen habas*, es lo cierto que en ningún siglo han faltado autores y obras extravagantes, y aún en este ilustradísimo en que nos tocó nacer, abundan *doctrinales de espiritismo* y otras *ciencias* de la misma laya, más estúpidos y ménos divertidos que el mismísimo *Ente dilucidado*, que al cabo todos los curiosos leen con placer y ponen sobre las niñas de sus ojos como *tesoro de recreación y mina de pasatiempos*.

Estas breves indicaciones, mi Sr. D. Gumersindo, escritas á vuela-pluma y casi sin consultar los libros, bastan, en mi juicio, para demostrar lo mal fundado é injusto de la opinión del Sr. Azcárate respecto á nuestra cultura. Nunca hubiera enristrado la mal tajada péñola contra escritor tan estimable, á no estar bien convencido de que refutaba una opinión, no particular suya, sino común y corriente entre muchos que de doctos se precian. La ignorancia y el olvido en que estamos de nuestro pasado intelectual; las insensatas declamaciones que se enderezan á apartarnos de su estudio como de cosa baladí y de poco momento; el desacordado empeño de algunos en romper con toda tradición científica, persuadidos de que sólo en su secta y escuela se halla la verdad entera; la facilidad que hoy existe para apropiarnos la cultura extraña, y las dificultades con que tropezamos para conocer, siquiera por encima, la nuestra; el orgullo que caracteriza al siglo actual, entre cuantos recuerda la historia, causas son que producen ese menoscabo de todo lo de casa, esas antipatrióticas afirmaciones que afligen y contristan el ánimo. El remedio de tanto mal, indicado está por usted, amigo mío, en su excelente artículo *El plan de estudios y la historia intelectual de España*, donde propone el establecimiento de las seis cátedras siguientes para el doctorado de las respectivas facultades:

Historia de la teología en España.

Historia de la ciencia jurídica en España.

Historia de la medicina española.

Historia de las ciencias exactas, físicas y naturales en España.

Historia de la filosofía española.

Historia de los estudios filológicos en España.

Cada día van siendo más urgentes las reformas allí pedidas para la enseñanza. ¡Qué vastísimo campo abrirían ante la clara inteligencia de nuestra juventud estudiosa seis profesores escogidos con acierto, dedicados exclusivamente á exponer de palabra y por escrito el magnífico proceso de la vida científica nacional en todas sus fases y direcciones! ¡Cuánto de honra y provecho no reportarían á España! ¡Quiera Dios que el Sr. Maldonado Macanáz, actual director de Instrucción pública, de cuya ilustración y patriotismo mucho bueno hay derecho á esperar, nos dé pronto la satisfacción de ver realizado algo siquiera de tan oportuno proyecto!

De suma necesidad es también (y esto puede hasta cierto punto considerarse como condición precisa para llevar á cabo el pensamiento de usted en orden á las referidas cátedras) que continúe la publicación, hace años lamentablemente interrumpida, de las obras bibliográficas premiadas por la Biblioteca nacional, y que las Reales Academias, principalmente las de la Historia, Ciencias morales y políticas, y Ciencias exactas, físicas y naturales, consagren parte de sus *certámenes*—anunciándolos con más anticipación de la que acostumbran—á promover el estudio de la actividad intelectual de nuestros mayores y de los variados y copiosos frutos que produjo en los diversos ramos del saber humano. ¿Qué serie de *temas* tan preciosos no ofrecen á la primera de dichas Academias los grandes polígrafos españoles? ¿Qué interesantes monografías no pudiera obtener la segunda si propusiese por asuntos de sus concursos, ya determinados escritores, v. gr., Soto, Molina, Suarez, Foxo Morcillo, el P. Ceballos, don Juan Francisco de Castro, ya ciertos grupos de ellos, como los *moralistas*, los *políticos*, los *economistas* que florecieron bajo la dinastía austriaca? Y la última, ¿cuán curiosos y útiles estudios no lograría premiando Memorias acerca de nuestros *físicos*, *astrónomos*, *cosmógrafos*, *metalurgistas* y *geopónicos*, de los españoles que han ilustrado á los naturalistas y matemáticos griegos, de los cultivadores de la Historia natural de Ultramar y de otros puntos semejantes?

Si el Gobierno y los Cuerpos sabios no toman este rumbo, mucho me temo que lleguen á ser (como ya lo están siendo en parte) una verdad aquellas palabras de su amigo de usted, el ilustre literato don Juan Valera: «Quizá tengamos que esperar á que los alemanes se aficionen á nuestros sabios, como ya se aficionaron á nuestros poetas, para que nos convenzan de que nuestros sabios no son de despre-

ciar. Quizá tendrá que venir á España algún docto alemán á defender, contra los españoles, que hemos tenido filósofos eminentes.»

Queda de V. siempre afectísimo amigo y paisano,

MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO.

Santander 14 de Abril de 1876.

EL PORTUGAL CONTEMPORÁNEO.

«Resumé de l'histoire du Portugal au XIX siècle,» par le prince Romuald Giedroyc, 1 vol., 1876.—«Le Portugal et ses colonies,» par Ch. Vogel, 1 vol., 1860.—«Le Portugal et la maison de Braganca,» par A. A. Teixeira de Vasconcellos, 1 vol., 1859.—«Historia de Portugal y sus colonias,» por A. Bouchot, trad. de Busquets, 1 vol., 1858.—«Varões illustres das tres epochas constitucionaes,» por L. A. Rebello da Silva, 1 vol., 1870.—«Le Portugal,» par A. de Figueroa, 1 vol., 1875.—«Historia da liberdade em Portugal,» por J. G. de Barros e Cunha, 1 vol., 1869.—«Geographia e estatística geral de Portugal e colonias,» por G. A. Pery, 1 vol., 1875.—«As confissões dos ministros de Portugal,» por Ferreiro Lobo, 1 vol., 1871.—«Relatório da direção geral do commercio e industria acerca dos servizos dependentes da repartição de agricultura,» 1 vol., 1845.—«Informes sobre la situación económica de Portugal,» por el cónsul de España en Lisboa D. Ventura Callejon. «Gaceta de Madrid,» 1875.—«Histoire du XIX siècle,» por G. G. Gervinus, edit. française, tomes 7, 9 et 10, 1865.—«Histoire contemporaine,» par G. Weber, edition française, tome 5, 1875, etc., etc.

1.

Necesito hacer una declaración tan explícita como sincera. El trabajo que ahora principio tiene un fin político, y el espíritu que á su intento preside es un espíritu abiertamente iberista. Lo declaro, por que parece que hoy por hoy la fortuna no sonríe á mis ideas.

Pero entendámonos. Al escribir estas líneas no pretendo servir, ni de hecho sirvo, intereses de ningún partido. Nadie con menos condiciones para ello: demas que desde 1870 vengo afirmando en público que la union con Portugal y la confederación con América pudieran y debieran ser las bases de una gran política *nacional*. De suerte que tomo la palabra político en su recto sentido, en su significación puramente jurídica.

De otra parte, á mi no me preocupa en lo más mínimo, y casi me atrevo á decir que repugno, la union inmediata de los dos reinos ibéricos; y no digo nada respecto á encomendar esta obra á la fuerza de las armas ó á las intrigas de una trasnochada diplomacia. Mil veces renunciaría al logro de mis ideas, á depender de estos recursos. Todo lo que no sea la obra de la propaganda pacífica, todo lo que no sea el resultado de la voluntad libre y consciente de los pueblos interesados en esta empresa, y, en mi cualidad de español, todo lo que no sea muy particularmente el voto de Portugal, es para mí de todo punto violento, efímero, inaccepta-

ble. Y por de contado muy bien se me alcanza que (aparte de otras razones ó preocupaciones características del pueblo portugués) el espectáculo que venimos dando hace ya muchos años, nuestras incasantes insurrecciones, nuestros fusilamientos sin tasa, los cambios súbitos y radicales de situación, el pujo de nuestros partidos de tener cada uno su Carta política para su uso particular, la inconsistencia de nuestros hombres políticos, nuestra política en Ultramar y el estado pavoroso de nuestra Hacienda, no pueden tentar, ni mucho ménos, á nuestros quietos y cultos vecinos, para abrirnos los brazos con la sonrisa en los labios y el entusiasmo en el pecho, y suscribir desde luégo á la constitucion de la gran nacion ibérica que en su libro tiene registrada el destino.

Por este lado pueden estar tranquilos los anti-iberistas. Yo en esta, como en otras gravísimas cuestiones, no tengo prisa. Pero esto no quita para que vea clarísimamente la ley histórica que impone en nuestra época el hecho de las grandes nacionalidades y amenaza á los pueblos soberbios que, á despecho de sus condiciones físicas y de la corriente general de los intereses humanos, persisten en pagar tributo á la preocupacion del terruño, con la más humillante insignificancia y á la postre con la más vergonzosa muerte. Y por esto créo preciso, no sólo dar la voz de alarma, si que preparar el terreno para las soluciones racionales y fecundas, y llamar con palabras de amor y de razon á los dispersos miembros de aquellas familias cuya tradicion gloriosa bastaría para imponer respeto, pero cuyas prendas de carácter y cuya posicion en el mundo autorizan para esperar de ellas grandes empresas, cuanto más para temer el espantoso castigo que á los rebeldes y los negligentes reserva la ley de las expiaciones históricas.

Nuestro siglo, absorbido todavía justamente por los intereses políticos, tiene sobre sí un doble empeño; primero, la armonía de la libertad y la democracia; segundo, la coexistencia de la vida total representada por la fórmula más comprensiva que ha dado hasta ahora el progreso humano, esto es, las grandes nacionalidades, y la vida individual encarnada así en aquellas asociaciones elementales de carácter permanente al modo del municipio, como en aquellas otras creadas en el curso de la historia, cual la provincia, el Estado y el Reino, que representan intereses más ó ménos duraderos, pero que, ó no pueden fundirse con otros de repente, ó exigen tiempo para su completa anulacion. Del primer problema no debo hablar. Respecto del segundo, me limitaré á advertir que nuestro siglo es el de la emancipacion de América y del fracaso de los planes alejandrinos de Napoleon I, pero tambien el siglo de la unidad de Italia y de la constitucion del

Imperio alemán: que esta es la época de la resurreccion de Grecia con las Islas Jónicas, del movimiento separatista de los pueblos eslavos y de la constitucion austro-húngara, que ha salvado á la monarquía de los Hapsburgos por medio de la autonomia de Hungría y las leyes confesionales; pero que estos son tambien los tiempos de la guerra civil norte-americana y de las enmiendas de la Constitucion del 81, así como de los proyectos de Confederacion de la separatista América latina: que esta, en fin, es la edad de la *Commune* y de las tendencias unificadoras del Parlamento británico.

Bastarian estos hechos que ligerísimamente recuerdo para dar sentido al periodo histórico que vivimos, en el cual, por otra parte, la ciencia política plantea ya otras cuestiones que las de la soberania nacional y el derecho divino de los reyes, la intolerancia religiosa y la libertad de imprenta, la doble Cámara y el véto de los monarcas..... no reduciendo á un puro interes administrativo el problema de la libertad municipal.

Así que el iberismo es á mi juicio una verdadera cuestion de nuestro tiempo. ¿Cómo se han de vencer sus dificultades? ¿Cómo se han de despejar sus ecuaciones? ¿Cómo se ha de resolver sus vastos y trascendentales problemas?—Yo ni quiero ni puedo ocuparme de esto. Mas harto comprendo que uno de los obstáculos que se ofrecen para la obra de la aproximacion é intimidad de los dos pueblos ibéricos, es su escaso trato de este momento, la ignorancia en que respectivamente están de lo que uno y otro valen, de lo que hay de aprovechable en cada uno de ellos, y de lo que por varios conceptos es en ellos digno de censura y de menosprecio.

Todavía en este orden de hechos España parece salir la mejor librada, porque indudablemente en Portugal se habla de ella mucho más que en Madrid de Lisboa; pero bien mirada la cosa, de poco ó nada tenemos que felicitarnos, porque nuestra importancia allá en las costas del Atlántico se cifra en el fragor de nuestras contiendas políticas, las cuales nos hacen aparecer bajo una luz poco envidiable, máxime si por vía de comentario se pone á nuestro cuadro el recuerdo de que con una sola excepcion—la de la cuádruple alianza en 1833—harto compensada por el apoyo que Fernando VII dió al marqués de Chaves y á los miguelistas, España sólo ha intervenido en Portugal, así en los antiguos como en los modernos tiempos, para amenazar ó herir sus libertades y su independencia. ¡Triste empeño el de nuestros gobiernos, conjurados al parecer para sembrar diferencias y abrir simas entre esos pueblos cuya lengua es casi la misma, cuyo caracter es análogo, cuyas heroicas empresas han sido idénticas, cuyas angustias, cu-

yas desgracias y cuyas crisis han corrido parejas, cuyo porvenir es uno, y entre los que la Naturaleza no ha puesto ni un arroyo, ni un cerro, ni el más ligero limite, haciendo por el contrario que los rios y las montañas del uno bajen y corran y se pierdan ora en los puertos ora en los valles del otro!

Mas por lo que hace á Portugal, ¿quién aquí entre nosotros sigue su historia, quién conoce sus libros, quién habla de sus hombres? De vez en cuando un docto, como mi amigo el Sr. D. Antonio Romero Ortiz, se complace en presentar á las gentes ilustradas, pero indiferentes, á los principales poetas y escritores portugueses, y escribe un bello libro sobre el Padre Macedo Bocage, Almeida Garret, Herculano, el ciego Castilho, Castello Branco, Ribeiro y Mendez Leal; esto es, la nata y flor de la literatura portuguesa de nuestra época. Otra vez, mi compañero el abogado fiscal del Tribunal Supremo D. Isidro Autran pone mano en un trabajo, á poco suspendido, sobre el Código civil portugués comparado con la legislación española. Creo que se ha llegado á escribir un libro de viajes por Portugal, hará cosa de un año; y al Sr. Calvo Asensio debemos tambien una obra sobre el teatro lusitano en el siglo XIX. El Sr. Barzanallana ha hecho públicos sus estudios sobre Portugal bajo un determinado punto de vista, á propósito de la reforma arancelaria, y una casa editorial catalana dió á luz, entre otros varios trabajos históricos, la version española de la Historia lusitana de Mr. Bouchot. Hé aquí todo lo que, segun mis noticias, se ha publicado entre nosotros sobre el vecino reino, y esto de tiempo en tiempo y con intervalos de cuatro ó seis años. Y bien que los trabajos fueran excelentes, apenas si han causado estado; y las cosas siguen punto ménos que como estaban hace un decenio. Nuestros periodistas continúan escribiendo sobre Portugal lo mismo que sobre Rumanía; y nuestros políticos continúan apelando, en los casos críticos, al Diccionario de Vapereau para saber algo del marqués de Cabral, de Sá da Bandeira, del famoso Cousinho Silveira ó del ilustre Manuel Passos; y los *touristas* persisten en no frecuentar las costas portuguesas, bien que como todo aquello en que ha intervenido el gobierno, sucede que el ferro-carril que nos une á Lisboa y Oporto, se distingue por sus desviaciones y rodeos, al punto de aumentar cerca de una tercera parte el trayecto natural; y en fin, el público distinguido, lo mismo que la turba-multa, continúan en su pristina, habitual y satisfecha ignorancia, como si ninguna voz nos llamara en la desembocadura del Tajo, como si ningun eco pudieran tener junto al Duero nuestras palabras, como si nada nos importara y á nuestra gloria y nuestra educacion fueran absolutamente extraños la existencia, el pasado y el porvenir de aquel pueblo, salido de la

restauracion castellana, formado de nuestra misma sangre, inspirado por nuestro mismo espíritu, asombro del mundo, admiracion de nuestra raza, orgullo de nuestra familia, que dueño, y no en pacífica posesion, de poco más de 3.500 leguas de territorio, en un olvidado rincon de Europa y en el limite occidental del mundo antiguo, allí donde surgían las brumas y comenzaba la furia del inmenso cuanto desconocido Océano tuvo aliento bastante para lanzarse á las soledades de la mar, en medio de los más sombríos augurios y de las siniestras procesiones y lúgubres letanías que precedían al embarque de sus animosos navegantes y descubridores, con la conciencia de sus destinos y dispuesto á sojuzgar, como sojuzgó, con sólo 40.000 hombres todas las costas del Africa y Asia, desde Marruecos á la China, á imponerse á ciento cincuenta príncipes y soberanos, y á aliarse con el Japon, esto es, con el extremo oriental del mundo primitivo, para hacinar en los almacenes de Lisboa, levantados sobre las ruinas de Alejandria y de Venecia, los negros de Minas, el marfil del Senegal, el oro de Sofala, las perlas de Ormuz, el té de China, el algodón de la India, la canela de Ceilan, la caña de Madera, el alcanfor de Zumatra, la porcelana del Japon y los diamantes del Brasil; pueblo fecundo en grandes individualidades, en marineros como Llañez y Tristan, que á tientas se corrieron hasta el cabo de Buena Esperanza, y como Bartolomé Díaz, Vasco de Gama y Alvarez de Cabral, que aplicando el astrolabio á la navegacion se hicieron dueños de todos los caminos del Océano; guerreros como Eduardo Pacheco, como Francisco de Almeida, como aquel Luis de Ataíde que había jurado que «mientras él viviese no adquirirían los enemigos un palmo de terreno», y que cumplió exactamente su juramento, á pesar de haberse visto en trances desesperados, ó como aquel Juan de Castro de quien se decía en Lisboa que «vencía como cristiano y triunfaba como gentil;» jurisconsultos como Juan de Neyras, de la gran escuela de los romanistas bolañeses, y Juan Mendez, el autor del primer código lusitano del siglo XV; gobernantes como D. Juan II de Aviz, en cuya época llega la realeza á su apogeo, y el famoso D. Alfonso de Alburquerque, tan grande por la tenacidad de sus empeños,—pues que quiso arrebatarse el Nilo al Egipto y aislar del resto del mundo al vasto imperio asiático de Portugal, haciendo en torno suyo el desierto, ú obligando á los mares á abandonar su profundo lecho,—como grande por la alteza de su pensamiento, que se elevaba á la colonizacion, mientras sus contemporáneos se detenían en la conquista y el despojo; revolucionarios como el inolvidable Pombal, un verdadero precursor, alma tocada por los primeros destellos de aquel espíritu

que dictó su terrible crítica á los enciclopedistas, y forjó las tablas de los derechos del hombre en el pavoroso Sinai de la Revolucion francesa, ó como José Xavier Mousinho, que con ánimo varonil y robusta inteligencia liquidó cuentas en 1832 con el pasado de la sociedad portuguesa; políticos como el duque de Braganza, que consiguió la independencia lusitana contra el último de nuestros Felipes, haciendo solidarios el interes de su dinastía y la causa de su patria, ó como el emperador D. Pedro, que á la vez llevó de frente la conveniencia de su familia, el porvenir del Brasil, las relaciones de éste con su antigua metrópoli, la causa de la libertad portuguesa y la consideracion de la corte de Lisboa por parte de la Santa Alianza, y, en fin, poetas y escritores como el enamorado Macías, como el tierno Saez de Miranda, como el historiador Juan de Barros, como el moralista Veyras, y como el inmortal Camoens, que dando forma á la lengua, carne á la fantasía, y humano aunque gigantesco acento al genio de las grandezas lusitanas, es hoy todavia el reproductor más afortunado de aquellos cuadros del siglo XVI donde luchan á porfía lo inverosímil y lo imposible, y el poseedor más indiscutido de los secretos de aquella esplendorosa vida de exaltacion, deseos insaciables, aspiraciones infinitas, homéricos empeños y locas tentativas que ahora se arrastra á las riberas del Tajo, como se arrastran las ilusiones heridas por la dura é implacable realidad, y cuyo término no se puede ocultar á los que vemos y apreciamos el poder de esas soberbias y preñadas corrientes que determinan en Europa la concentracion de la familia humana en grandes esferas y círculos dotados de un mismo espíritu, de análogos intereses y de una existencia, más que rica y exuberante, imponente y espléndida.

Pues bien: contra este abandono quiero hacer yo lo poco que está en mi mano. Por lo dicho, bien se ve que no puedo jaetarme de ser el primero. Si otros más competentes siguieran mi ejemplo, y con la frecuencia de estos llamamientos al espíritu público se lograra que se fijara en el asunto la atencion inquieta y vagarosa de las gentes, el mal se remediaría. Poco á poco portugueses y españoles nos iríamos conociendo.

Tal es el fin inmediato de este trabajo, al que por otra parte no es posible dar un valor que yo mismo le niego, sin que se me pueda elogiar por modesto. Pretendo llevar la vista de mis lectores sobre los rasgos salientes del pueblo lusitano. Intento recoger en estas páginas algunos datos y algunas noticias, así sobre el desenvolvimiento histórico del país vecino, dentro ya de la Edad moderna, como sobre el estado político, económico y social de nuestros hermanos de la desembocadura del Miño

y el Duero. La tarea quizá sea enojosa, no la estimo difícil, y de todos modos el mérito de mi trabajo, si alguno tiene, está entero en la buena intencion con que le acometo, robando tiempo á mis ocupaciones forenses y á mis compromisos profesionales.

RAFAEL M. DE LABRA.

UN MATRIMONIO ARISTOCRÁTICO.

(Continuacion.) *

IX.

Habían pasado dos años. Desde primeros de Julio, la señora de Rias, con sus niños y su madre, se había instalado en Deauville para pasar allí el verano. Habitaba la quinta de los Rosales, cuyo jardín se extiende entre el camino y las dunas. Vivían en los alrededores muchas de sus amigas de Paris, y entre ellas las señoras de Moges y de Estreny: la señora de Moges, con la que, por desgracia, había reanudado las relaciones, vivía en Houlgate, y las tres primas se veían con frecuencia, formando el núcleo de una sociedad elegante, que no se entregaba ciertamente á la tristeza. Algunos contertulios de Paris estaban casualmente diseminados por la costa, y contribuían, como generalmente se dice, á animar el paisaje, encargándose de inventar diariamente y realizar alguna diversion nueva en tierra ó en el mar: paseos en lancha, partidas de pesca, cabalgatas por los campos, comidas al aire libre y regresos á la luz de la luna. Aquella brillante reunion invadía triunfalmente algunas noches cualquier quinta de la playa, pero con más frecuencia bailaban ellos solos ó representaban comedias, ya en el salon de alguna de aquellas señoras, ya en bosquecillos de tamarindos iluminados á la veneciana.

Todas estas fiestas estaban impregnadas de profunda galantería, género de vida que era muy agradable para todos, exceptuando la señora Fitz Gerald, que seguía el movimiento con alguna fatiga, y para el señor de Rias que no lo seguía de ninguna manera.

Este pasaba el verano en Paris, segun costumbre, presentándose pocas veces y por poco tiempo en la quinta de los Rosales, haciendo estas visitas por parecer bien ante el público y los criados. Jamás mediaba entre su esposa y él ni sombra de disgusto ó de explicacion, pero fácilmente se comprende cuál podía ser entónces su intimidad: encontrábanse en ese miserable estado de hostilidad sorda y permanente en que se ven tantos matrimonios, en los que no se pronuncia una palabra que no sea una

* Véanse los números 111, 112 y 113, págs. 222, 238 y 295.

alusion p rfida, una reconvencion amarga   una muestra de rencor.

La señora de Rias vea con gusto desaparecer en el horizonte el serio   irónico rostro de su marido. En cambio, la señora Fitz Gerald desplegaba toda su amabilidad, si bien en vano, para retener   su lado   aquel yerno que sin duda no haba realizado todas sus esperanzas, pero h cra el que conservaba cierta debilidad y cuyos extravíos galantes no tomaba muy por lo trágico.

—Lo que me asombra en mi yerno,—decia confidencialmente   la marquesa de La Veyle, que también se encontraba en Trouville,—lo que me asombra en mi yerno es su actitud relativamente   mi hija.  Dios mío! que la engaae, que trabe relaciones con ciertas muchachas... (  propósito parece que ha concluido con esa Sylvia... y que volvemos brusca-mente al cuerpo coreográfico)  bien! que la engaae, que corra detras de esas muchachas, eso se ve todos los dias; pero lo que no se ve todos los dias es que, despues de esto, se porte mal con ella... Conmigo es muy amable... amabil simo... porque ese señor es excesivamente agradable cuando quiere...

—Bien lo creo...  animal!—murmur  la vieja marquesa.

—Pues bien, con mi hija es brusco hasta el exceso. No contento con engaaarla dia y noche, le pone mala cara... Convendrá usted en que de parte de un hombre tan delicado como mi yerno, esto es incomprendible...  Qu  es lo que quiere?  Quiere poner   mi hija en el precipicio? Que la engaae cuanto quiera, pero, al m enos, que sea amable con ella...  Esto es elemental! De otra manera mi pobre hija acabar  por perder la cabeza... porque, en fin, esa muchacha se ve muy asediada... Tengo seguramente completa confianza en sus principios;  pero despues de todo, no es de piedra!... Mucho quiero   mi yerno,   pesar de sus evidentes extravíos, y sentiria en el alma que le ocurriese algo desagradable, pero verdaderamente es muy ligero... demasiado ligero.

— Est  loco!—dijo la marquesa.—Le digo   usted que est  loco...  No quiero que me hablen de él!

Las alarmas que el instinto de mujer y de madre despertaban en la señora Fitz Gerald estaban por desgracia muy justificadas. La señora de Rias haba llegado   aquel momento fatal que la experiencia de su marido le haba predicho. Habase cansado de los ruidosos placeres que embriagaron su primera juventud. La agitacion mundana, los trajes, el baile, la fiesta perpetua de su vida no le bastaban. Su imaginacion y su corazon la impulsaban   la par para que aadiese   aquel fondo vulgar algun interes más nuevo, más vivo y más grave. Comprenderase que en derredor suyo no faltaban gentes dispuestas   secundar tales disposiciones.

No es cosa rara que las excitaciones y luchas de

la vanidad se unan   los movimientos de la pasion para determinar las preferencias de una mujer. En los grupos reunidos por relaciones particulares de conveniencia   de placer, casi siempre se encuentra con bastante frecuencia algun personaje principal que tiene el privilegio de provocar la concurrencia de las coqueterias femeniles, y cuya conquista no es solamente un placer del corazon, sino tambien un triunfo del orgullo. El vizconde Roger de Pontis, pariente del duque de Estreny, desempeaba este agradable papel en la cohorte de la señora de Rias. El vizconde era un calavera simpático. Despues de disipar su fortuna entre los bastidores de los teatros,   los veinticinco años sent  plaza en un regimiento de h sares. Habase portado con valor, y en poco tiempo ganó el empleo de teniente. Recibiendo despues una herencia inesperada, haba vuelto   la vida civil. Sus locuras, su valor, sus aventuras de guerra y galantes, le recomendaban poderosamente al interes de las mujeres, que le amaban por sus cualidades y tal vez más por sus vicios. Tenia además el mérito de sacrificarse por ellas   todas horas y de todas maneras. Caminaba doce leguas   caballo durante la noche para ir   comprarlas una madeja de seda que en seguida devanaba   sus piés. Les cantaba romanzas, les daba lecciones de equitacion, dirigia el cotillon, organizaba charadas, partidas de campo, lunch, fuegos artificiales y cuantos caprichos se les ocurriran. Para agradarlas, estaba dispuesto   todo y servia para todo; listo y alegre como un paje, ágil y ardiente como un tigre.

Bajo sus apariencias de simpático aturdimiento, el vizconde de Pontis era hombre, y sobre todo seductor muy astuto, muy experimentado y muy peligroso. Encaprichado de la señora de Rias, la juzgó desde el primer momento con gran seguridad, comprendiendo desde luego que una plaza tan nueva y tan fuerte no se podia tomar con atrevido golpe de mano. En vista de esto, procedió con hábiles maniobras. Al principio procuró causarle extraaeza, ocupándose muy poco de ella, mi ntas que dirigia fuertes ataques contra sus dos primas. La señora de Rias que era, y sabia que lo era, la perla del ramillete, experiment  cierto despecho, y afectó devolverle desprecio por desprecio. Este era el primer éxito por el cual se enorgulleció un tanto el vizconde.—Explic se; su frialdad era respeto; no se podia galantear   una mujer como ella.  Por qué? Porque se comprendia cuán superior era la galanteria vulgar... y además,  deberia decirse todo?  Inspiraba miedo! Esto era extraaio, pero verdadero. Una mujer como ella no podia m enos de inspirar una pasion profunda y duradera, una gran pasion, y el señor de Pontis haba temido siempre experimentar una pasion de este género, precisamente porque sabia el terrible

imperio que ejercería sobre su vida. Tal vez hacia mal, porque una pasión así, sería probablemente el término de una vida de locuras de la que empezaba á avergonzarse; sería su rehabilitación y su salvación...; pero en último caso, tenía miedo! Podían decirse muy bonitas cosas sobre este asunto, y las dijo.

Al pronto pareció extraña á la señora de Rias la idea de perderse para salvar á aquel húsar, sin embargo, halagó su amor propio el verse elegida entre todas para realizar aquel notable milagro, y, aunque desde luego se negó que fuese digna ni capaz de ello, permitió, sin embargo, insensiblemente á su joven corazón que acariciase aquella agradable quimera. En una palabra, aquella intriga, hábilmente dirigida, parecía acercarse á graves peripecias, cuando la aparición de un nuevo personaje vino á perturbar el juego del vizconde.

A fines de Julio, la señora de Lauris, cuyo marido había vuelto á hacerse á la mar, vino á reunirse á la marquesa de La Veyle en Trouville. Acompañábala su hermano Enrique de Kevern, cuyo nombre ya se ha pronunciado en estas páginas, pero que presentamos por primera vez al lector. El señor de Kevern era un hombre cuya exterioridad fría y algo severa ocultaba un alma profundamente sensible. En el fondo de su corazón lloraba aún á su joven esposa—encantadora y perfecta en verdad—que había perdido diez años ántes. Bajo la primera impresión de aquella desgracia, fué tal su desesperación, que su hermana llegó á temer alguna revolución siniestra; después emprendió largos viajes, cuyo interés y peligros habían proporcionado alguna distracción á su dolor, pero sin llegar á consolarle, conservando siempre un fondo de melancolía que le alejaba del mundo. Cuando volvía á Francia, vivía casi siempre en el campo y no veía á nadie más que á su hermana, cuyo apasionado cariño se ingeniaba constantemente para sacarle de su aislamiento. Una fidelidad conyugal tan extraña había pasado al estado de leyenda en la alta sociedad de París, en la que las mujeres consideraban al señor de Kevern como un héroe, y los hombres como un excéntrico.

Al día siguiente de su llegada, la señora de Lauris corrió á casa de la de Rias, con la que conservaba estrecha amistad, no obstante censurar aquel género de vida que la de Rias excusaba con su abandono y disgustos domésticos. Después de los primeros abrazos y cuando entraron en el terreno de las confidencias:

—A propósito, querida,—dijo la señora de Rias;—¿no sabes lo que me sucede? Tengo un enamorado.

—¿Uno sólo?—preguntó la de Lauris.

La señora de Rias se ruborizó ligeramente.

—¡Oh! en cuanto á eso,—replicó,—en estas pla-

yas brotan á centenares... pero éste es nuevo... y además me inspira curiosidad, porque su rostro no me es desconocido y no puedo recordar dónde lo he visto... tal vez habrá sido en sueños... En fin, es muy ridículo ese caballero... hace tres días que me sigue por todas partes, á pié y á caballo. No hace más que pasar y repasar por delante de mi puerta. Ayer me encontraba en Trouville y le ví con la nariz pegada á las vidrieras de cuantas tiendas visité... Esta mañana me esperaba, á la salida de la iglesia... Te aseguro que me aburre.

—¿Qué clase de hombre es?

—Un hombre muy bien vestido... de distinguido aspecto... pero algo extraño... tiene no sé qué... En fin, ¿qué me aconsejas si continúa?

—Te aconsejo que no fijes la atención más en él... En primer lugar, ¿estás segura de que se dirige á tí?

—¿Qué niña eres!—dijo la señora de Rias encogiéndose de hombros.—¡Mira,—añadió casi en seguida;—¡mira, allí está!

Encontrábanse sentadas en el extremo de un salón, en una especie de hemiciclo de cristales que tenía vistas á una terraza y del que estaban abiertas algunas ventanas. La señora de Lauris dirigió rápida mirada al misterioso desconocido que la de Rias le indicaba con la cabeza, y lanzó una carcajada.

—¿Es ése tu enamorado?—exclamó.—Pues bien, querida, deseo que no tengas otro más temible.

—¿Lo conoces?—preguntó vivamente la de Rias.

La señora de Lauris se inclinó hácia afuera sin contestar, y, agitando el pañuelo, llamó á media voz:

—¡Enrique!

—¡El señor de Kevern!—exclamó la de Rias.

—El mismo, querida. Llegó aquí ántes que yo, pensaba presentártelo uno de estos días; pero esta ocasión es excelente... En cuanto á su encarnizamiento en perseguirte... en contemplarte... ¡pobre hermano mio!... es de todo punto inocente: con una sola palabra te explicaré el misterio: te pareces á su esposa.

Acudiendo el señor de Kevern con más sumisión que entusiasmo al llamamiento de su hermana, abrió tranquilamente la berja del jardinillo que rodeaba la quinta, y subió lentamente la escalera exterior del salón. Las dos jóvenes habían salido á la puerta.

—Hermano mio,—dijo la señora de Lauris;—hé aquí á mi prima de Rias.

La señora de Rias que apenas recordaba haber visto en otro tiempo al señor de Kevern, pero que conocía muy bien su historia, no encontró en él la especie de temor sentimental y melancólico que había imaginado. Bajito, vivo, ágil, con la tez curtida, los cabellos negros y algo grises sobre las

sienes, parecía un oficial de cazadores en traje de paisano. La mirada que dirigió á la jóven con evidente seguridad, fué firme y casi dura. Permaneció sentado algunos minutos. La preguntó con acento algo brusco por sus hijos, sus gustos, sus placeres, recibió sus contestaciones con frialdad y distraccion, y se marchó por donde había venido, dejando mediana impresion de su visita y de su persona.

—¿Y dices que me parezco á su pobre esposa?— preguntó la de Rias á la señora de Lauris en cuanto se alejó Kevern.

—Mucho. Estaba segura de que lo observaría como lo he observado yo misma.

—¿De véras crees que lo ha observado?

—Me lo ha dicho.

—Parece que le disgusta esta semejanza... de lo que, sin embargo, no tengo yo la culpa.

—¿Por qué dices eso?... Veo que no te agrada mi hermano.

—¿Cómo quieres que no me agrade?... Es algo serio para mi gusto... pero es hermano tuyo; así pues, le quiero... y si te empeñas en ello, le adoraré.

—Nó; pero te ruego que seas amable con él; deseo tanto salvarle de él mismo!... ¡Es tan desgraciado!... ¡tan bueno!... ¡le debo tanto!... sabes que él me ha educado...

—¡Y qué ha hecho la perlita que eres!—dijo la señora de Rias besando tiernamente á su prima.—Pues bien, vive tranquila, querida... le alegraremos, le alegraremos... Paréceme que la cosa no es muy fácil, pero aplicándose...

Preocupada constantemente la señora de Lauris con la idea de sacar á su hermano de su soledad, había desplegado su elocuencia más tierna para llevarle á Trouville. Contaba con la facilidad de relaciones y familiares costumbres que caracterizan las reuniones de bañistas para hacerle entrar insensiblemente en el comercio de la vida. La extraña semejanza con que la naturaleza había dotado á la señora de Rias, y el especial atractivo que esta semejanza podía ejercer sobre su hermano no había entrado seguramente en sus cálculos; pero vió en ella una probabilidad de éxito, de la que se apoderó sin ningun escrúpulo, porque aquella prudente jóven era mujer al fin; y su pasion fraternal, que casi era la única de su corazon, le ocultó lo que había de equívoco en utilizar, áun en provecho de las intenciones más honradas, aquella delicada circunstancia. Por su parte, la señora de Rias comprendió desde luégo el papel que le asignaba la diplomacia de su prima, y le aceptó con gusto, con no poca curiosidad y quizá con cierta malicia.

Este inocente complot no encontró en el señor de Kevern toda la resistencia que podía temerse. Su hermana, durante las prolongadas ausencias de su

marido, estaba condenada á una existencia demasiado austera y demasiado retirada para su edad; era su único protector, el único que podía proporcionarle alguna libertad y distraccion acompañándola de tiempo en tiempo á las reuniones. Frecuentemente se había reconvenido por no tener bastante valor para ello, pero tal vez lo encontró ahora en el interes melancólico que le inspiraba la señora de Rias. Sea de esto lo que quiera, consintió en comer en casa de ésta al dia siguiente; invítóle durante la velada á acompañarla al dia siguiente á una excursion por el campo, consintiendo en ello tambien, por lo que la señora de Rias llegó á creer que el señor de Kevern era un hombre fingido é inferior á su reputacion.

Su inocencia al fin le pesa,

dijo riendo á su prima de Moges, con una cita tomada de los martes del Teatro Frances.

Al volver de la excursion, en la cual se había mostrado de buen humor el de Kevern, se bailó en casa de la señora de Rias. Ésta trató de consolidar su influencia haciendo bailar á aquel viudo inconsolable, y corriendo de pronto hácia él, le invitó á un wals. El señor de Kevern se negó con tono seco y glacial mirada. Poco acostumbrada á este género de fracasos, le saludó profundamente y fué á ocultar su confusion en brazos del vizconde Roger, que no deseaba otra cosa. Terminado el wals, el señor de Kevern se acercó á ella, y saludándola con una sonrisa que daba á su grave rostro apacible gracia:

—Pido á usted perdon,—dijo;—habré parecido á usted muy rudo hace un momento, ¿verdad?

—Sí.

—Veamos, señora,—continuó diciendo con suma bondad,—entendámonos bien. Por cariño á mi hermana y por tener el gusto de ver á usted, me he decidido á volver á la sociedad... y procuró no ser un turba-fiestas... porque no debo venir aquí á exhibir mis penas personales; pero usted que las conoce, ¿por qué no las respeta? ¿Por qué quiere usted ponerme en ridículo? Eso no está bien; eso no es propio de una verdadera amiga... y yo esperaba que usted lo fuese para mí.

Tenían estas palabras tal sello de franqueza y confianza, que impresionaron á la señora de Rias, cuyo corazon estaba extraviado, pero de ningun modo pervertido. Tendió la mano al señor de Kevern, y le dijo con afectuosa alegría:

—¿En ese caso he de ser una segunda hermana?

—Así se lo suplico,—contestó Kevern.

Después de una pausa dijo la de Rias con más gravedad:

—La verdad es que voy á tener mucha necesidad de un hermano.

El señor de Kevern se inclinó sin contestar.

—¿Lo cree usted así, no es cierto?—preguntó la jóven.

—Usted lo dice.

—Cuando no esté usted contento de mí, me reñará... ¿verdad?

—¡Bien!..*

En los días sucesivos, la señora de Rias se formó un placer nuevo, sometiéndolo sus acciones y sus palabras á la apreciación y aprobación del señor de Kevern. Preguntábale sobre sus trajes, ¿eran demasiado llamativos?—sobre su manera de valsar, ¿era conveniente?—sobre ciertas frases que usaba, ¿no eran demasiado verdes ó demasiado familiares? ¿Aprobaba que llevase botas amarillas? ¿Debía usar baston? El señor de Kevern se prestaba á estas puerilidades con cierta ironía tranquila y algo desdeñosa; pero la jóven no dejaba de observar que desaprobaba generalmente todo lo que decía y todo lo que hacía, en conjunto y en detalle.

—Decididamente, querida,—dijo un día á la señora de Lauris,—tu hermano estorba para todo.

Sin embargo, aquel hombre la preocupaba y la imponía. La enérgica personalidad del señor de Kevern, su superioridad intelectual, el tinte romántico de su vida, la autoridad de su carácter, dulce y fuerte á la vez, la inspiraban un respeto mezclado de cierta atracción. Tal vez no hubiese dependido más que de él conquistar en el corazón de aquella jóven el puesto que había usurpado el vizconde de Pontis, pero el señor de Kevern no pensaba en ello. Limitábase escrupulosamente al empleo fraternal que le había atribuido la señora de Rias, y cuando su jóven amiga, arrastrada por sus costumbres de coquetería, trataba de agitar un poco sus relaciones, se encontraba con severas miradas é imperiosas rudezas de lenguaje que reprimían en el acto aquellas irregulares maniobras.

Desgraciadamente no agrada mucho á las mujeres que las amen á medias, y la señora de Rias, ávida de interesar y apasionar su vida; en la crisis que atravesaba entónces, estaba ménos dispuesta que cualquiera otra á saborear las plácidas dulzuras de la simpatía mutua. El ardoroso vizconde, excitado por la lucha, redoblaba en aquellos momentos su habilidad, su elocuencia y su audacia. Se había atrevido á escribir y se recibían sus cartas. Para quien supiese observar, los frecuentes *á parte*, las ojeadas cambiadas, las miradas suplicantes de un lado y tiernas de otro, todo anunciaba el próximo y fatal desenlace de la aventura.

Estos síntomas precursores debían escapar tanto ménos al señor de Kevern, cuanto que la de Rias manifestaba cierta afectación en dárseles á conocer. Existen en el corazón de la mujer misterios tan insondables, que no trataremos de adivinar por qué la señora de Rias, tan deseosa de agradar á Kevern,

le sometía á estas pruebas, que necesariamente habían de serle desagradables.

Hizo más aún. En una hermosa noche de Agosto, cuando regresaban á caballo de una quinta que el señor de Moges poseía en las inmediaciones de Caen, en la que habían comido alegremente, abandonó bruscamente la compañía del vizconde Roger para ir á unirse al señor de Kevern, que marchaba algo separado, y, aprovechando la oscuridad de la noche, trabó con él esta extraña conversacion:

—Caballero, tengo que decir á usted una cosa.

—Veamos, señora.

—Su amistad me es muy preciosa, cada vez más preciosa.

—Me felicito de ello.

—Pero, ¿cree usted que una amistad, por preciosa que sea, puede llenar el corazón de una mujer?

—No pretendo tal cosa.

—¿Pues bien! si algun día se apoderase de mí un sentimiento más fuerte, si le sacrificase mis deberes... de los que tienen empeño en desligarme, como usted sabe... ¿podré seguir contando con la amistad de usted?

—No,—contestó friamente Kevern.

—¿Cómo! ¿no? ¿Por qué? En mi desgracia... en mi falta, si usted quiere... ¿no me sería más útil, más necesario que hoy?

—Posible es, pero no acepto el papel de confidente de un amor culpable.

—Pero al ménos... si ocurriese esto... ¿no me odiaría usted?

—Al contrario, la odiaría mucho.

—¿Acaso porque sentiría usted celos?

—No, señora, porque no la amo ni puedo amarla. Los recuerdos que usted provoca en mí me defienden contra usted misma; pero odiaría á usted mucho por haber arrojado cierta mancha sobre esos recuerdos... ¿comprende usted?

—No,—dijo,—eso es demasiado sutil para mí.

Y sacando el caballo al galope, fué á confundirse con el grupo principal, donde se la oyó reír á carcajadas.

Espléndida cena esperaba á la comitiva en el palacio que la señora de Moges ocupaba en la playa de Villers. Naturalmente, despues de la cena debían bailar hasta la aurora. El señor de Kevern, que deseaba distraer á su hermana, pero no hasta aquel punto, se negó á detenerse en Villers, y continuó su camino hácia Trouville. Por la mañana habían acompañado á la señora de Rias, cuya madre había ido á pasar algunos días á Paris. Era natural que la jóven regresase en su compañía, pero no quiso retirarse tan temprano, y se convino que la acompañaría más tarde su prima de Moges, que no se acostaba hasta el último extremo.

Despues de algunos minutos de silenciosa mar-

cha bajo el encanto de aquella hermosa noche,—dijo bruscamente el señor de Kevern.

—Luisa, esa pobre joven está perdida.

—¡Oh, amigo mio!—exclamó dolorosamente la señora de Lauris.

—Sí... es cosa muy deplorable. Sin embargo, su marido no es necio ni malvado. ¿Qué opinas tú?

X.

Eran cerca de las once de la noche cuando la señora de Lauris entró en la bonita casa que habitaba con su hermano en Trouville. Con gran sorpresa suya le anunciaron casi en el mismo momento que deseaba verla el señor de Rias. Consultó á su hermano con la vista, y éste le contestó:

—Ciertamente, recíbele. Y se retiró.

El señor de Rias se presentó con jovial aspecto, ó al menos quería parecerlo.

—Cometo una inconveniencia imperdonable,—exclamó,—y suplico á usted me dispense; pero he sabido que mi esposa salió con usted esta mañana... y me he tomado la libertad de venir á informarme si tendré el placer de volver á verla.

—Es muy probable,—contestó riendo la señora de Lauris;—pero siéntese usted.

—No, no, no me siento... Tenga usted la bondad de decirme dónde está mi esposa, y me alejo.

—Se encuentra en Villers, en casa de los de Moges, que se la traerán á usted en seguida.

—¿Y por qué no ha venido con usted?

—Me encontraba algo fatigada y no he querido arrebatarla tan pronto á nuestros amigos... pero ¿desde cuando está usted aquí?

—Desde las cinco... he venido naturalmente en el tren de los maridos... Al llegar, me han dicho que mi suegra está en París con los niños, y que se ignoraba dónde se encontraba mi esposa... Enterado de esto, he comido alegremente, como usted puede suponer... y héme aquí... Supongo que ya he sido bastante ridículo... Buenas noches, querida señora...

—Buenas noches... Si María tardase algo en volver, no se inquiete usted.

—No, no. Buenas noches.

Alejábase, cuando la señora de Lauris le llamó dulcemente, tocándole un brazo con el latiguillo.

—¿Señor de Rias?

—¿Señora!

—Páreceme que no se encuentra usted bien... ¿Está usted malo?

—¡Oh! no, señora. ¡Muchas gracias!

—¿No regañará usted á María cuando vuelva?

El joven la miró con extrañeza sin contestar.

—¿Recordará usted que se encuentra algo abandonada?

Volvió á mirarla con fijeza, y después de una pausa:

—¿Usted también me condena!—dijo.

—Quiero mucho á María.

—Yo también la he querido mucho,—contestó Lionel con voz sorda.

—¿Y ahora?—preguntó la señora de Lauris.

—¡Ahora, señora... es diferente!—Y en seguida añadió con más energía:—¿Dice usted que mi esposa está abandonada? Verdad es, pero ¿qué hombre de buen sentido y honrado podría asociarse á una vida como la suya?

—Perdone usted,—contestó la señora de Lauris con su tranquila dulzura;—¿la de usted vale más?

—¡La mía!... ¡gran Dios!... ¿no es mi esposa quien me ha arrojado á ella?

—¿Y ella, por su parte, no podrá decir otro tanto?

—¡Oh! sin duda,—dijo amargamente Lionel;—¡y usted la da la razón!... Y sin embargo, si existe en el mundo una persona que deba ser justa conmigo, es usted... porque si soy desgraciado... y lo soy mucho... en cierto modo usted es la causa.

—¡Yo!

—Sí; usted... Suplico á usted que no vea en mis palabras una intención de galantería que sería intempestiva en este momento... pero dignese usted recordar aquella noche en que se decidió mi suerte... aquella noche en que mi pobre madrina combatía mis fundadas objeciones contra el matrimonio... No fué su elocuencia la que triunfó, se lo juro á usted... Fué usted sola... fué su presencia, su ejemplo... Miraba á usted y me decía: ¡Sí! ¡sí! ¡después de todo, existen mujeres como ésta! ¡La felicidad es posible!

—¿Dios mio! señor de Rias, no me abrume usted, se lo suplico,—dijo la señora de Lauris...—y permítame que le diga que conozco bien á su esposa... desde hace mucho tiempo... que es muy superior á mí bajo todos conceptos... y que por lo menos es tan digna como yo de labrar la felicidad de un hombre honrado.

—¡Sea!—contestó friamente Lionel.—En ese caso, soy yo quien la ha perdido... Adios, señora.

El señor de Rias atravesó el puente que une las dos comarcas rivales de Trouville y de Deauville, y siguió por la orilla del mar el camino de la quinta de los Rosales, llegando á ella poco después de media noche. Aún no había regresado la señora de Rias. Subió á su cuarto y trató de leer; después renunció á ello, empezando en la habitación un paseo agitado, que desgraciadamente debía ser largo.

A medida que pasaba el tiempo, todos sus resentimientos, todas sus quejas contra su esposa, aumentadas con los desagradables incidentes de aquella noche, le subían á la cabeza entre oleadas de

cólera; porque debemos decir, para honra de Lionel de Rias, que no se había conformado como tantos otros maridos con el desorden de su hogar. Era de aquellos para quienes el matrimonio, cuando cesa de ser encanto, se convierte en suplicio: la mujer en quien había cifrado sus esperanzas de felicidad y que llevaba su nombre, podía serle odiosa, pero nunca indiferente. Érale, pues, odiosa. No la perdonaba haber destruido el ideal, algo vago quizá, pero completamente honrado y sincero, que se había formado del matrimonio. Decíase, no sin cierta apariencia de razón, que había sido para ella un marido como se ven pocos en el gran mundo, amante, generoso, delicado, y también fiel, hasta el día en que ella rompió con su propia mano el lazo conyugal. Desde aquel tiempo ella era dichosa, dando libre curso á su aturdimiento, á su frivolidad, á su vanidad, bastándole esto. Él, por su parte, veía destruido su plan de vida, no encontrando ya en las distracciones y locuras de la juventud más que vacío, tedio y disgusto. Era el más miserable de los seres, abatido, desencantado de todo, de su hogar, de su trabajo, sin objeto, sin porvenir, sin dignidad, y muy pronto quizá, gracias á ella, ¡sin honor! ¡Y todavía algunas personas la compadecían á ella, y le censuraban á él!—La idea de que la honrada y amable señora de Lauris era una de sus acusadoras, aumentaba su irritación.

Las primeras luces del alba le sorprendieron sumido en estas amargas reflexiones. Corrían entonces los últimos días de Agosto. Eran cerca de las cinco de la mañana, y la señora de Rias no había regresado aún. Pasar toda la noche fuera de casa sin su madre ni su marido, en compañía de jóvenes galantes y bajo la única salvaguardia de la señora de Moges, era seguramente una cosa demasiado inconveniente. Lionel perdió al fin la paciencia, bajó á la caballeriza, se hizo ensillar un caballo y partió por el camino de Villers.

El camino de Deauville á Villers, después de seguir en línea recta entre las praderas y las dunas, empieza á serpear por la vertiente de una colina que domina el Océano. La cuesta es bastante larga y empinada, y el señor de Rias la subía al paso, cuando oyó á cierta distancia rumor de voces y risas que llegaban hasta él en el silencio de la mañana. A los pocos momentos cesó el ruido, reemplazándole otro: el suelo tembló como si varios caballos subiesen al galope el otro lado de la colina. De pronto se animó la cumbre, y Lionel vió destacarse, sobre el azul pálido aún del horizonte, siluetas de jinetes y elegantes formas de amazonas. En el acto comprendió que su esposa debía encontrarse en el grupo.

Cuando la cabalgata llegó á la cúspide, se puso al paso, y descendió lentamente la cuesta, oyéndose

de nuevo y con mayor ruido las voces, los gritos y carcajadas; después se extinguió todo en vago murmullo, que á su vez se extinguió en sombrío silencio. Indudablemente habían visto entre la bruma el jinete solitario que se destacaba como centinela avanzado sobre el blanco camino. Hasta lo habrían reconocido.

El señor de Rias continuó avanzando tranquilamente hasta que se encontró á pocos pasos de la brillante cabalgata; allí se detuvo, y, sin dejar ver otra señal de emoción que su intensa palidez, saludó.

—Dispénsame, querida,—dijo á su esposa con voz tranquila y baja;—estaba algo inquieto y he salido á tu encuentro.

—Ya ve usted,—dijo la señora de Moges,—que se encontraba en buena compañía.

—Excelente,—contestó Lionel;—y doy á usted mil gracias. ¿Vienes, querida?

Dicho esto, saludó, volvió bridas y emprendió al lado de su esposa la dirección de Deauville, mientras la señora de Moges y su comitiva volvían á Villers.

Pasado un momento de penoso silencio entre los dos esposos, dijo la señora de Rias:

—¿Cuándo has llegado?

—Ayer tarde.

—¡Ah!

Siguió larga pausa, y después volvió á preguntar la señora de Rias:

—¿Has visto á mamá en París?

—No.

—Viene dentro de dos días... ¿Sabes que ha llevado los niños?

—Lo sé.

Habían llegado al pie de la cuesta, y un galope puso fin á está lánguida conversación. Pocos minutos después entraban en el patio de la quinta.

Subieron sin hablar palabra la escalera que conducía á sus respectivos departamentos, y en el momento en que la señora de Rias se disponía á cerrar la puerta del suyo:

—Dispensa,—dijo Lionel.

Y la siguió á su habitación.

En cuanto cerró la puerta, quedando la joven de pie, inquieta, con la larga falda colgada en el brazo:

—¡Ah!—exclamó mirándola con ojos centelleantes de cólera,—¿decididamente haces vida de emancipada?

La señora de Rias se puso blanca como la cera. Vaciló, dejó caer la falda y se apoyó en el primer mueble que encontró á mano; pero reponiéndose en seguida y sosteniendo la mirada de su marido:

—Creía,—contestó,—que el mejor medio de agradarte era parecerme á esas mujeres.

—¡Pues ya ves que nó!—replicó con dureza Lionel.—¡Ah!—añadió con creciente irritación,—os quejais de veros abandonadas, de no ser para vuestros esposos más que queridas de un día... ¡Pues bien, sí, es verdad! ¡no sois otra cosa!... ¿Y sabeis por qué? ¡Precisamente porque os pareceis á esas mujeres!... porque lo que nos agrada en ellas nos causa horror en vosotras, porque os pedimos que os diferenciéis y no que os parezcáis á ellas... hacednoslas olvidar y no recordárnoslas... En fin, es porque ni siquiera llegais á pareceros á ellas... porque no sois más que pálidas y desgraciadas copias. Imitais sus trajes, sus actitudes, su tono, su lenguaje... Teneis su puerilidad, su loca disipación, su profunda ignorancia... despreciáis como ellas el deber, y como ellas temeis los hijos... pero créeme, eso no basta, y en esa miserable lucha siempre sois vencidas... perdeis vuestros atractivos y no llegais á conquistar los suyos... Dejais de ser mujeres honradas y no llegais á cortesanas... sois esposas sin virtud y queridas sin vicio... ¡no sois nada!

A este implacable discurso nada contestó la señora de Rias, bien porque comprendiese sus crueles verdades, bien porque desdeñase su profunda injusticia. Echó atrás la falta con el pié, y acercándose á un cordon de campanilla:

—Dispensa que llame á mi doncella,—dijo,—estoy algo cansada.

Lionel salió en seguida, llevando un nuevo resentimiento contra su esposa: el de haberle provocado á un lenguaje violento, completamente contrario á sus costumbres de dignidad y de buen gusto.

Dos ó tres horas despues le esperaba un carruaje en el patio para llevarle á la estación. En el vestíbulo encontró á la doncella de su esposa:

—¿Sin duda duerme aún la señora?—le preguntó.

—Sí, señor; la señora duerme,—contestó la muchacha con acento breve.

—No quiero despertarla; además, sabe que tenía precisión de marchar hoy á Paris.

Dicho esto, marchó.

En la tarde de aquel mismo día, la señora de Lauris fué á casa de su prima para enterarse de los acontecimientos. Impresionada por la alteración de las facciones de la señora de Rias y por su febril agitación, la agobió á preguntas y obtuvo en contestación el relato detallado de la escena conyugal de aquella mañana. Viéndola en un estado tan violento, no la dirigió las reconvenciones que, á su juicio, merecía el aturdimiento de su conducta, limitándose á prodigarla afectuosas caricias, quedando muy asombrada al encontrar cierta resistencia:

—No me abracés demasiado,—dijo la señora de Rias sonriendo amargamente;—tal vez te arrepentirás muy pronto.

—¿Por qué?

—Te lo voy á decir...

Y levantándose bruscamente, fué á coger una carta á su escritorio, y arrojándola abierta sobre la falda de su prima:

—¡Toma!—dijo;—¡lee!

La señora de Lauris recorrió la carta rápidamente. Era del vizconde de Pontis; expresaba ardiente pasión, y solicitaba para la noche siguiente una entrevista para la que la ausencia de la Sra. Fitz Gerald ofrecía una ocasión que tal vez no se volvería á presentar. El vizconde suplicaba á la señora de Rias que no le redujese á la desesperación negándole algunos minutos de conversación en el jardín. Presentaríase en la verja entre once y doce de la noche, y allí esperaría la vida ó la muerte.

—¿Cómo te expones á recibir semejantes cartas?—preguntó severamente la señora de Lauris.—Supongo que, al ménos, habrás contestado como merece ese hombre.

—Tienes razón,—contestó la señora de Rias con su extraña sonrisa;—ayer contesté á esa carta como debía, porque ayer era mujer honrada... pero hoy soy una emancipada... y voy á contestar como tal.

Cogió un lápiz y trazó rápidamente debajo de la firma del vizconde esta sola palabra:—¡Sí!—En seguida presentó la carta á la señora de Lauris, escribió el sobre y llamó.

La señora de Lauris se había levantado y la miraba con estupor.

—¡María!—exclamó;—¡te suplico!...

Entró un criado.

—Juan,—dijo la señora de Rias,—monte usted á caballo en seguida y lleve usted esta carta á Houlgate, á la persona á quien va dirigida.

Volviéndose rápidamente hácia su prima, en cuanto salió el criado:

—Tu,—dijo,—no pierdas el tiempo... no me digas nada... ¡ni una palabra! déjame... véte á tu casa. ¡Vé á llorarme!

—¿Me expulsas, María?

—Sí, te expulso... véte.

—¡Pobre mujer!—dijo la señora de Lauris, dirigiéndola una mirada infinitamente compasiva y dulce;—yo te querré siempre... Cálmate... en este momento te encuentras demasiado exaltada para escucharme... ¡sea!... volveré.

La señora de Lauris la besó las manos y salió.

En efecto, despues de hacer algunas visitas, volvió á las seis. Dijéronla que la señora de Rias había salido y que no comería en casa. En el cortado aspecto del criado comprendió la de Lauris que su prima había dado orden de no recibirla.

Cuando entró en su casa, llevando el corazón comprimido, la entregaron un billete de la señora

de Rias, que abrió con ansiedad, leyendo esta única línea:

«No digas nada á tu hermano.»

Aquel billete sugirió instantáneamente á la señora de Lauris comunicarlo todo á su hermano. Necesitaba consejo; su suegra, la señora de La Veyle, habia regresado á Paris, y las circunstancias apremiaban demasiado para que pudiese dirigirse á ella. Por otra parte, la singular preocupacion que habia dictado aquel billete demostraba que el señor de Kevern habia adquirido cierto imperio sobre la señora de Rias, del que tal vez se podría sacar partido. Corrió, pues, á la habitacion de su hermano, arrodillóse á sus piés con su gracia infantil y le refirió en voz baja y animada los tristes incidentes de su visita á su prima. Terminó el relato enseñándole el billete que acababa de recibir, y despues, con la inmensa elocuencia de sus grandes ojos bañados en lágrimas, le suplicó la ayudase á salvar el honor de la amiga más querida de su infancia.

El señor de Kevern la oyó sin que revelase su rostro la impresion más pequeña, y cuando hubo concluido:

—Querida niña,—dijo con bondad,—comprendo tu sentimiento... lo comparto contigo... pero ¿qué quieres que haga yo? Soy casi un extraño para esa mujer... ¿Cómo quieres que luche contra un marido y un amante que tan perfectamente se ponen de acuerdo para precipitarla en el abismo?... ¡Imposible!... Además, mi intervencion sería inconveniente... y, en último caso, no puedo forzar su puerta.

—¿Si le escribieses!—dijo tímidamente la señora de Lauris.

—¿Y qué diantre quieres que le escriba?

—Lo que te parezca conveniente.

El señor de Kevern meditó un momento con mal humorado aspecto, y acercándose en seguida á su escritorio, trazó este lacónico billete:

«Mañana será usted muy desgraciada.

KEVERN.»

—Mándalo si quieres,—dijo;—pero te prevengo que es completamente inútil. Si consideras que lo va á recibir una mujer á la que ciegan á la vez la pasion de la venganza y del amor, comprenderás que arrojó una gota de agua sobre un incendio.

—Voy á pedir contestacion.

—Puedes hacerlo,—dijo el señor de Kevern con irónica calma.

Una hora despues, cuando acababan de comer, entró en el comedor el criado que habia llevado el billete. La señora de Rias habia dicho que estaba bien, y que no tenia contestacion.

El señor de Kevern llevó á la señora de Lauris á

la playa. La jóven temblaba apoyada en el brazo de su hermano.

—¿Cuán triste estás, mi pobre Luisa!—dijo el señor de Kevern.

—Sí, mucho. Y además, creo que la noche está fría... parece que estamos ya en otoño.

—Pues bien: ¿sabes lo que debemos hacer? Volver á casa, encender fuego y darnos la ilusion de una tranquila velada de invierno en un hogar tranquilo. Cuando se sufre, siempre es un consuelo tener en derredor un cuadro agradable.

Volvieron á casa, se instalaron en un gabinete, al que prestó alegre aspecto el brillante fuego de la chimenea. La señora de Lauris cogió su fiel bastidor, y su hermano, sentado delante de ella, empezó á leer un artículo de *Revista*. Al principio escuchó la jóven con atencion; pero á medida que avanzaba la noche, iba preocupándose más y más; á cada momento el reloj y sus facciones expresaban la angustia que oprimía su corazon. Acababan de sonar las once cuando el señor de Kevern vió que rodaban lágrimas por las mejillas de su hermana, cayendo una á una sobre el bastidor. Interrumpió la lectura, y cogiéndola las manos exclamó:

—¡Vamos, querida! ¡vamos!

—¿Qué quieres!—contestó,—¡me ha dicho que la llorase... y la lloro.

Y continuó sollozando.

De pronto alzó la cabeza y se secó rápidamente los ojos. Un carruaje se habia detenido delante de la puerta. Pocos segundos despues, subían la escalera. Luisa se levantó apresuradamente y corrió á abrir la puerta del salon. Oyó roce de una falda de seda, y un momento despues apareció destacándose en la sombra la delicada y pálida cabeza de la señora de Rias.

—¡María! ¡Dios mio!—exclamó en un grito la jóven.

Y en seguida la cubrió de besos.

Arrancándose conmovida y temblorosa de los brazos de su prima, dijo la señora de Rias con una especie de regocijo febril:

—Veamos, querida, ¿puedes darme alojamiento?

—¿Alojamiento?

—Sí. Figúrate que tengo miedo de noche en mi casa, no estando aquí mi madre y mis hijos... He recordado que tu suegra ha regresado á Paris, y he creído que podrías cederme su habitacion por dos noches.

—¡Ya lo creo!—exclamó la señora de Lauris.

Llamó en seguida á su doncella, y mientras la daba algunas órdenes en voz baja, la señora de Rias se acercó al señor de Kevern, que se habia mantenido discretamente separado desde la llegada de la jóven, y tendiéndole la mano:

—Gracias!—le dijo.

El señor de Kevern se inclinó profundamente sin contestar.

La señora de Rias se sentó entonces entre el hermano y la hermana, desdobló metódicamente una labor de tapicería que, á juzgar por su aspecto, no había visto la luz hacia muchos años, y arrellanándose en la butaca:

—¿Has encendido fuego?— dijo. — ¡Qué buena idea!... ¡Qué bien se está aquí!

OCTAVIO FEUILLET.

(Concluirá.)

IMPRESIONES DE UN ARTISTA EN ITALIA.

I.

¡Italia! Privilegiada tierra en que la Providencia ha derramado con mano pródiga todos sus dones; cielo de incomparable belleza, cuya contemplación llena el alma de encantadora poesía; jardín de Europa, cuna de las artes, patria de mi padre, permite que te dedique algunas líneas, para perpetuar en ellas uno de los periodos más felices de mi vida de artista. Desde mis juveniles años abrigaba en mi corazón una tierna simpatía, que irresistiblemente á tí me arrastraba, haciéndote el objeto constante de mis ensueños. Aunque nacido en España, la sangre italiana que circulaba por mis venas, al par que robustecía mi organismo físico, depositaba en mi alma el germen de profundo cariño y de veneración al arte, que más tarde habían de servir de base de sustentación al sólido templo de admiración y de amor que hoy levanto en mi pecho á tan nobles como caros objetos.

¡Italia! Fuente de inspiración, deidad hermosa. Tus muchos encantos han sido ya pregonados y enaltecidos en elevados conceptos y con superior criterio por literatos tan insignes como Pacheco, Castelar, Alarcon y otros, cuyos preciosos escritos serán siempre modelos de tan castizo lenguaje como profundo saber. Mas porque yo carezca de su envidiable talento, ¿no me ha de ser permitido venir como ellos á rendirte mi modesto tributo de admiración? Infeliz me conceptuara si mi pequeñez é insuficiencia fueran obstáculo para consignar, siquiera sea en modestas frases, las fuertes impresiones que has grabado en mi alma, ¡oh, Italia querida! La Providencia, tan sabia como pródiga en preciosos beneficios, nos ha dado la fe para admirar su mucha grandeza y acatar sus incomprensibles misterios, y ha depositado también en nuestra alma el sentimiento, á fin de llegar por su medio á la contemplación de la verdadera belleza, no consintiendo que los inefables goces que ésta proporciona, en sus múlti-

ples relaciones con las artes, fueran patrimonio exclusivo de los hombres eminentes. No negaremos por eso que el verdadero erudito, ayudado de sus muchos conocimientos, podrá quizás analizar más lógicamente y con mayor criterio cuanto á su vista se presente, pero no es ménos cierto que toda persona que sienta latir en su pecho un corazón sensible y entusiasta, aunque carezca de la vasta instrucción del docto, podrá, no sólo gozar, sino hasta juzgar de ello sin más luz que su razón ni más guía que su propia sensibilidad. Y como quiera que á nadie cedo respecto de tan preciosa facultad del alma, que desde los primeros años de mi existencia siento fuertemente arraigada dentro de mí, ¿qué extraño es que ansiase conocerte ¡oh patria de mi padre! si desde la cuna oía pronunciar tu nombre con veneración, ponderar tu hermoso cielo y proclamar incesantemente la fama de tus ilustres artistas? Hombre después, he bebido en tus puras fuentes los sanos preceptos de la escuela, las inmutables bellezas del arte y te he admirado. Hoy que he recorrido tu fértil suelo, aspirado tu ambiente artístico, contemplado tus magníficos monumentos y estrechado con verdadero afecto la mano de colegas eminentes y de parientes cariñosos, te amo con delirio. Te amo, sí, porque con tus innumerables bellezas de la naturaleza y de la inspiración has exaltado mi mente y hecho vibrar en mi alma las cuerdas más delicadas del sentimiento, elevado mi abatido espíritu, y regenerado, por decirlo así, todo mi ser, largo tiempo adormecido en una atmósfera de grosera prosa y de positivismo desesperante. El calor de tu recuerdo me es ya tan necesario á mi vida de artista como el aire á las aves, el sol á las plantas, el perfume á las flores, ó las caricias y cuidados de una madre al tierno hijo de sus entrañas.

Tu memoria vivirá constantemente conmigo. Ambos, impulsados por una poderosa ley de simpatía y atracción, caminaremos en adelante estrechamente unidos, como unidos caminan en el orden de la naturaleza física la sombra al cuerpo, el satélite al astro. En tí veré siempre una segunda patria, pues á tí me ligan ya los poderosos lazos de la familia, de la amistad, de la gratitud y del arte.

II.

Al recorrer por vez primera las principales ciudades del suelo italiano, al par que me deleitaba admirando los muchos recuerdos históricos y las innumerables bellezas artísticas que atesora, me atormentaba de continuo el íntimo convencimiento de mi escaso valer, y sin cesar envidiaba á los escritores y artistas que, más afortunados que yo, pudieron, con tan gran facilidad como feliz éxito, describir en poéticos versos ó en elegante prosa las múltiples impresiones y los diversos afectos que

tambien sintieron al visitar aquellos deliciosos sitios, y al meditar sobre tantos y tan hermosos monumentos, dignos siempre de la veneracion de todo hombre ilustrado y pensador.

Yo tambien, á no impedírmelo mi limitada capacidad, y dejándome arrastrar de mi ardiente fantasía, hubiera como ellos discurrido sobre las antigüedades de Roma, dedicado algunas páginas á la interesante Florencia y á sus ilustres protectores los Médicis; hubiera descrito los poéticos encantos de la oriental Venecia, el incomparable cielo y la vertiginosa animacion de Nápoles y sus pintorescos contornos; hubiera meditado profundamente sobre la terrible hecatombe de Pompeya, y entonado, por último, un himno de admiracion y respeto al arte de Vitrubio y de Palladio desde las elevadas agujas del célebre Duomo de Milan.

Mas siendo esta tarea no sólo superior á mis escasos conocimientos, como acabo de declarar, sino tambien ajena al objeto que me propongo en este escrito, habré de limitarme forzosamente á manifestar mis impresiones respecto de algunos ramos del arte músico en Italia, y en particular del muy importante del canto, al que desde largos años estoy dedicado, y que merece ciertamente llamar la atencion de nuestros artistas y del público, puesto que en él logran figurar hoy tan dignamente nuestros queridos compatriotas que, alejados de su nativo suelo, por no hallar en este la proteccion debida á sus talentos, se hallan esparcidos en los principales teatros de Europa ganando pingües sueldos, haciéndose aplaudir, sosteniendo la bandera del *bel canto*, cuyas sanas tradiciones se afanan en conservar, y pagando en consideracion y en honra la indiferencia é ingratitud con que su patria los mira.

Pero fuerza será proceder con algun orden si he de llevar á feliz término cuanto me propongo decir, por lo cual empezaré por consignar la sincera gratitud que debo á mis excelentes amigos los señores Arrieta, Stagno, Romero, Vidal, Cataldi y Ronchi, que no sólo alentaron mi vehemente propósito de realizar mi proyectada excursion á Italia, sino que me favorecieron tambien con apreciables cartas para personas tan importantes como el maestro Mazzucato, los editores Ricordi y Lucca, los agentes teatrales Lamperti, Fano-Ardavani, Brosowich, Donatelli, Ferry y el distinguido artista Sr. Villanini. Nunca olvidaré las finas atenciones de que fui objeto por parte de dichas personas, pues todas ellas en su diversa esfera de accion, contribuyeron más ó menos al logro de mis fines con amabilidad y eficacia sólo comparables á la justa reputacion de que gozan en sus respectivas y muy distintas posiciones.

Tres móviles á cual más poderosos me impulsaban al suelo italiano, lleno de inefable gozo. Satisfacer el ensueño de toda mi vida al visitar la cuna

del arte músico y de tantos célebres maestros: colocar en un teatro importante del extranjero á mi discípula la señorita Ocampo, y abrazar por primera vez de mi vida á mi familia de Sicilia.

En la primera quincena de Julio llegué á Milan, época, como es sabido, de poco movimiento artístico por hallarse cerrados los principales teatros de ópera, próximo á terminarse el curso escolar de los Conservatorios y descansando de sus anuales tareas las Academias, Sociedades filarmónicas y demás centros que constituyen los diversos elementos de que necesita el arte músico para sus múltiples manifestaciones. Por lo tanto, no deberá extrañarse que, con sobrada razon, rehuya el entrar de lleno á dilucidar, sin los datos suficientes para ello, la difícil cuestion de si dicho arte se encuentra ó no actualmente en Italia en el estado de decadencia en que le suponen Van Elewych y otros escritores de no ménos talento, tanto belgas como franceses y aún italianos que á ella han dedicado, hace algun tiempo, notables artículos llenos de profunda erudicion en las Revistas artísticas y en los periódicos musicales más importantes de Europa.

Para que yo pudiese terciar, ya que no con la suficiente autoridad que no me reconozco, al ménos con alguna probabilidad de acierto, en este asunto, hubiera sido preciso que mi permanencia en las principales ciudades de tan hermoso país se hubiese prolongado uno ó más años, en vez de los tres meses escasos de que he podido disponer; haber seguido durante ese tiempo paso á paso el arte músico en todas sus diversas manifestaciones, y, por último, poseer un elevado criterio y un corazon ménos impresionable que el mio.

Dadas las condiciones que acabo de exponer, y que creo necesarias para formular un juicio exacto sobre materia tan árdua, lleno de entusiasmo me hubiera lanzado á escribir, no ya un modesto recuerdo de viaje como el que hoy publico, sin más pretension que la de dar una nueva prueba de mi laboriosidad, pagando al propio tiempo un debido tributo de afecto á la Italia, que tanto quiero, sino un extenso y razonado trabajo histórico-crítico-musical que fuera digno del aprecio de mis compañeros de arte y de mis lectores en general.

Tal hubiera sido mi deseo, y relevado-me creyera ya de tan grave compromiso, mas desgraciadamente veo con no pequeño temor que, al dar cuenta de mis impresiones como músico, no podré ménos de decir algunas breves palabras, que forzosamente se han de relacionar con las cuestiones más difíciles del arte. En ellas entraré, aunque bien á pesar mio, con la resignacion del que cumple con el imprescindible deber que se ha impuesto, y sin más armas de defensa que mi buena voluntad y mi propio criterio.

III.

Sucede á mi entender hoy á la Italia lo que al hombre espléndido en demasía, que habiendo deramado durante largo tiempo á manos llenas sus beneficios á todo el mundo, llega á ser hasta calumniado injustamente de miserable y tacaño el día en que, por causas tan poderosas como respetables, se ve precisado á estrechar un tanto los límites de su reconocida esplendidez. Ahora bien; concretándose tan sólo al arte de la música, y aun admitiendo por un momento que éste se halle actualmente en la decadencia que algunos pretenden, cuestion que intacta dejó dilucidar á los que saben más que yo, no hay razón, según mi sentir, para que el artista ó el crítico amengüen en lo más mínimo la gran veneración y gratitud que siempre deberán al privilegiado país, que durante más de cuatro siglos ha llenado su historia de páginas tan brillantes y asombrado al mundo con una inmensa pléyade de compositores, de didácticos y de ejecutantes, que con su saber y su genio elevaron el arte á tan alto grado de esplendor. Por otra parte, también puede considerarse como legítima excusa, que justifique en un tanto dicha decadencia, las recientes luchas que para rescatar su anhelada independencia y constituirse en una sola nacionalidad acaba de sostener durante algunos años con la poderosa enemiga, que desde largo tiempo tan despóticamente le dominaba. Durante tan penoso período, la pluma, la paleta y el cincel del artista hubieron de trocarse necesariamente por el fusil y la espada del soldado; los inspirados acentos del poeta y del cantante enmudecían de cuando en cuando ante el atornador estruendo de los cañones, y hasta los corazones más sensibles y las inteligencias más elevadas tuvieron que descender al triste terreno de la fuerza, convirtiéndose en rudos defensores de su honor y de su patria. ¿Qué extraño es, pues, que todas las artes en general, y con especialidad la música, que tanto necesita de la pública tranquilidad y del bienestar de la sociedad, paralizase por algún tiempo la obra constante de su natural progreso en una época de continuos afanes, de gran penuria y de peligros sin cuento?

Y, sin embargo, cuando dicha revolución se anunciaba en el horizonte, y en medio del profundo letargo en que al parecer yacía el pueblo italiano, cuya unidad nacional y regeneración política tan hábilmente preparaba en silencio la gran inteligencia de Cavour y de otros hombres notables, aparece de repente la figura de Verdi, compositor de genio y de talento, sobradamente realista, no lo niego, pero lleno de virilidad y de energía; el cual, respondiendo al espíritu de su tiempo y al estado de agitación de su patria, vino con sus estrepitosas óperas á cum-

plir la importante misión que, según mi sentir, le estaba destinada. *Nabuco, Atila, I Lombardi, Hernani, I due Foscari*, etc., fueron el grito de guerra que, resonando desde los Alpes hasta el último confín de Sicilia, contribuyó poderosamente á levantar las masas para realizar la gran obra de su sacrosanta emancipación. No vaya á deducirse por esto que mi ánimo sea el de elevar á tan eminente maestro á mayor altura que Rossini, Meyerbeer, Bellini, Donizetti ó Gounod, cuyas inmortales obras, cimentadas en el más puro sentimiento y en las sólidas verdades del arte, pasarán, á no dudarlo, á la posteridad, á pesar de las diversas evoluciones que el drama lírico pueda experimentar en el porvenir. Pero es indudable que en los diferentes períodos de la vida de las naciones se presentan hombres de más ó menos talla, figuras quizás de transición, pero que arrastran en pos de sí las grandes masas, y cuyas producciones ocupan durante cierto tiempo la pública atención, retratando fielmente no sólo la época, sino también el estado del país que las sancionó con sus aplausos. Partiendo de este criterio, no me parece aventurado decir que Verdi es la personificación de la Italia revolucionaria; Offenbach y Lecocq, en Francia, la consecuencia natural de una nación debilitada moralmente, que se deleita en frívolos y picantes goces; Wagner y sus secuaces en Alemania, el resultado de las profundas abstracciones y á veces delirios de las modernas filosofías allí reinantes.

Pero apartándome por un momento del cúmulo de consideraciones que de esto se desprenden y que me alejarían indudablemente de mi deliberado propósito, vuelvo á reanudar, por decirlo así, el hilo de mi desaliñado relato, añadiendo que, á pesar de las muchas peripecias por que atravesó la Italia, tanto en el período de sus luchas como en el de reconstitución moral y política que después le sucedió, puede decirse que el arte de la música no permaneció del todo tan inactivo como se le supone, pues con bastante frecuencia aparecieron en los teatros más principales algunas obras de jóvenes compositores que, impresionados por los continuos triunfos de Verdi, aunque faltos de las condiciones necesarias para sobrepasarle, adoptaban por lo general muchos de sus procedimientos, consiguiendo desgraciadamente estacionarse durante algunos años en un terreno, que no podía considerarse sino como transitorio, y, por consiguiente, de corta vitalidad, como en su clarísimo talento lo comprendió más tarde el mismo Verdi, metamorfoseando su estilo, dando nueva forma á las piezas musicales, buscando ante todo la novedad y desechando cuanto pudiera entorpecer la acción principal del asunto y la verdad escénica, según venía ya verificándose desde algún tiempo en las

inmortales producciones de Meyerbeer, Rossini y Donizetti, escritas expresamente para el teatro de la Grande Ópera de París. Estas grandiosas obras, verdaderos modelos del arte, que tan justamente llamaron la atención del mundo artístico porque marcaban de un modo imperecedero el gigantesco paso que con ellas se daba al drama lírico moderno, aunque ya venían exhibiéndose en los teatros importantes de Italia desde el año 1846, época en que por vez primera se representó el *Roberto il Diavolo* de Meyerbeer en la Scala de Milan, es lo cierto que no tuvieron al principio la acogida entusiasta que más tarde les estaba reservada (1). Varias eran las causas que, según mi pobre opinión, pudieron contribuir á que éstas no fueran recibidas en los primeros momentos de su aparición con todo el debido aprecio por un público tan impresionable como lo es el italiano. Por una parte, la forma de las melodías, que tanto diferían de las suyas, y la exuberante armonización de que éstas se hallaban revestidas; por otra, el nuevo giro y grande importancia dada al recitado, como también el inusitado desarrollo artístico desplegado en los concertantes y finales, el interés y variedad de la instrumentación, que en dichas obras aparecía encarnada de un modo tan íntimo é inseparable en la entonación general del drama, y otros muchos elementos que en ellas se observaban, los cuales, aunque de verdadera belleza y adelanto artístico, daban al traste, por decirlo así, con ciertos procedimientos convencionales á que ya desde larga fecha venía acostumbrado. Nada tiene de extraño que se mantuviese en suspenso durante algún tiempo el juicio que sobre ellas había de formar un público que, si bien en sus primeras representaciones no pudo darse cuenta de lo que oía, poco después, y como no podía menos de suceder, aumentó con su entusiasmo y su aprobación el número de los muchos admiradores que tan ardiente culto las rendían en otras importantes capitales de Europa. Su legítimo triunfo era, pues, segurísimo, y, por lo tanto, no se hizo esperar. El verdadero progreso representado en las obras de tan célebres maestros, á las que vino á agregarse también el notabilísimo *Fausto* de Gounod, fué desde entonces reconocido y proclamado, como primeramente lo había sido en Francia, no sólo por los compositores y críticos italianos, sino hasta por el mismo público, que cada día apreció más y más las muchas bellezas y novedades que encerraban tan hermosos *spartitos*.

Posteriormente, la conocida editora de música de

(1) Lo propio sucedió al estrenarse dicha obra en el teatro Real de Madrid el año 1833. Su éxito fué bastante frío en las primeras representaciones, dando margen á mil acaloradas polémicas. Hoy, dicha obra puede asegurarse que es de las más predilectas de nuestros artistas y del público.

Milan, Giovannina Lucca, mujer impresionable, de talento poco común, de gran iniciativa y constante protectora de compositores y cantantes, vivamente impresionada con la ópera *Lohengrin*, de Wagner, que oyó en Viena, se declara decidida propagadora de la nueva escuela llamada del porvenir, y á su influencia exclusivamente se debió el que algunas obras de dicho maestro se conociesen en Italia. Ahora bien: si impulsada por un noble deseo de adelanto, digno siempre de alabanza, hizo con esto un bien ó un mal al arte patrio, el tiempo que todo lo depura y clasifica se encargará de manifestarlo.

IV.

Varios son los compositores de verdadero talento que en estos últimos tiempos y con incansable laboriosidad se disputan los lauros de la escena en los muchos teatros con que cuenta Italia. Todos ellos con más ó menos fortuna, aunque siguiendo muy distintos caminos, han dado pruebas de los grandes conocimientos que en el arte poseen y de lo mucho que constantemente se afanan por dotar á su patria de nuevas obras que mantengan ante el mundo artístico la justa gloria debida á la que fué cuna de Rossini, Mercadante, Donizetti, Pacini, Bellini, Verdi y otros muchos maestros, que serán siempre dignos del mayor respeto. *Ruy Blas*, de Marchetti; *Ione* de Petrella; *I promessi sposi*, de Ponchielli; *Adelina*, de Mercuri; *I Getti*, de Gobatti; *Davide Rizio*, de Canepa; *Romi'da dei Bardi*, de Dell'Orefice; *La Selvaggia*, de Schira; *Mefistófele*, de Boito, y posteriormente *Dolores*, de Auteri, han logrado ocupar durante algún tiempo la atención del público y de la prensa italiana, es verdad; pero á pesar del talento y de los laudables esfuerzos de sus autores, la mayor parte de estas óperas, no sólo no se representan aún en los principales teatros de Europa, sino que quizás no salven nunca los límites de su país, porque, en general, falta en ellas el sello del genio, de ese destello divino que todo lo avasalla, que no reconoce patria, y ante cuyo inmenso poder todo el mundo dobla más ó menos tarde su frente, siendo más bien hábiles imitaciones, resultado de la meditación y del estudio.

Entre los compositores citados cuéntanse algunos, como Gobatti, que, siguiendo las huellas de Wagner y como si gravitara sobre ellos, cual pesada carga, su manera de ser italiana y la gloriosa historia teatral de que tanto debieran envanecerse, se lanzan de lleno en un terreno en el cual agotan sus productoras fuerzas sin resultado alguno. Halagados sin duda por las modernas teorías respecto de la música declamada y dramática, las cuales, analizadas á la clara luz de la crítica, quizás no parecieran tan nuevas como quiere suponerse, puesto que no son, á mi juicio, más que la exageración de

las que en épocas anteriores dejaron establecidas para siempre con su indisputable genio algunos célebres compositores, de los que más adelante me ocuparé; dichos maestros, repito, impulsados sin duda por un noble deseo de progreso y por la reinante sed de novedad que tanto caracteriza la época que atravesamos, sólo consiguen con sus infructuosas tentativas contribuir cada día más á que vayan dolorosamente desapareciendo las bellas tradiciones y la marcada identidad, que tanto caracteriza la hermosa escuela italiana, fundada principalmente en la bella melodía, en la variedad del ritmo y en ciertas frases tan apasionadas como sensuales que casi son patrimonio exclusivo de todo pueblo meridional. Y ya que sobre este punto me he detenido, aunque volveré á ocuparme en él más adelante, no puedo ménos de manifestar, que tan perniciosa tendencia hasta ha llegado á contaminar por desgracia á alguno que otro jóven de los que concurren á las clases de composicion del Conservatorio de Milan, como pude observar en un interesante *saggio* ó examen del mismo á que asistí, y del que trataré en los siguientes párrafos.

JOSÉ INZENGA.

(Continuará.)

CURIOSIDADES DE LA VIDA DE LOS ANIMALES.

EL MIEDO DE LOS LEONES.

Un viajero que ha recorrido el África central refiere que, habiendo llegado al territorio de los Metebelés, le llamó la atención un árbol gigantesco. Era una especie de higuera, cuyo follaje, constantemente verde, aparecía interrumpido por techos cónicos que debían pertenecer á casas en miniatura. Acérqueme, dice, y reconocí que habitaban en el árbol varias familias de Batrones (aborígenes del país). Subí con el auxilio de entalladuras abiertas en el tronco, y conté diez y siete de aquellas moradas aéreas, sin hablar de tres que no estaban terminadas aún. Cuando llegué á la más alta, que distaba treinta piés del suelo, entré en ella. Todo el menaje lo formaban una lanza, una cuchilla y una vasija grande arrojadas sobre el heno que tapizaba el suelo. Como no había tomado nada en todo el día, pedí permiso á una mujer sentada en la puerta, con un niño en el seno, para comer algo, y se prestó obsequiosamente á ello. Otras varias mujeres treparon por las ramas á las chozas inmediatas para ver al extranjero. Después visité varias cabañas colocadas sobre las ramas principales. La construcción de estas moradas es muy sencilla. Empiezan por construir, por medio de ramas justapuestas, una plataforma oblonga de siete piés de anchura próxima-

mente. En el extremo de esta plataforma construyen una chocita cónica formada con ramaje y yerbas; esta choza tiene seis piés de diámetro y su altura es algo menor que la de un hombre. Como está colocada en la extremidad de la plataforma, queda cierto espacio delante de la puerta. Los indígenas han adoptado esta construcción de moradas por miedo á los leones, que abundan en la comarca. Durante el día bajan al pié del árbol para preparar los alimentos. Cuando aumenta el número de los habitantes de una cabaña, sostienen con puntales la rama en que descansa; y, por el contrario, cuando disminuye el peso, quitan los puntales para quemarlos.

Uno de los rasgos característicos de la especie del león del Cabo es el considerable número de individuos que la representan en algunas localidades del Continente. Escuchemos á Levaillant: «Por todas partes oíamos fieras, y, sobre todo, leones que rugían de un modo espantoso. Muchos de ellos se acercaron durante la noche á nuestro campamento, aterrando á hombres y animales; ni las hogueras ni los disparos consiguieron alejarles; contestaban con furor á los rugidos de los de las inmediaciones y parecía que les llamaban para la carnicería y el ataque á viva fuerza. Al fin nos libró de ellos la luz del día.» Todos los escritos de los viajeros del África meridional están llenos de hechos análogos.

Livingstone hace observar que la abundancia de leones se explica por la de caza mayor, diciendo de ésta maravillas, como lo demuestra la siguiente descripción que hace del valle Kandeby:

«Las dos orillas están pobladas de árboles frutales de diferente follaje; límpido arroyo surca el centro de la pradera; en sus riberas se paran antílopes rojizos, parándose junto á un enorme baobab; nos miran y se preparan para trepar á la colina; gnous, tesibeos y cebras nos contemplan con sorpresa; algunos continúan paciéndose sosegadamente; otros se alzan con ese mal humorado aspecto particular que manifiestan cuando van á huir; un enorme rinoceronte blanco atraviesa la llanura reposadamente sin vernos, y parece que goza de antemano con el baño de fango que va á tomar; al otro lado de los antílopes vemos muchos búfalos bajo los árboles.»

Otra particularidad muy notable de la historia de esta especie es que los animales que pertenecen á ella se reúnen frecuentemente para cazar reses mayores.

«En invierno, dice Delegorgue, véanse frecuentemente bandadas de leones que se reúnen para cercar y rechazar las reses hácia la montaña, hácia los pasos difíciles, donde permanecen apostados algunos compañeros; son ojeos en regla, pero sin ruido,

en los que bastan las emanaciones de los leones para levantar los herbívoros á que llegan. Dos veces seguidas, con pocos minutos de intervalo, caímos en el centro de una de estas líneas de ojeadores; parecía que el deseo principal que les animaba era el de apoderarse de un rinoceronte.»

La prudencia de este animal es tan grande, que para quien no conociese más que este detalle de su carácter, el leon del Africa del Sur sería uno de los animales más pusilánimes.

Un caballo de Mr. Codrington, inglés que viajaba por Africa, se escapó, quedando detenido al enredarse la brida en un tronco quebrado. Cuarenta y ocho horas despues se le encontró sano y salvo en el mismo sitio. Alrededor suyo veíanse numerosas huellas de leones. Evidentemente, aquel caballo atado en campo raso les pareció sospechoso, y temiendo un lazo se abstuvieron de atacarle.

Un hombre, encontrando repentinamente un leon, cae desvanecido de miedo al lado de un matorral. Sorprendido el leon, mira por encima del matorral, no ve nada, sospecha una emboscada y huye con la cola entre las patas.

No hubiese corrido tan aceleradamente á estar seguro de que lo veían, porque su vanidad es tan grande como su desconfianza. «En pleno dia, dice Livingstone, el leon se detiene uno ó dos segundos para mirar la persona que encuentra; gira lentamente en seguida alrededor de ella, se aleja algunos pasos con lentitud tambien y mirando á la espalda por encima del hombro; en seguida empieza á trotar, y al fin huye saltando como un galgo en cuanto supone que ya no le ven.»

Un campesino rico, pasando por sus tierras, ve un leon. Le apunta, dispara de lejos, yerra el tiro y huye, siguiéndole el leon. Estenuado de fatiga, salta sobre un monton de piedras, vuelve la cara, y, dispuesto á defenderse, presenta al enemigo la culata de su carabina. Esta actitud impone al leon. Detiéndose á pocos pasos y se sienta afectando la mayor tranquilidad. El cazador no se atreve á moverse. Durante la carrera ha perdido las municiones. Hora y media permanecen mirándose, y al fin se levanta el leon, retirándose lentamente y como á hurtadillas; en cuanto se aleja un poco, huye á la carrera.

Todo esto responde mal á la idea que habitualmente tenemos formada de los leones; pero el leon del Africa austral no es el del Atlas, y bien lo demuestra Livingstone cuando lo describe en estos términos:

«Es algo mayor que un perro de presa grande, y todos sus rasgos se parecen mucho á los de la raza cañina.»

PEDRO NOTH.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo de Madrid.

CIENCIA PREHISTÓRICA.

VI y VII.

LA DOCTRINA DE DARWIN.

Señores: Interrumpidas estas lecciones por causas muy diversas, tuve necesidad de resumir en la última lo que anteriormente había expuesto, tanto para refrescar los puntos capitales de la ciencia, cuanto para hacer ver lo injustificado de cierto ataque, con apasionamiento y frases poco convenientes, dirigido por un niño viperino al profesor encargado de la Prehistoria en esta cátedra.

Es doctrina corriente entre ciertas gentes, que por otra parte blasonan de mofarse de todo y de tanta independencia de carácter que no admiten ni el menor vestigio de autoridad, que en el momento en que allende los Pirineos se inicia un sistema ó teoría apadrinada por alguna eminencia científica, debemos aceptarla como buena y propagarla hasta con entusiasmo; incurriendo en las más graves censuras de parte de estos nuevos inquisidores, los que, dando pruebas de verdadera dignidad é independencia, queremos estudiar los fundamentos de semejante lucubración, ántes de admitirla. Y cuando lo natural y lógico sería que se llamase á discusión á los que, faltos de conocimientos ó sobrados de rigidez y severidad, insistimos en creer que toda teoría que no armonice con los hechos bien observados no puede considerarse como expresión de ley natural, con el fin de ilustrarnos y de demostrar que estamos en error; lejos de esto, se apela á calificativos poco gratos y á todas luces injustos; singular modo de atraer y de conquistar voluntades!

Y para que se vea cuán difícil es dar gusto á los de escuelas exageradas, cuando uno se mantiene en el justo medio que la importancia del asunto exige, al paso que el articulista en cuestion se exaspera porque algunas veces trato con rigor á los trasformistas que me hacen el efecto de grandes soñadores, pero soñadores despiertos, otro escritor crítico (1), encuentra que juzgo y trato al Darwinismo con una blandura perjudicial, y con una seriedad que está muy distante de merecer la pretendida excelencia del sistema. No encuentro entre estos escritores más diferencia sino en sus términos lisonjeros con que éste me trata, tan distante de la acrimonia del otro, con la particularidad de que éste pasa por amigo y á aquél no tengo el gusto de conocer. Por fortuna, ni la lisonja me envanece, ni los calificativos más duros me harán apartar de la senda que me he propuesto seguir desde este sitio.

(1) I. C. Gramactel. *La civilización*, núm. 1.

Trátase, señores, de la teoría Darwinica, evolutiva ó trasformista, y como si esta representara la síntesis ó quinta esencia del saber moderno, se nos tacha de reaccionarios y de personas de limitado entendimiento á los que, preciándonos de no tener tan anchas tragaderas como los que todo lo admiten de rondon, nos resistimos á admitir que la tal teoría ajuste con los hechos que pretende explicar, ni con la unidad de la creacion, de la que quiere ser su principal fundamento. Partiendo los más genuinos representantes de esta doctrina de la hipótesis de la eternidad de la materia, creen, sin aducir en su favor pruebas suficientes, que esta es capaz de producir por sí misma la vida representada por los vegetales y animales, empezando por los de organismo más sencillo ó protistos, los cuales, obediendo á determinadas leyes llamadas de seleccion y competencia por la vida, suponen han ido perfeccionándose y trasformando unos en otros, hasta llegar al hombre, último eslabon por ahora, de la escala zoológica, y representacion genuina de la infinita suma de modificaciones hasta él experimentadas por los reinos vegetal y animal. Cada término de la serie, en virtud de esta teoría, es la resultante de todas las trasformaciones anteriores, y productora á su vez, ó por lo ménos principio, de otra serie de perfecciones hasta llegar al punto culminante de esta nueva y peregrina escala de Jacob. Pero es el caso, que al llegar á la época actual, observamos que cada especie sólo produce seres á sí mismos semejantes, sin que aparezcan esos progenitores intermedios á que la teoría apela para explicar el origen de los diversos organismos.

A este propósito recuerdo que una de las personas que asistieron á la última conferencia, terminada ésta, subió á la cátedra, y trazando en el encerado tres líneas horizontales en representacion de los tres periodos que precedieron á la aparicion del hombre, expresaba su manera de pensar muy lógica y sensata del siguiente modo: el trazo inferior representa el mono que engendró al hombre preludio ó al hombre mudo de Häckel; el intermedio expresa éste desarrollándose y dando por producto al hombre ya perfecto: ¿por qué razon ya no se obran hoy estas maravillas, y rota la cadena por la desaparicion del tipo intermedio, el antropomorfo engendra monos siempre de la misma especie, y el hombre hace lo propio respecto de la suya? A esta pregunta no se puede contestar sino con evasivas, máxime si se demuestra con la irresistible fuerza de los hechos, que este no es carácter peculiar de la época en que vivimos, sino de todos los periodos anteriores de la creacion. Y si no, dígasenos: ¿qué significa el hallar en todos los terrenos de sedimento vestigios claros y evidentes de tipos los más opuestos desde el zoófito y briozóo hasta el vertebrado, coexistiendo

todos y sin poder encontrar esos tipos intermedios que la filiacion gratuitamente supone? ¿De dónde procede sino el primer Trilótilis llamado Paradótilis, que aparece en los estratos más profundos del terreno silúrico? ¿Quién engendró el primer pez silúrico ó el Ichiosauro del terreno jurásico? ¿Por qué razon preceden á estos algunos reptiles de organizacion perfecta, y en vez de seguir una marcha ascendente dan un salto atrás, produciendo reptiles de estructura tan extraña, que se parecen por las vértebras á los peces, por las extremidades á los cetáceos y por los dientes á los cocodrilos? Contemporáneos ó de la misma fecha el Ichiosauro, el Plesiosauro y otros grandes reptiles del terreno jurásico, ¿quién de ellos fué el padre y quién el hijo? El primero intermedio en parte entre los peces y los reptiles, y tambien entre estos y los cetáceos; y dotado el segundo de organizacion de reptil y de aspecto de ánade ó cisne; reptador aquél, nadador éste, ¿de qué manera se concibe que puedan descender el uno del otro? ni como estos dos tipos tan opuestos pudieran engendrar al reptil volador ó Pterodáctilo, tipo que, por su facies externa, se parece al Murciélago, y que, sin embargo, es perfectamente reptil en su estructura íntima.

En tiempos relativamente modernos aparecen en el terreno terciario los Dinoterios, los Mastodontes y los Elefantes, grandes mamíferos característicos de diferentes horizontes, cuyo origen y sucesion es difícil poder explicar de una manera satisfactoria; lo único que puede asegurarse es que no se necesitan grandes conocimientos en Anatomía comparada para reconocer y distinguir, no sólo los géneros, sino hasta las diferentes especies, sin que pueda notarse ninguno de los supuestos tránsitos de unas en otras.

Aparecen más arriba los primeros monos ó primates, y sólo se encuentran restos fósiles de estos mamíferos, siempre fáciles de reconocer como pertenecientes á géneros y á especies bien determinables, sin que hasta la fecha haya probado nadie el tránsito de estos seres, á lo que se ha dado en llamar preludio del hombre, del cual no existe en Museo alguno el menor vestigio; al paso que existen por fortuna muchos restos perfectamente humanos, idénticos, á pesar de su remota antigüedad como lo justifica su fosilizacion, con los huesos humanos de hoy.

Que se demuestre que nada de esto es verdad; que existen y figuran en las colecciones de seres vivos ó fósiles los tipos intermedios que necesita la teoría como punto fundamental de la trasformacion de unas especies en otras y de género á género; que se pruebe que el silúrico inferior sólo contiene fósiles de organizacion incipiente, y que á tenor de los terrenos se va complicando de una manera normal y re-

gular el organismo vegetal y el animal, y entónces, sin esperar ni dar motivo para calificativos tanto más inconvenientes cuanto menos merecidos, por la circunspeccion con que tratamos el asunto, nos afiliaremos gustosos á un sistema que, si se despoja de las exageraciones en que forzosamente incurre, ofrece no poco que admirar.

Pero como lo que tengo derecho á exigir está muy léjos de realizarse, pues la Paleontología, que tanto bueno nos dice en contra del sistema, no registra en sus copiosos anales un solo dato en su favor, me tranquiliza la idea de que mi conversion al Darwinismo aún ha de tardar mucho en realizarse. Y aunque esto ha de influir bien poco en la marcha de la teoría que cuenta en su apoyo numerosos y valientes adalides, que ciertamente no necesitan el apoyo de persona de tan escasa inteligencia como la mia, esto no obsta para que no sólo crean algunos á piés juntillas en la bondad del sistema, sino que hasta se hace de ella aplicacion á otra esfera de conocimientos, llevando la exageracion de su doctrina al Derecho, por ejemplo, en el cual ha de sacrificarse todó á la conveniencia y perfeccion de la especie humana. Dejo á vuestra consideracion el calcular los efectos de una justicia basada en la competencia por la vida y en la seleccion natural en la humana especie, á la que de admitir semejante principio, habría que considerar como á esas razas de toros, carneros y caballos que los criadores ingleses manejan á su gusto, adaptándolas á las diferentes exigencias de la necesidad, de la conveniencia ó del capricho de la moda.

Dicho esto, conviene insistir en que la ciencia prehistórica, si bien tiene que abordar como ilustracion y complemento el por ahora insoluble problema del origen del hombre, debe principalmente ocuparse en todo lo concerniente á la remota antigüedad del hombre, ilustrando con datos positivos todos los tiempos que median entre su primera aparicion en el globo y la fecha de las más antiguas tradiciones de los pueblos. Podrá, sí, el estudio de los restos fósiles humanos y el de su yacimiento esclarecer en cierto modo la cuestion de su origen, así como la comparacion de aquellos restos con los del hombre actual podrá servirnos de base segura para saber si ha experimentado profundas ó ligeras modificaciones; pero lo que más directamente está llamada á ser la Prehistoria es el mejor complemento de la historia, manca é incompleta hoy por arrancar de períodos muy posteriores á su origen.

En este concepto la ciencia, verdadera rama desprendida de la Geología y Paleontología, eficazmente auxiliada por la Arqueología, la lingüística y otros ramos del saber, nos asegura que el hombre, sea cualquiera su punto de partida, mucho ántes de constituir pueblos y nacionalidades, hacia como

el salvaje de hoy, vida errante y vagabunda, sirviéndose para luchar con la naturaleza y satisfacer sus cortas pero apremiantes necesidades, de las uñas y los dientes primero, después de ramas y troncos de árboles, y, por último, de utensilios y armas toscas de piedra que tallaba groseramente valiéndose de otra piedra más dura, echando mano de los metales en tiempos relativamente modernos. La demostracion de todo esto ya constituye un servicio tal de parte de la ciencia geológica aplicada á la historia de los comienzos de la humanidad, que bastaría por sí sola para hacerse acreedora al aprecio y gratitud; pero la ciencia, aplicando á este estudio el método comparativo de los otros ramos de la naturaleza, ha llegado á clasificar dichas remotas edades, fundada en la diferente facies de los instrumentos de piedra y metal asociados por otra parte á la aparicion del fuego, de la cerámica y de otros rasgos característicos, con lo cual la Prehistoria, sobre adquirir más precision y exactitud, lleva á la verdadera historia una ilustracion que ninguna persona sensata puede ni debe rechazar. De intento insisto en esto porque aún hay en esta tierra personas que por el sagrado ministerio que desempeñan debieran mirar con circunspeccion y seriedad asuntos de suyo serios, y que, sin embargo, por no tomarse quizá la molestia de ver y examinar lo que el movimiento científico produce con vertiginosa y admirable rapidez, miran con desden y hasta se burlan de mala manera de este estudio, sin reparar que con ello, más que la ciencia, se perjudica su buen concepto. Dejémoslos, pues, de inconsideradas prevenciones, y veamos y aceptemos de buen grado lo que pueda servir para nuestra mayor y más sólida instruccion.

JUAN VILANOVA.

Academia Médico-Quirúrgica Española.

EL TRATAMIENTO DEL CRUP.

El Sr. Montes, autor del tema, manifestó que no iba á discutir teorías, sino á presentar hechos prácticos, hijos de su observacion.

Para tratar con acierto una afeccion cualquiera, es indispensable conocer sus causas, y por desgracia en el crup son muy oscuras: segun el Sr. Montes, el crup, la difteritis y la angina diftérica son voces sinónimas, como lo demuestra la opinion de varios autores, y muy particularmente la definicion que de esta enfermedad hace Jaccoud. Dos indicaciones principales hay en el crup: una local, que tiene por objeto separar las falsas membranas y provocar su expulsion; y otra general, que tiende á determinar en el organismo una alteracion capaz de impedir el desarrollo de las mismas. Hizo una reseña bi-

bliográfica, tanto de la enfermedad como de las diferentes medicaciones hasta hoy empleadas.

La traqueotomía es el único medio quirúrgico y el que mejores resultados ha dado siempre; pero sólo debe recurrirse á él cuando se presentan los síntomas de asfixia.

Por último, se ocupó de las complicaciones de la enfermedad y sus medios profilácticos, y terminó presentando varias estadísticas, tanto del tratamiento médico como del quirúrgico, deduciendo que debe operarse en el segundo período mejor que en el tercero, por resultar en aquel mayor número de curaciones.

El Sr. Bengoa usó de la palabra en contra, ocupándose exclusivamente del tratamiento quirúrgico, que rechazó por creerle, además de cruento, de dudoso resultado; por esta razón, dijo que no debía practicarse nunca la traqueotomía, porque era hacer sufrir inútilmente á los niños, como muchas veces ha tenido ocasión de observar en su práctica particular.

MISCELÁNEA.

Los Weddas de Ceylan.

Durante la estancia del príncipe de Gales en la India, se le han presentado dos hombres y tres mujeres de esta singular raza, que ocupa casi el último grado de la escala de los hombres. Extendidos en la parte oriental de Ceylan, los Weddas eran en 1858 solamente 380. Viven al aire libre, se refugian en grutas y agujeros de las rocas durante las tempestades, y se mantienen de miel y de animales salvajes, que matan con un arco de seis piés y flechas de tres piés seis pulgadas de largo. No beben más que el agua de los arroyos, pero no se lavan nunca, porque creen que si lo hicieran perderían la fuerza. Su estatura es de tres piés tres pulgadas, poco más ó menos, y sus proporciones delicadas; están, sin embargo, dotados de gran fuerza muscular, sobre todo en el brazo izquierdo á causa del uso constante del arco. Sus fisonomías no tienen expresión alguna de inteligencia. Las mujeres no ríen nunca, y parecen disgustadas cuando ven reír á un hombre. Cuando se les pregunta: ¿Por qué no reís? contestan: ¿Por qué habíamos de reír? ¿qué es lo que debe hacernos reír? Los Weddas no tienen palabras para dar idea de los colores ni de los números, y no pueden contar por los dedos. Uno de los más inteligentes de estos hombres había olvidado por completo el nombre de su padre y de su madre, que habían muerto, y sólo recordaba con mucho trabajo el nombre de su mujer, á quien no había visto hacía tres días.

Si un Wedda muere, se le envuelve en una piel y se le entierra lejos de las miradas de las mujeres, en una fosa que nadie visita jamás. Se le ofrece al muerto una comida fúnebre conjurándole á aceptarla, y los convidados se reparten las viandas. La poligamia es desconocida en los Weddas, pero se casan con sus hermanas, exceptuando la hermana mayor; las ceremonias del matrimonio sólo consisten en la presentación de viandas á los padres de la mujer. Esta no es consultada para nada, y su sujeción es absoluta.

De la lengua que hablan estas tribus salvajes y casi extinguidas se tienen muy pocos informes; sin embargo, parece generalmente admitido que tiene un origen ariano incontestable.

Un Mecenaz americano.

Ha fallecido en Nueva-York el opulento capitalista Mr. Stewart, siendo una verdadera pérdida para la pintura francesa y española. Poseedor de una fortuna colosal, la más grande de los Estados-Unidos, compraba mucho cuadros en Paris y en Roma á los pintores franceses y españoles, y jamás se fijaba en el precio. Era propietario por 300.000 francos del cuadro de Meissonier titulado: **1807**. Mr. Ricardo Wallace, que había visto empezar este cuadro en el estudio del artista, le adquirió por 200.000 francos; pero como el pintor tardó algunos años en concluirlo, Mr. Ricardo Wallace manifestó alguna impaciencia, y Meissonier le propuso rescindir el contrato y devolverle su dinero. Mr. Wallace aceptó y recibió en el acto sus 200.000 francos. El mismo día el cable trasatlántico transmitía el siguiente despacho á Mr. Stewart: «El cuadro de Meissonier **1807** está de venta por 300.000 francos.» Algunas horas después contestaba Mr. Stewart: «Compradle.» Estos 300.000 francos son los que han servido de dote á la hija de Meissonier.

Después ha habido cierto disgusto entre Mr. Stewart y su pintor favorito, pues Meissonier hizo fotografiar su cuadro, como es costumbre entre los pintores, y Mr. Stewart, al recibir una prueba de la fotografía, se sintió contrariado; parecióle que el cuadro había perdido algo desde el momento en que una reproducción le ofrecía á la admiración de muchas personas. Escribió, pues, á Meissonier, no para negarle su derecho, que le reconocía, sino para comprarle todos los ejemplares que se hubiesen hecho de fotografía. Meissonier le contestó lo siguiente: «La fotografía representa, por la publicidad que da al cuadro, la parte de gloria del artista, y esta parte no se puede comprar con toda vuestra fortuna.»

La fuerza humana.

Los periódicos de medicina de Inglaterra hacen interesantes comentarios sobre el viaje á pié que acaba de realizar el célebre andarín Weston, que ha recorrido 275 millas (366 kilómetros) en setenta y cinco horas consecutivas, y en esta forma: Después de una primera marcha de 90 millas, descansó veintitres minutos; se puso de nuevo en camino, y al llegar á 120 millas descansó cuatro horas cincuenta minutos. Después hizo pequeñísimas paradas, y las últimas 88 millas las anduvo sin descansar un instante. El término medio de la velocidad de la marcha de este célebre andarín, es de cinco millas por hora. Weston debe emprender en breve un viaje en el cual se propone recorrer 500 millas (666 kilómetros) en seis días consecutivos.

Este andar extraordinario nos ha sugerido la idea de saber cuáles son los límites de la fuerza del hombre. M. Hervé-Mangon cita el caso de un hombre que llevaba á cuestas tres sacos de harina de París, y andaba cómodamente con esta pesada carga: un día apostó llevar cuatro sacos, y fué víctima de su imprudencia, pues cayó aplastado por esta carga de 636 kilogramos. Hé aquí otros datos relativos al gran trabajo que pueden realizar los músculos en poco tiempo: Un buen saltarín puede elevarse en el salto, sin tomar carrera, á una altura de 1^m,60. La duración de este salto es de 0",5655 para la subida y otro tanto para la bajada. Durante este corto tiempo (poco más de medio segundo), el saltarín produce una cantidad de trabajo mecánico igual á su peso multiplicado por la altura á que se eleva, es decir, 96 kilogrametros en el caso expresado. Se necesitaría una máquina de dos caballos y cuarto de fuerza para suministrar en el mismo tiempo un trabajo equivalente.

Viaje de exploración en Sumatra.

La Sociedad geográfica de Amsterdam ha organizado recientemente una importante exploración á las regiones todavía desconocidas del interior de la isla de Sumatra.

Los nuevos viajeros holandeses tienen el proyecto de dividirse en dos grupos, de los cuales subirá uno el río, y partirá el otro de Padang para franquear la cadena de montañas que se extiende entre los volcanes de Talang é Indrapoora.

El personal de la expedición se compondrá de varios sabios: un naturalista, un botánico, un geógrafo encargado de la topografía, un lingüista para estudiar los idiomas de las tribus que se encuentren, etc.

Los gastos del viaje se calculan en 50.000 francos. Los expedicionarios cuentan con la coopera-

ción del gobierno de Batavia y la buena voluntad del Sultan de Djambi, que se halla ahora en las mejores relaciones con las autoridades holandesas de la colonia.

El Tratado de dibujo del Sr. Borrell.

El *Tratado teórico y práctico del Dibujo*, que con tanta constancia publica D. Mariano Borrell, es una obra meritoria si las hay; los cuadernos que han ido saliendo sucesivamente, impresos en hermoso papel y cuajados de grabados intercalados en el texto, tienen además una serie de láminas en cobre ó en cromolitografía que los avalora grandemente.

Inútil parece insistir en lo mucho que supone de estudios y de desembolsos el desempeño de tamaña empresa, por más que el módico precio de venta de los cuadernos pudiera hacer suponer que no hay tales gastos ni tanto trabajo; y, sin embargo, si se reflexiona que todos los grabados y todas las láminas están hechos expresamente para la obra del Sr. Borrell, y que gran parte de ellos, casi todos, son inéditos, es muy posible que se venga á tener una justa idea del valor de la obra á que aludimos, así como de la constancia y espíritu nada mercantil del autor.

El último cuaderno que ha visto la luz es el referente á las artes en el fecundo periodo llamado del Renacimiento, cuyos principales monumentos vemos desfilan ante nosotros en grabados y láminas de gran exactitud, al hojear el cuaderno. Entre las láminas merecen singularmente llamar la atención el magnífico capillo bordado existente en la sacristía del monasterio Escorialense, grabado al agua-fuerte por el reputado artista Sr. Maura, con toda la exactitud y práctica del procedimiento que todos los aficionados al arte reconocen en nuestro primer grabador en cobre. Dos soberbios cromos forman también parte de las láminas que adornan este cuaderno; es uno de ellos la reproducción en plata de la bandeja de este metal que existe en el tesoro de la catedral de Toledo, obra del célebre Benvenuto Cellini; el otro cromo representa el candelabro de oro, cuyos dibujos dió Miguel Angel, y que se conserva en la Basílica Romana. También debía ir unido á este cuaderno otro cromo, reproducción de uno de los tapices que componen la singular serie que se conserva en el Real Palacio; pero vemos en una *advertencia al lector*, que este cromo no se ha terminado á tiempo de poderlo dar con el cuaderno, prometiendo el autor repartirlo á los suscritores en cuanto lo termine el litógrafo encargado de él.

Deseamos que el Sr. Borrell dé término feliz á su obra, para lo cual sólo faltan publicar dos cuadernos, que, según noticias, serán los mejores de la obra.